

CHILE antes de CHILE

Prehistoria



MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO - FUNDACION FAMILIA LARRAIN ECHENIQUE

DIRECCION DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

Con el alto auspicio de

ELECMETAL

y la colaboración de

EL MERCURIO S.A.P.



MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO
FUNDACION FAMILIA LARRAIN ECHENIQUE

Bandera 361 Casilla 3687

Santiago de Chile

1997

Portada: Estos rostros representan los diversos pueblos que habitaron en "Chile antes de Chile". Ellos nos invitan a descubrirlos entre nosotros. (Las piezas arqueológicas pertenecen a colecciones de diferentes museos e instituciones del país).

Página opuesta: Postes funerarios provenientes de una tumba, oasis de Chacabce, Río Loa (900 d.C.). (Col. Museo de María Elena).

CHILE

antes de

CHILE

Prehistoria



Exposición
noviembre 1997
diciembre 1998

Instituciones colaboradoras:

Museo San Miguel de Azapa, Arica.

Museo Regional de Iquique.

Museo Antropológico, Universidad Arturo Prat,
Iquique.

Museo Antropológico Municipal de María Elena.

Instituto de Investigaciones Antropológicas,
Universidad de Antofagasta.

Museo Regional de Antofagasta.

Corporación Cultural y Turismo, Calama.

Instituto de Investigaciones Antropológicas
R.P. Padre Gustavo Le Paige,
San Pedro de Atacama.

Museo Arqueológico de La Serena.

Corporación Museo de Arqueología e Historia
Francisco Fonck, Viña del Mar.

Museo Histórico Nacional, Santiago.

Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.

Museo de La Merced, Santiago.

Museo Arqueológico de Santiago.

Departamento de Antropología, Facultad de
Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Museo de Colchagua, Santa Cruz.

Museo Stom, Concepción.

Museo Dillman Bullock, Angol.

Museo Regional de la Araucanía, Temuco.

Museo de Cañete.

Universidad Austral de Chile, Valdivia.

Museo Municipal de Río Bueno.

Museo Municipal de Lago Ranco.

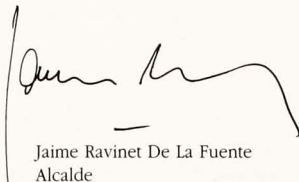
Centro de Estudios del Hombre Austral,
Instituto de la Patagonia, Universidad
de Magallanes, Punta Arenas.

Museo Regional de Magallanes, Punta Arenas.

Museo Etnográfico Juan Bautista Ambrosetti,
Buenos Aires.

La Ilustre Municipalidad de Santiago y la Fundación Familia Larraín Echenique se complacen en presentar en el Museo Chileno de Arte Precolombino la exposición *Chile antes de Chile*. A través de piezas arqueológicas de selección, la muestra da a conocer los principales hitos de la prehistoria de nuestro país. El presente catálogo ofrece un panorama de la prehistoria chilena que complementa la exposición.

Agradecemos a las instituciones y personas que hicieron posible esta importante iniciativa cultural.



Jaime Ravinet De La Fuente
Alcalde
Ilustre Municipalidad de Santiago



Sergio Larraín García-Moreno
Presidente
Fundación Familia Larraín Echenique

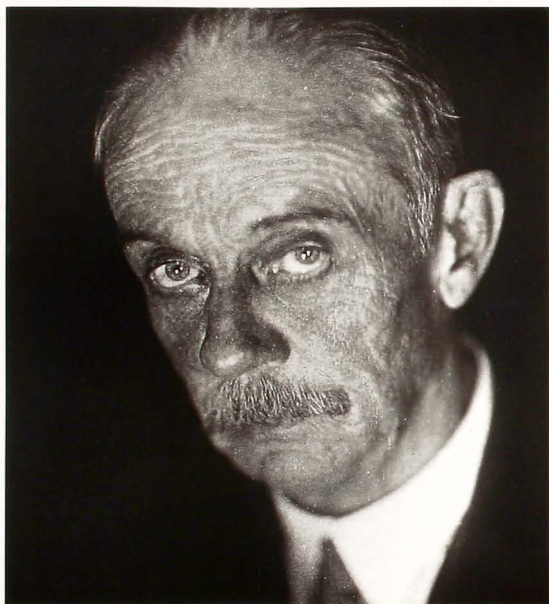
PRESENTACION

El vínculo con el pasado es vivido por todos los pueblos. Algunos lo explican de manera mitológica, en forma de antiguas historias que representan su historia. En sociedades como las nuestras recurrimos a la ciencia, que no es más que otro tipo de interpretación de la realidad, tan válido como la mitología, desde un punto de vista antropológico.

Siempre ha interesado a la ciencia el tema de los «orígenes», y a las ciencias humanas y sociales, el origen de los hombres, las culturas y los pueblos. Antes, estos estudios consistían en eruditos trabajos de comparación de infinitudes de rasgos culturales –biológicos, lingüísticos, económicos y culturales– que llegaban, después de analizar semejanzas y diferencias, a conclusiones relativamente simples respecto de la procedencia de los pueblos. Así, se afirmaba, por ejemplo, el origen amazónico de la etnia *mapuche*.

El desarrollo de las ciencias del hombre, en especial la arqueología y la antropología biológica, han demostrado que esta explicación de los orígenes no es tan simple. Que hay que buscarla en torno a la compleja vida de las sociedades humanas. Ellas no se trasladaron de un lugar a otro, como si viajaran en busca de la tierra prometida. El camino fue más complicado: familias que se trasladaban de un lugar a otro en procura de su sustento fueron estableciéndose en lugares que estimaban favorables para la reproducción de su sistema cultural. En este caminar descubrían lo nuevo que les ofrecía la naturaleza, pero sobre todo, descubrían también a pueblos que habitaban allí antes que llegaran. Con ellos se relacionaban pacífica o bélicamente, se mezclaban, unían sus tradiciones, aprendían nuevas tecnologías, nuevas ideas, nuevas costumbres, nuevos idiomas... Relaciones de guerra, de alianzas religiosas, políticas, económicas, y por sobre todo, matrimoniales. Estas últimas establecían los vínculos mas fuertes que se pueden encontrar en una sociedad: las relaciones de parentesco.

La prehistoria de Chile es la antigua historia de una infinidad de sociedades, cuyos primeros testimonios se remontan a más de 12 mil años atrás, y que vivieron en distintas épocas, hablaron diferentes lenguas y habitaron ambientes tan contrastantes como el desierto nortino o las heladas estepas patagónicas, pasando por los bosques araucanos e incluso la polinesia tropical. Todas ellas contribuyeron a nuestra historia con aportes que domesticaban sus espacios y especialmente sirviendo de nexos generacionales a la continuidad demográfica de nuestro país. Su acervo cultural y genético, en mayor o menor medida, vive hoy en nosotros. Este era y aún es "Chile antes de Chile".



Ricardo E. Latcham. (Foto Archivo Museo Nacional de Historia Natural)

BUSCADORES DEL PASADO

Una breve historia de la arqueología chilena

Luis E. Cornejo Bustamante

El Período de los Fundadores

Desde muy antiguo el estudio del pasado de la humanidad ha constituido para la cultura occidental una actividad intelectual esencial y profundamente enraizada en su concepción del saber y la ciencia. Durante los últimos dos siglos esta preocupación por el pasado ha tomado distintas orientaciones, que han seguido el devenir del pensamiento histórico y social. Así, mientras en épocas anteriores el centro del interés estuvo únicamente en la historia de la cultura occidental y sus más remotos antecedentes, desde mediados del siglo XIX el interés por tiempos anteriores al surgimiento de la escritura y por el pasado de pueblos no occidentales, han ocupado un papel destacado.

Este proceso, iniciado en Europa, trascendió rápidamente a otras partes del mundo. Ya a fines del siglo pasado se organizan estudios sistemáticos en distintos países. Dicho movimiento tuvo especial impulso en nuestro país, donde la influencia cultural europea entre los intelectuales era muy marcada y donde existía una numerosa población indígena descendiente de antiguos pueblos precolombinos.

En 1878 se organiza el primer grupo de estudiosos de estos temas, bajo el marco de la Sociedad Arqueológica de Santiago, la que en 1880 publica el primero y único número de la *Revista de la Sociedad Arqueológica*. Entre los miembros de esta Sociedad figuraban grandes personalidades del quehacer intelectual de la época, tales como Federico Philippi, Demetrio Lastarria y Augusto Orrego Luco.

A esta Sociedad pertenecía también José Toribio Medina, quien en 1882 publica un extenso tratado, titulado *Los Aborígenes de Chile*, que es la primera obra de síntesis sobre la prehistoria y la etnología de los pueblos autóctonos del territorio nacional. En ella, Medina reúne todos los antecedentes existentes hasta la época, realiza análisis comparativos y propone un panorama general, poniendo especial atención en la presencia de los

Incas en Chile y en la situación del pueblo *mapuche*. En años posteriores, este historiador continúa entregando una serie de estudios más detallados sobre temas arqueológicos, lingüísticos y antropológicos.

Estos acontecimientos y personas inauguran un primer gran período de la investigación arqueológica en Chile. Este se caracteriza por estudios individuales, principalmente de carácter histórico y realizados por investigadores de distintos orígenes disciplinarios, muchas veces relacionados con las ciencias naturales o la historia, cuya principal formación en arqueología provenía de la experiencia, la lectura y su participación en sociedades científicas de diversos tipos. Entre éstas, además de la ya mencionada Sociedad Arqueológica de Santiago, habría que recordar la Société Scientifique du Chili, formada por miembros de la colonia francesa en Chile, la Sociedad Científica, constituida por alemanes y sus descendientes, y la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

Este período inicial en la historia de la investigación prehistórica en nuestro país tiene su clímax en la primera década del presente siglo, con la llegada a Chile del investigador alemán Friedrich Max Uhle y con el fuerte impulso de las investigaciones de Ricardo E. Latcham y Aureliano Oyarzún.

El Dr. Uhle fue contratado en 1886 por universidades norteamericanas para realizar trabajos arqueológicos en Perú, cuyos resultados permitieron establecer que antes de los *Incas* habían existido en estos territorios grandes civilizaciones, cuestión que era completamente ignorada antes de sus trabajos. En 1910, Uhle realiza un breve viaje a Chile con la intención de evaluar la posibilidad de realizar investigaciones en el norte del país. Su visita es muy bien acogida y en 1911 el gobierno chileno lo contrata para que organice el Museo de Etnología y Arqueología. Su labor en este museo continúa hasta 1916, logrando formar una de las primeras colecciones bien documentadas y debidamente

catalogadas que existió en el país. Posteriormente, hasta 1919, se radicó en Arica, donde, a pesar de ya no contar con apoyo estatal, persistió en sus investigaciones en la costa.

El legado de este investigador alemán es muy extenso e incluye tanto su labor institucional en el Museo, como sus postulados aparecidos en varias publicaciones. Singular relevancia tiene la formulación de la primera secuencia histórico-cultural para el Norte Grande, la cual será utilizada por muchos años como piedra angular de la prehistoria de esta región. A la vez, la marcada influencia de sus métodos de trabajos y de muchas de sus ideas en los nóveles investigadores que comenzaban a trabajar en el país, favoreció el desarrollo de una arqueología mucho más sistemática y de mayor profundidad teórica que la previamente existente. Su influencia es especialmente perceptible en los trabajos de Latcham y Oyarzún, los cuales, en propiedad, pueden ser reconocidos como los fundadores de la arqueología sistemática en Chile.

Precisamente en la misma época en que Max Uhle realizaba su primera visita a Chile, el Dr. Oyarzún publicaba sus primeros trabajos arqueológicos. Durante su larga vida dedicada a la investigación, se preocupó de diversos temas relacionados con la arqueología de Antofagasta y Tarapacá, poniendo especial énfasis en la cultura *Atacameña*, sin ignorar otras áreas como la arqueología del sur, de Isla de Pascua y de Chile Central. Sus trabajos fueron presentados en medios de divulgación nacionales como la *Revista Universitaria* y la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, así como en reuniones científicas realizadas en el extranjero, especialmente en tres Congresos de Americanistas celebrados entre 1910 y 1941 y en el 2º Congreso Panamericano de Washington, en 1915.

Oyarzún ocupó los más altos cargos en las instituciones dedicadas a la arqueología y la antropología durante varias décadas. Fue editor de la revista chilena más importante en este tema durante la primera mitad del siglo, la *Revista del Museo de Arqueología y Etnología*. Fue Presidente de la Sección de Arqueología, Antropología y Etnología de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y ocupó el cargo de Director del Museo de Etnología y Arqueología. Desde este último cargo impulsó el trabajo del etnólogo Martín Gusinde, el más importante estudioso de las poblaciones indígenas del territorio austral.

Contemporáneo con Oyarzún y Uhle, el ingeniero Ricardo E. Latcham realizó uno de los aportes más sustantivos al conocimiento de la prehistoria chilena durante este siglo. Latcham era originario de Inglaterra y llegó a Chile en 1888 para realizar trabajos de ingeniería y topografía en el sur del país. Posteriormente, en 1897, realiza en La Serena sus primeros trabajos arqueológicos, estudiando sitios tanto en la costa como en el interior. En 1902, ya era miembro de la Sociedad Arqueológica de Santiago y frecuentaba los principales museos de la ciudad. Sus principales áreas de interés estuvieron relacionadas con el origen del pueblo *mapuche*, las influencias de la cultura *Tiwanaku* en el norte, la tecnología agrícola y cerámica, la religión de los indígenas del Perú, entre muchos otros temas. Su obra quedó plasmada en libros de singular importancia, tales como *La alfarería indígena chilena* (1928), la *Prehistoria chilena* (1936) y la *Arqueología de la Región Atacameña* (1938), en los cuales planteó ideas y antecedentes que en cierta medida continúan vigentes hasta el día de hoy. Su trayectoria le significó recibir el grado de Doctor Honoris Causa de la Universidad Mayor de San Marcos, en Lima y, en 1928, ser nombrado Director del Museo Nacional de Historia Natural, cargo que ocupó hasta su muerte en 1943.

Estos primeros investigadores realizaron en conjunto un avance significativo en el conocimiento sistemático de la prehistoria chilena, sentando las bases para el desarrollo de la arqueología como una disciplina que tenía un lugar dentro de los círculos intelectuales y científicos del país. Ellos hicieron pública una prehistoria que era hasta ese entonces desconocida, rompiendo con la errónea idea de que los pueblos que habitaban el territorio nacional antes de la llegada de los españoles carecían de cultura y, por tanto, de interés como parte del patrimonio cultural de país.

El Período Formativo

A partir de los años cuarenta, la arqueología chilena experimenta un proceso de institucionalización, basado en la labor fundadora de hombres como Latcham y Oyarzún, y que tendrá su punto cúlmine en la década de los sesenta.

Promediando el siglo, esta institucionalización tiene un primer pilar en la formación y reestructuración de museos. Entre ellos, ocupan un papel destacado



Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama (1963) y fundadores de la Sociedad Chilena de Arqueología.
(Foto Archivo Sociedad Chilena de Arqueología).

el Museo Nacional de Historia Natural y su Sección de Antropología, heredera del Museo de Etnología y Arqueología, el Museo Arqueológico de La Serena y el Museo de San Pedro de Atacama. Estas instituciones se convierten en las principales defensoras del patrimonio arqueológico nacional, formándose extensas colecciones que serán objeto de conservación y difusión. Muchas de ellas nacieron también como centros de estudio que albergaban a toda clase de estudiosos del pasado aborigen.

Durante la primera parte de este Período Formativo, la investigación arqueológica mantiene muchas de las características de la época anterior, marcada por el trabajo individual de personas con formación académica o profesional en campos muy disímiles. La historia de los pueblos precolombinos se mantiene como principal preocupación, centrándose en establecer el territorio y fijar el tiempo en que éstos existieron, así como en determinar sus orígenes y las relaciones sostenidas entre ellos.

Varios son los investigadores destacados de esta época. Francisco Cornely, Director y fundador del Museo Arqueológico de La Serena, se dedica sistemáticamente al estudio de las culturas del Norte Chico, perfilando una secuencia histórica de tres fases para la cultura *Diaguita* y descubriendo otros

dos importantes conjuntos culturales: *El Molle* y *Las Animas*. Jorge Iribarren, quien ocupa el cargo dejado por Cornely al jubilarse, se concentra especialmente en la investigación de la cultura *El Molle*. Grete Mostny, Directora por muchos años del Museo Nacional de Historia Natural, realiza importantes avances en relación a la cultura *Atacameña* y coordina las primeras investigaciones referentes a la célebre momia incaica del cerro El Plomo. El sacerdote jesuita Gustavo Le Paige explora y da a conocer masivamente la riqueza arqueológica de San Pedro de Atacama. Forma, además, el ya mencionado museo de esta localidad. El sacerdote Sebastián Englert forma las bases de la arqueología nacional en Isla de Pascua, uno de los territorios chilenos más ricos en restos arqueológicos.

Durante los años sesenta, la arqueología comienza a tener un lugar en las universidades. La Universidad de Chile crea en Santiago, a mediados de la década del cincuenta, el Centro de Estudios Antropológicos, el que en 1968 se convertirá en el Departamento de Antropología. Este imparte hoy la carrera de arqueología de mayor trayectoria e impacto académico del país. Por su parte, la Universidad de Concepción crea un Centro de Antropología que imparte a fines de los sesenta una carrera de arqueología, la cual será clausurada en

1973 por la dictadura militar. Similar suerte correrá en 1974 la carrera de arqueología de la Universidad del Norte, que también fuera abierta en las postrimerías de los años sesenta.

En 1963 se funda la Sociedad Chilena de Arqueología, una de las entidades más relevantes en el campo arqueológico y antropológico en el país. Bajo la forma de una sociedad científica, reúne hoy a la mayor parte de los arqueólogos que trabajan en Chile, tanto nacionales como extranjeros (argentinos y norteamericanos). Una de las principales tareas que la Sociedad acomete desde sus orígenes es la realización de congresos de arqueología, los cuales servirán de punto de reunión para los arqueólogos y en los cuales expondrán frente a sus colegas los resultados de sus últimas investigaciones.

Todas estas reuniones, un total de 14 a la fecha, tendrán como resultado la publicación de Actas con los trabajos ahí presentados. Junto con ellas, revistas como *Chungará*, de la Universidad de Tarapacá, *Estudios Atacameños*, de la Universidad del Norte, el *Boletín de Prehistoria de Chile* y la *Revista Chilena de Antropología*, de la Universidad de Chile, los *Anales del Instituto de la Patagonia*, de la Universidad de Magallanes, y el *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, se convertirán en el medio natural de presentación de los resultados de las distintas investigaciones. La mayor parte de estas revistas todavía se publican, concentrando en sus páginas el conocimiento científico que hoy se posee de la prehistoria chilena.

Al finalizar los años cincuenta, se producen importantes avances metodológicos y técnicos en la investigación arqueológica, siendo uno de los

más significativos la introducción de los estudios estratigráficos en sitios habitacionales con grandes acumulaciones de basura. Estos fueron impulsados originalmente por los trabajos en el país del arqueólogo norteamericano Junius B. Bird, el que excavó entre 1937 y 1970 cuevas en la zona austral y basureros de conchas en el norte de Chile. En ellos se procedía a excavar cuidadosamente, delimitando las distintas capas del suelo (estratos), cada una de las cuales contenía restos dejados en distintos tiempos, lo que permitía ver la secuencia temporal en que habían estado presentes en determinado lugar distintos pueblos o culturas. Bird es también el primer arqueólogo que utiliza en Chile el método del radiocarbón para determinar con precisión la edad de los eventos prehistóricos.

Estos avances van acompañados por una nueva generación de arqueólogos, más empapados de estos progresos, varios de ellos ya con algún grado de formación universitaria en arqueología. Esta nueva generación, además, da más cabida al trabajo en equipos, algunos de los cuales permanecerán juntos por largo tiempo.

Una especial mención merecen los fundadores del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile. Destacan entre ellos Alberto Medina, que participara en los estudios de los franceses Annette Laming y Joseph Emperaire en el extremo austral, Carlos Munizaga, quien realiza valiosas contribuciones a la arqueología atacameña y Juan Munizaga, quien es considerado el padre de la antropología biológica chilena. Mención aparte debe hacerse de Mario Orellana, quien se especializa en arqueología atacameña, y organiza la carrera de

Asistentes al XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena en Copiapó, 1997. (Foto L. Cornejo).



arqueología del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. Durante los primeros años, Orellana fue Director de este Departamento y tuvo un papel protagónico en la formación de los primeros arqueólogos profesionales.

También en Santiago, desde la Sección de Antropología del Museo Nacional de Historia Natural, Julio Montané realiza valiosos descubrimientos sobre las poblaciones más antiguas que habitaron el territorio y se convierte en formador de varios otros investigadores.

En el extremo norte, Percy Dauelsberg, Guillermo Focacci, Sergio Chacón, Luis Álvarez y Oscar Espouey, reunidos en el Museo Regional de Arica, dieron una infatigable lucha para rescatar de las manos de los saqueadores la mayor cantidad posible de objetos provenientes de los cientos de cementerios de la región. Basados en este material, propusieron una completa secuencia histórica, la cual aún forma parte de las discusiones sobre cronología y periodificación del extremo norte de Chile. Con este grupo cooperaba también la dupla compuesta por Hans Niemeyer y Virgilio Schiappacasse, dos de los primeros chilenos en realizar excavaciones estratigráficas. Trabajan juntos hasta mediados de los años setenta en problemas relacionados con la prehistoria de esa región y posteriormente han continuado desarrollando importantes aportes en forma individual. Schiappacasse ha mantenido su interés por la arqueología ariqueña, mientras que Niemeyer ha realizado nuevas contribuciones al conocimiento de la cultura *El Molle* y la arqueología del valle de Copiapó.

En el Norte Chico, por su parte, Gonzalo Ampuero y Mario Rivera son fundamentales para sistematizar el conocimiento acumulado acerca de la cultura *El Molle* y, en general, sobre el desarrollo cultural de este territorio. Desde 1977, Ampuero es Director del Museo Arqueológico de La Serena, cargo que ocupa hasta el día de hoy. Rivera está radicado en los EE.UU. desde mediados de los años ochenta.

A fines de este período, uno de los arqueólogos chilenos que comienza a perfilarse como uno de los más influyentes en el ámbito nacional y latinoamericano es Lautaro Núñez. Sus ideas, fuertemente influidas por líneas de pensamiento que comienzan a desarrollarse entre estudiosos que trabajan en distintas regiones de la gran Área Andina, especialmente el arqueólogo peruano Luis Lumbreras y el etnohistoriador norteamericano John

Murra, serán fundamentales en el acercamiento de la arqueología chilena hacia problemas sociales, económicos y políticos de los pueblos precolombinos. Sus principales áreas de trabajo serán las relaciones socio-económicas entre los distintos pueblos del Norte Grande, el tráfico de caravanas en el desierto y los poblamientos más antiguos del territorio nacional.

La labor de Lautaro Núñez fue muy importante también en la creación de la ya referida Carrera de Arqueología de la Universidad del Norte, la que, si bien tuvo una vida muy corta, alcanzó a formar un pequeño grupo de investigadores que tendrá más tarde un destacado papel. En este proyecto participaron también Agustín Llagostera, uno de los investigadores más destacados en el campo de la arqueología costera, Branko Marinov, dedicado a la conservación del patrimonio cultural, y Bente Bittman, también concentrada en el estudio de las poblaciones costeras.

El Período de la Profesionalización

A partir de la década del setenta, la arqueología chilena sufre su última y más grande transformación, marcada por el comienzo de las investigaciones de los primeros arqueólogos que han completado estudios universitarios sistemáticos y específicamente orientados a la arqueología en Chile. Desde este momento, la cantidad de investigadores experimenta un crecimiento muy acelerado y el conocimiento sobre los distintos temas se vuelve mucho más diverso. Por esta razón, es difícil identificar personas con roles protagónicos en el devenir de la investigación, tal como lo hicimos en los capítulos previos. De aquí en adelante será mucho más importante el esfuerzo colectivo y el trabajo de equipos de investigación.

Buena parte de este período está marcado por los casi 20 años de dictadura militar, cuyos principales efectos fueron la ya citada clausura de dos carreras de arqueología, así como la fuerte persecución a los intelectuales e instituciones culturales en general. De esta manera, aunque el comienzo de los estudios universitarios en arqueología debe considerarse como un gran avance, éstos se dieron en el marco de instituciones fuertemente reprimidas por las autoridades, con la expulsión de muchos docentes de calidad y, por sobre todo, una tenaz persecución ideológica.

En la Carrera de Arqueología de la Universidad del Norte, se titularon a mediados del decenio de los setenta 18 investigadores, la mayoría de los cuales se dedican a la arqueología del Norte Grande. Buena parte de este contingente ha formado la planta de investigadores de dos importantes instituciones dependientes de universidades del norte del país, ambas localizadas en regiones extremadamente ricas en recursos arqueológicos. En San Pedro de Atacama, la Universidad Católica del Norte mantiene el Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige, formado a partir del museo que fundara el destacado sacerdote jesuita, mientras que en el valle de Azapa (Arica), se localiza el Museo Arqueológico San Miguel de Azapa, dependiente de la Universidad de Tarapacá y heredero del Museo Regional de Arica.

En 1969, se funda en Punta Arenas el Instituto de la Patagonia, que posteriormente pasaría a ser parte de la Universidad de Magallanes. Esta institución ha estado dedicada a promover la investigación científica en esta austral región del país y ha tendido una importancia gravitante en el desarrollo de la investigación arqueológica de ese territorio.

Por su parte, el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile en Santiago tiene sus primeros egresados entre 1974 y 1976, a los cuales en los últimos años se han ido sumando muchos otros, a un ritmo de entre 3 y 5 cada año. Aunque durante los primeros años estos arqueólogos también tuvieron una especial predilección por la arqueología del norte del país, desde finales de la década de los setenta comienzan a interesarse también por la arqueología de Chile Central, mientras que a mediados de los años ochenta incorporan a sus intereses la Zona Sur.

Ambas áreas, que recibieron cierta atención previa por parte de gente como Bernardo Berdichewski y Julia Monleón, eran en gran medida desconocidas. Hoy, sin embargo, en Chile Central y la Zona Sur se encuentran trabajando más de 40 investigadores, la mayor parte egresados de la Universidad de Chile a partir de mediados de los ochenta. Estos, reunidos en varios grupos de trabajo, se preocupan de temas tan diversos como la ideología, la tecnología, la organización social y la historia cultural.

Durante estos últimos años, no sólo las universidades han sido instituciones importantes en el quehacer arqueológico; también lo han sido los museos del país. Además de los ya citados de Arica y San Pedro, hay que mencionar a los museos de la

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos: el Museo Nacional de Historia Natural, cuya Sección de Antropología tiene a su cargo la mayor colección arqueológica del país; el Museo Arqueológico de La Serena, el Museo Regional de La Araucanía, el Museo Regional de Atacama y el Museo Regional de Antofagasta. También deben destacarse museos municipales, como el Museo Regional de Iquique, el Museo de María Elena, el Museo Francisco Fonck (Viña del Mar) y el Museo del Loa (Calama), e incluso algunos privados, como el Museo Arqueológico de Santiago, todos los cuales han contribuido en la medida de sus posibilidades a la conservación del patrimonio cultural.

Una mención debe hacerse del Museo Chileno de Arte Precolombino. Este, si bien ha tenido como especial objetivo la difusión del arte y la cultura de los pueblos precolombinos de toda América, se ha convertido en un importante centro de investigación. Sus arqueólogos y otros investigadores, entre los que se cuentan todos los autores del presente volumen, han cubierto una gama muy amplia de campos del conocimiento: el poblamiento más temprano de nuestro territorio austral, la música indígena, el arte rupestre y el significado de la iconografía de los textiles mapuches, por nombrar sólo algunos.

El actual desarrollo de la investigación arqueológica en nuestro país, especialmente en Chile Central y la Zona Sur, está fuertemente asociado a la creación del Fondo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (FONDECYT), que desde mediados de los años ochenta se ha convertido en la más importante fuente de financiamiento para la ciencia en Chile. Este Fondo llama todos los años a concursos en los cuales investigadores de distinta filiación institucional, incluso independientes, presentan proyectos que son evaluados por especialistas en cada tema a escala nacional e internacional.

Todo este proceso ha estado enmarcado en la clara definición de la arqueología como una ciencia cuyo seno natural se encontraba más cerca de las ciencias sociales que de la historia y, dentro de ellas, ciertamente más próximo de la antropología. A partir de este momento, el trabajo de los arqueólogos estará mucho más vinculado con el de otros especialistas, tales como los etnohistoriadores, que participan activamente en el debate sobre la prehistoria; los geólogos, que realizan un aporte crucial en el estudio de los poblamientos más

tempranos; los físicos, primeros especialistas en desarrollar en Chile una técnica para medir la edad de la cerámica; y los biólogos, que han hecho singulares aportes en el estudio del clima y la ecología de los tiempos prehistóricos.

En la última década han surgido corrientes de especialización entre los arqueólogos más jóvenes, que han ido más allá de la tradicional concentración en determinadas regiones de estudio, relacionándose preferentemente con los tipos de restos que se encuentran en los sitios arqueológicos (alfarería, tejidos, restos óseos). Junto con esta especialización se ha inaugurado una serie de temas que previamente no eran considerados o, en otros casos, se suponían inaccesibles para los arqueólogos. El arte rupestre, un tema que por decenios fue una preocupación casi exclusiva de Hans Niemeyer, ha recibido nuevos impulsos que buscan comprender su cronología, contexto social y significado. La ideología de los pueblos prehistóricos, un campo en el cual hasta hace muy poco se suponía que era posible únicamente especular, ha comenzado a ser motivo de estudios sistemáticos.

En estos últimos años la investigación arqueológica se ha puesto también al servicio de problemas de nuestra propia sociedad, muy especialmente en lo referente a la participación de la arqueología forense en la investigación judicial sobre detenidos desaparecidos. A la vez, en la década de los noventa, la incorporación de arqueólogos en estudios de impacto ambiental y el trabajo junto a las casas editoriales en libros escolares de historia, han permitido un mejor conocimiento público y protección del patrimonio arqueológico nacional, siempre amenazado por el avance de nuestra sociedad industrializada.

El próximo milenio

La década de los noventa encuentra a la arqueología chilena entrando a la madurez como disciplina científica y ocupando un lugar dentro del concierto académico, intelectual y profesional de la nación. Hoy día, hay más de un centenar de arqueólogos trabajando en diversos temas y regiones. Entre ellos se encuentran destacados miembros de las generaciones de los años cincuenta y sesenta, así como muchos jóvenes, portadores de ideas, motivaciones y energías nuevas. A éstos,

prontamente se unirán más de 30 nuevos egresados que terminarán sus estudios universitarios en las postrimerías de este milenio.

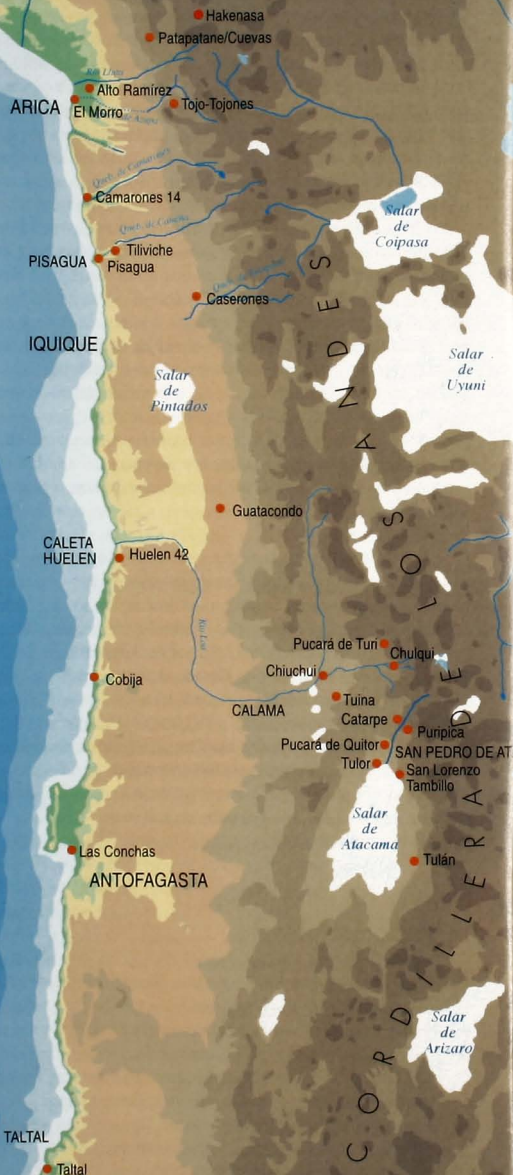
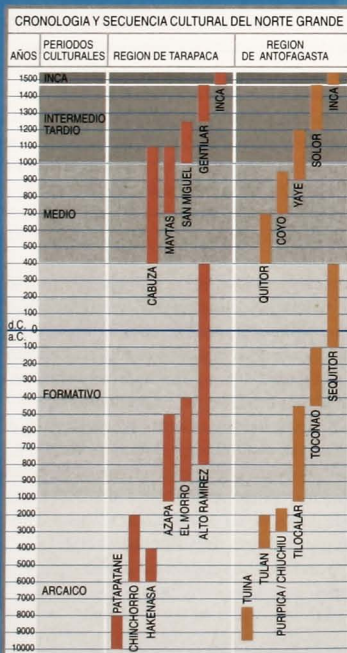
En el futuro, la arqueología chilena deberá seguir algunos caminos marcados por el desarrollo de esta disciplina en el ámbito mundial y del quehacer científico del país, así como resolver algunos problemas que históricamente han frenado su desarrollo.

Forman parte de esta agenda del siglo XXI los estudios de posgrado, que hasta el momento solamente han sido llevados a cabo por unos pocos investigadores. Si bien en muchos casos éstos serán efectuados en el extranjero, es necesario que se consoliden, expandan y diversifiquen las actuales ofertas de posgrado que existen en el país. Del mismo modo, será necesario el desarrollo de una mayor cantidad de centro de investigación regionales, especialmente en aquellas áreas donde ellos no existen. También se deberá implementar un sistema nacional de publicaciones que permita dar a conocer, en forma rápida y con adecuados procesos de evaluación, los resultados de la cantidad creciente de investigaciones que suponemos tendrá lugar en los próximos años. A la vez, será necesario incrementar sustantivamente la cooperación e integración con los arqueólogos de los países vecinos, ya que, sin ellos, permanecerán sin solución una serie de problemas acerca de una prehistoria en la cual no existían las actuales fronteras nacionales. Por último, las investigaciones del futuro deberán basarse en una mayor reflexión teórica acerca de los problemas abordados, así como tener un mayor sustento en técnicas más sofisticadas de análisis.

No obstante, para que la arqueología alcance un mayor grado de desarrollo, será necesario que los arqueólogos sean capaces de abordar de forma más sistemática su interacción con la sociedad nacional. Poner a disposición del público el conocimiento que la arqueología produce, así como la reflexión y discusión entre los arqueólogos acerca de cuál es el alcance social, cultural e ideológico de dicha actividad, deberán constituirse en tareas prioritarias del próximo milenio. El futuro de la arqueología depende, tanto de su desarrollo académico, como de la capacidad para dar valor social contemporáneo a aquel distante pasado que le preocupa.



OCEANO
PACIFICO



EL NORTE GRANDE EN LA PREHISTORIA

Donde el agua es oro

José Berenguer Rodríguez

En los más de mil kilómetros que separan a Arica del valle de Copiapó, el altiplano, el desierto y la costa del Norte Grande de Chile son una conjunción de ambientes tan extremos y contrastados, como si estuvieran juntos los Himalayas, el Sahara y el mar de Bering. Es el desierto, sin embargo, su rasgo geográfico más sobresaliente. Ningún otro lugar en el mundo es más seco y desolado. Las lluvias son casi inexistentes y sus pocos ríos son escuálidos hilillos de agua que apenas llegan al océano, cuando no desaparecen antes, evaporados en la atmósfera o tragados por este enorme territorio de arenas, rocas y sal. La investigación arqueológica, no obstante, demuestra que esta porción del país no fue siempre un yermo, ya que la vida humana ha florecido allí desde al menos 11 milenios.

Los primeros nortinos

Durante la última glaciación, el Norte Grande era algo diferente a lo que es hoy en día. El mar estaba estaba casi 150 metros por debajo del nivel actual, las temperaturas eran sensiblemente más bajas y las lluvias en la cordillera eran mucho más frecuentes. Algunos de los salares eran entonces lagos rodeados de una vegetación de estepa, donde merodeaban manadas de caballos salvajes, megaterios y paleolamas. No es improbable que algunos grupos humanos adaptados a este clima, vivieran de la caza de estos grandes herbívoros hoy extinguidos. Sin embargo, los restos de esos cazadores primordiales, conocidos en otras partes de Chile y América como *Paleoindios*, no han sido aún localizados por los arqueólogos.

Desde hace unos 11 mil años, se fue imponiendo gradualmente un clima más cálido y más árido. El largo período de ocupación humana que comenzó en esta época se conoce como *Arcaico* y se caracteriza por una economía de simple apropiación de los recursos de subsistencia por medio de la caza, la pesca y la recolección.

En el altiplano de la Región de Tarapacá, las comunidades del *Arcaico Temprano* basaron su subsistencia en la caza de vicuñas, ciervos como la taruka o huemul nortino, y diversas especies de roedores y aves. Entre 10 mil y 8 mil años atrás, pequeños grupos de cazadores-recolectores habitaron numerosas cuevas y abrigos rocosos, distribuyéndose entre la alta puna y las quebradas adyacentes. Basuras dejadas por estos antiguos tarapaqueños han sido encontradas en los sedimentos más profundos de abrigos rocosos localizados en las tierras altas de Arica, tales como Tojo-Tojones, Las Cuevas, Puxuma, Hakenasa y Patapatane. Esta gente no necesitaba alejarse mucho de sus campamentos para conseguir los recursos que posibilitaban la vida. Les bastaban cortos viajes a la alta puna en verano y a las quebradas vecinas en invierno.

Por mucho tiempo, estos cazadores-recolectores de altura hicieron esporádicas incursiones a la costa, pero sólo comenzaron un persistente proceso de adaptación al litoral del Pacífico hacia 6 mil a.C. Se piensa que esta migración fue estimulada por la variación del clima altiplánico hacia condiciones más cálidas y secas que las que habían prevalecido hasta entonces, lo que se habría traducido en una disminución de los recursos en tierras altas.

Varios asentamientos humanos de este período han sido descubiertos en algunos pisos ecológicos intermedios entre la puna y la costa. En Tiliviche, un oasis situado a unos 40 kilómetros al interior de Pisagua, grupos de cazadores-recolectores habitaron el lugar entre 8 mil y 4 mil a.C. En los alrededores recolectaban raíces de totora y vainas de tamarugos y algarrobo, procesándolas en artefactos de molienda. Las basuras de Tiliviche contienen corontas y granos de maíz, indicando un temprana disponibilidad de esta planta, posiblemente domesticada en otra parte. También incluyen productos traídos del litoral.

La explotación del mar se limitaba únicamente a la recolección de mariscos en los roqueríos y a la captura de peces que se internaban en las pozas dejadas por la baja marea. Hacia el 4 mil a.C., sin embargo, los grupos asentados en la costa ya habían desarrollado técnicas para capturar peces desde las profundidades. Utilizaban para esto ingeniosos anzuelos hechos con conchas de choros, provistos de plumadas. Usaban también redes y una serie de objetos elaborados con fibras vegetales.

A este período pertenecen sitios como Quiani, un basural localizado en una playa al sur de Arica y Camarones-14, un sitio habitacional y cementerio emplazado sobre una de las terrazas fluviales de la desembocadura de este valle. En los alrededores de este último sitio, familias de pescadores cazaron lobos marinos, atraparon peces y recolectaron mariscos. En este lugar, los arqueólogos han recuperado las evidencias más antiguas de momificación artificial en el mundo, conocida como *Chinchorro*, por haberse descubierto por primera vez en la playa ariqueña de este nombre. Un posible antecedente es Acha, un sitio de más de 8 mil años de antigüedad localizado en el valle de Azapa, que, aunque no presenta este tipo de momificación, es considerado por algunos arqueólogos como los inicios de la tradición *Chinchorro*. A partir del 5 mil a.C., sin embargo, esta sofisticada práctica funeraria se extendió por el litoral desde Ilo, en Perú, hasta Iquique. El procedimiento de momificación consistía en la extracción de los músculos y las vísceras del difunto, los que eran sustituidos por vegetales, plumas, trozos de cuero, vellones de lana y otros materiales. Luego, el cuerpo era cubierto con una capa de arcilla. Con pelo humano, confeccionaban una peluca que colocaban en la cabeza del finado. Esta práctica alcanzó su clímax hacia el 3 mil a.C. y comenzó a simplificarse hacia 2 mil a.C., conservándose en su etapa terminal tan sólo el uso

de mascarillas de barro. De este último período de cazadores-recolectores tarapaqueños, perduran anzuelos hechos con espinas de cactus, arpones, cestería, mantas de lana y cuero de guanaco, entre otros objetos.

Cerca de la ciudad de Antofagasta, en la quebrada de Las Conchas, se descubrió un gran basural dejado por cazadores-recolectores marinos hace poco más de 9 mil años. En el lugar, se conservaron abundantes conchas de moluscos, así como huesos de peces, lobos marinos, cetáceos, aves, roedores y guanacos. Las basuras incluyen instrumentos de piedra para cazar animales y faenarlos, así como artefactos de molienda. Hay también unas curiosas piedras geométricas, de función desconocida, que son muy similares a otras encontradas en Huentelauquén, un sitio del Norte Chico situado junto al río Choapa.

En el interior de la Región de Antofagasta, al este y sureste de la actual ciudad de Calama, grupos del período *Arcaico Temprano*, denominados *Tuina*, vivieron entre 9 mil y 7 mil 500 años a.C. en cuevas como las de San Lorenzo, Chulquí y Tuina, en las proximidades de aguadas y quebradas con forraje, cazando camélidos silvestres con dardos provistos de puntas triangulares. Ocupaban también las orillas de las lagunas de la puna.

Poco conocida es la siguiente etapa, que se extiende entre 7 mil 500 y 4 mil años a.C. y que coincide con una gran aridez en toda la región. Los cazadores-recolectores del período *Arcaico Medio* ya no ocupaban las cuevas como lugares de habitación. Construían viviendas semisubterráneas con muros de piedra y planta circular, configurando pequeños campamentos al aire libre. Uno de estos campamentos estuvo emplazado a unos 27 kilómetros al sur de San Pedro de Atacama, virtualmente en la orilla del Salar de Atacama, en la vega de Tambillo, lugar que ha servido para dar nombre a la gente de esta etapa. En primavera y verano, miembros de las comunidades *Tambillo* subían hasta la alta cordillera para cazar vicuñas, guanacos y suris o avestruces andinas, así como para proveerse de rocas volcánicas con las que manufacturaban cuchillos, perforadores, puntas de proyectil y otros instrumentos. El resto del año, cazaban aves y roedores en las inmediaciones del salar. En morteros de piedra de cavidad cónica molían frutos que recolectaban en las arboledas de los oasis. Otros grupos *Tambillo* se concentraron al norte del salar, donde avalanchas de lodo y

Estos dos personajes de Quiani, en Arica, visten el atavío característico de fines de la época de *Chinchorro*.



pedras habían cerrado la quebrada de Puripica y formado una laguna. Con recursos tan localizados, en un período de máxima aridez, se produjo una activa interacción entre camélidos y hombres. El éxito del estilo de vida *arcaico* es más claro después de 4 mil a.C., cuando se multiplican los campamentos en torno a lagos, arroyos y oasis de pie de puna.

Cuando esto ocurría en Antofagasta, los cazadores-recolectores de la puna ariqueña mantenían circuitos de movilidad estacional. Uno de dichos grupos se cobijó por un tiempo en la cueva de Patapatane hacia 3 mil años a.C. Dejaron allí un fragmento de roca pintada con tres figuras humanas junto a algunos ejemplares de ullucu e isaño, tubérculos de altura que podrían estar documentando una temprana domesticación de estas plantas en algún lugar del altiplano.

Entre 3 mil y 2 mil años a.C., grupos del período *Arcaico* Tardío de sectores aledaños a la cordillera de Antofagasta empiezan a levantar sus campamentos-base en alturas moderadas de las quebradas. Aprovechaban allí las vertientes y zonas húmedas, ricas en forraje, donde pululaban camélidos salvajes, así como las canteras donde se proveían de materias primas para confeccionar

instrumentos de piedra denominados “microlitos”, tales como diminutos buriles, perforadores, raspadores y raederos. Para las cacerías, manufacturaban diversos tipos de puntas de proyectil, principalmente en forma de hojas de laurel. Hacían también diferentes tipos de cuchillos para faenar las presas cazadas. En primavera y verano, organizaban grupos que subían a la alta cordillera para cazar vicuñas y proveerse de obsidiana, desde donde descendían cuando se iniciaba el frío invierno altiplánico, que hace imposible la vida humana en la dura puna atacameña. En el intertanto, otros grupos bajaban a las vegas y lagunas del salar, y a los oasis donde crecían bosques de algarrobos y chañares que proporcionaban los frutos que integraban su dieta vegetal. Al igual que en la etapa *Tambillo*, estos campamentos-base eran aglomeraciones de recintos semisubterráneos con muros de piedra y planta circular, pero ahora había una gran cantidad de ellos y consistían de un mayor número de estructuras.

En el confin sur del Salar de Atacama, los grupos *Tulán* parecen haberse contentado con la caza de camélidos salvajes y la recolección de plantas. Al norte del salar, sin embargo, las comunidades *Puripica* comenzaban a domesticar camélidos y

reunirlos en rebaños, para proveerse así de carne y lana en forma más segura. No obstante, continuaban cazando camélidos silvestres y recolectando productos vegetales.

Ya a fines del tercer milenio a.C., las comunidades tipo *Puripica* ocupaban casi todas las quebradas del interior de Antofagasta, alcanzando por el norte hasta los cursos medio y superior del río Loa, donde se les conoce como *Chiuchiu*. Decenas de campamentos de estos cazadores-domesticadores de vida semisedentaria han sido encontrados en el oasis de este nombre. Unos 35 kilómetros al norte, en el Alto Loa, emplazaban sus campamentos de verano junto a las vegas y a orilla de pequeñas y efímeras lagunas, formadas por represamientos del río producidos por erupciones volcánicas. Periodos de sequía, con dramática disminución de aves, pastos y vegetales recolectables, habrían llevado a estos antiguos antofagastinos a intensificar tanto la crianza de camélidos domésticos como el cultivo de algunas plantas comestibles, así como a desplazarse periódicamente a lugares distantes de sus bases residenciales, en busca de recursos para su subsistencia. Precisamente, en Caleta Huelén, en la desembocadura del río Loa, los arqueólogos han encontrado una densa aglomeración de recintos semisubterráneos que son similares a los de *Tulán*, *Puripica* y *Chiuchiu*. La presencia de obsidias y plumas de aves cordilleranas en esta temprana aldea costera y de conchas de moluscos del Pacífico en los asentamientos del interior, sugieren la existencia de un activo tráfico de bienes entre mar y cordillera.

Durante más de seis milenios, los primeros nortinos mantuvieron un estilo de vida basado en la mera apropiación de los recursos de subsistencia. Paulatinamente, sin embargo, lograron adaptarse a las diferentes y cambiantes condiciones ambientales que caracterizaron al altiplano, el desierto y la costa del Norte Grande durante la era posglacial. En las postrimerías de este largo proceso de adaptación, los grupos *arcaicos* ocupaban ya casi todos los nichos ecológicos apropiados para la vida humana, se hallaban experimentando con la domesticación de animales y plantas, y estaban adoptando un modo de vida cada vez más sedentario.

Los aldeanos del desierto

Al comienzo del segundo milenio antes de nuestra era, las poblaciones de cazadores-recolectores del Norte Grande incorporaron a su dieta algunas

plantas domesticadas. Aunque la presencia de estos incipientes cultivos no modificó sustantivamente su estilo de vida, constituyen éstos el primer antecedente de un cambio económico que cristalizaría mil años más tarde con la producción de alimentos. El período que comenzaba es conocido por los arqueólogos como *Formativo*.

Restos arqueológicos de algunos de los primeros horticultores de la Región de Tarapacá han sido encontrados en el valle de Azapa. Estos antiguos campesinos ariqueños vivieron en sencillas habitaciones de totora, subsistiendo del cultivo de zapallos, calabazas, achiras, ajices, porotos, quinua y maíz. Recolectaban también vainas de algarrobo y obtenían diversos productos del mar. La gente de *Azapa* estaba en posesión de una serie de nuevos adelantos. Elaboraban una cerámica monocroma con inclusiones vegetales y conocían los rudimentos de la metalurgia del cobre, innovaciones técnicas que acusan conexiones culturales con grupos aldeanos más avanzados radicados en el altiplano de Bolivia. Merced a los restos humanos encontrados en los cementerios, se sabe que estos individuos cubrían sus cabezas con gruesas madejas de lana, a modo de turbantes, por lo que se les conoce genéricamente como “enturbantados”. Utilizaban, además, cobertores públicos y acostumbraban adornarse los tobillos y las muñecas con cintas de lana de las que colgaban cuentas de hueso y semillas. El resto de su vestuario indica que eran muy hábiles tejedores.

En esta temprana época del período *Formativo*, otro grupo de enturbantados habitaba en los alrededores del Morro de Arica. Se trata principalmente de pescadores que poseían una sofisticada tecnología para explotar los recursos marinos. Al igual que sus vecinos de valle adentro, la gente del Morro utilizaba cerámica hecha con temperante vegetal, elaboraban canastos decorados con diseños geométricos y ornamentaban calabazas con diseños de aves y otros motivos grabados a fuego. También hilaban lana de llama y confeccionaban textiles, combinando colores como el azul, el rojo y diversas tonalidades de café. Es con estas antiguas poblaciones de enturbantados cuando empieza a popularizarse en el Norte Grande la práctica de inhalar polvos psicoactivos por la nariz.

Siempre en el valle de Azapa, alrededor de 500 a.C., un grupo de enturbantados vivió del cultivo del maíz, el ají, la mandioca, la quinua, el poroto y el camote. Se conoce a esta gente como *Alto Ramírez*. Explotaban los recursos del mar y cazaban animales

La imagen recrea una escena de trueque de abalorios entre pescadores de la costa de Arica y agricultores de valle adentro.



terrestres con dardos arrojados mediante un ingenioso propulsor de madera, denominado estólica. Solían enterrar a sus muertos en montículos formados por diversas capas de barro y fibras vegetales. Se piensa que las comunidades *Alto Ramírez* mantuvieron relaciones muy estrechas con grupos del altiplano peruano-boliviano. En efecto, los diseños de cabezas humanas cortadas, que decoran sus finos tejidos multicolores, son muy similares a los representados en la cerámica y en las esculturas de piedra de la cultura *Pukara*, un prestigioso señorío que tuvo su centro político en el norte del Lago Titicaca, desde donde irradió su influencia cultural sobre diversas regiones de los Andes Centro-Sur.

Las comunidades tipo *Alto Ramírez* se esparcieron por la costa y el interior de las regiones de Tarapacá y Antofagasta, dondequiera que hubiese suficiente agua para la vida humana y para el cultivo de plantas comestibles. Múltiples cementerios de enturbantados, que estuvieron en actividad hasta bien entrado el primer milenio de nuestra era, han sido descubiertos en la quebrada de Camarones, en Pisagua, en Guatacondo, en la boca del río Loa e incluso en Cobija.

En la Región de Antofagasta, se ignora aún cómo se produce la transición entre las últimas comunidades *arcaicas* tipo *Puripica/Chiuchiu* y la siguiente etapa

del desarrollo cultural, denominada *Tilocalar*. Hacia 1200 a.C., sin embargo, y en coincidencia con un período de mayor humedad, los arqueólogos han identificado unos pocos asentamientos de esta nueva etapa en la quebrada de Tulán y en el pequeño oasis de Tilocalar. Se trata de aglomeraciones de recintos de piedra circundadas por un muro, cubiertas de gruesas capas de basura, desechos originados en la manufactura de instrumentos de piedra, cenizas dejadas por los fogones de cocina y otros restos cuya densidad acusa una vida más estable y sedentaria que en la etapa anterior. Pese a que la caza y la recolección siguen siendo importantes, la localización de estos asentamientos tanto junto a los pastos de las quebradas como en los oasis de pie de puna, indica que el énfasis de la economía de los grupos *Tilocalar* estaba ahora en una estrategia mixta de crianza de llamas y de cultivo en huertas de maíz, papas, quinua y zapallos.

Fragmentos de cerámica corrugada, es decir, elaborada con tiras de greda superpuestas, así como de cerámica decorada con modelados y líneas incisas, presentes en Tilocalar, Poconche y otros sitios de ambos lados de la cordillera, sugieren que estas comunidades agroganaderas estaban en contacto con gente de una amplia área, incluyendo comunidades de otros oasis antofagastinos, del altiplano meridional de Bolivia y del noroeste

argentino. El equipo material de las comunidades *Tilocalar* comprendía también artefactos de cobre y oro, vasos de piedra, cestería y una sencilla cerámica gris pulida gruesa, que es el antecedente más directo de la bella cerámica gris y negra que florecerá en la región en las etapas siguientes.

La etapa *Tilocalar* ha sido reconocida en el río Loa hacia el 1000 a.C. Se trata de una extensa aldea con recintos semisubterráneos, localizada en el oasis de Chiuchiu. Los huesos de camélidos silvestres encontrados en sus basuras muestran que la caza de guanacos continuaba siendo una actividad importante, pero hay también huesos de dos diferentes tipos de camélidos domésticos: una llama pequeña, posiblemente proveedora de carne para el consumo y de lana para confeccionar textiles, y otra más corpulenta, probablemente empleada como bestia de carga para el tráfico de caravanas. Entre los hallazgos de esta aldea destacan modestas artesanías tales como canastos y vasijas de cerámica corrugada, incisa o modelada.

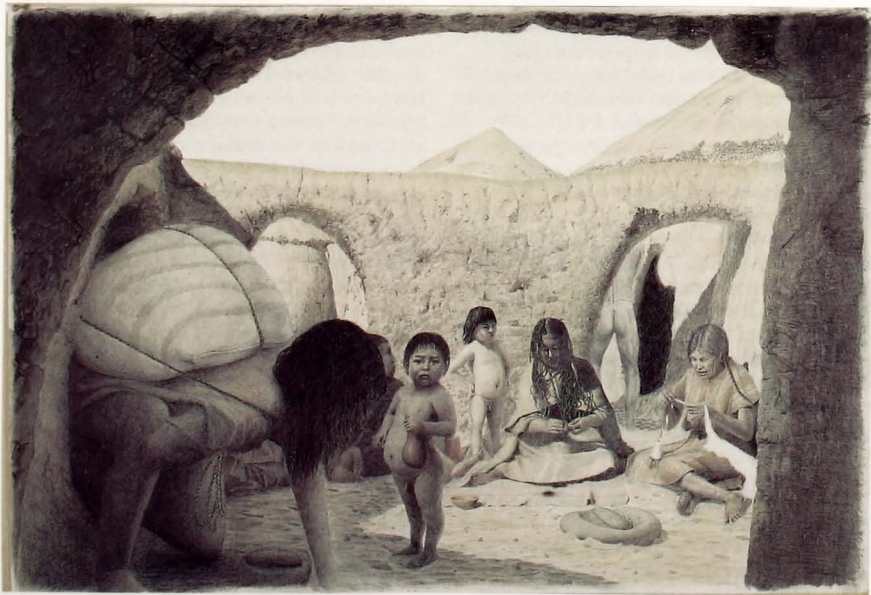
A pesar de que las comunidades *Tilocalar* tenían sus asentamientos principales en los oasis de pie de puna, en el verano algunos grupos acostumbraban subir con sus rebaños de llamas a las quebradas y a la alta cordillera, para aprovechar los nutritivos pastos que brotan con las lluvias estivales.

Lentamente, comenzaban a frecuentar las cuencas lacustres de altura, como las lagunas Meniques y Miscanti, tal como lo habían hecho anteriormente sus antecesores del *Arcaico Temprano*. En esas incursiones, obtenían productos propios de zonas altas, como ser vidrios volcánicos para manufacturar armas y herramientas, huevos y plumas de parinas o flamencos andinos, así como lana de vicuña, y pelo de vizcachas y chinchilla para confeccionar prendas de vestir, bolsas y otras piezas textiles.

Mientras la población fue pequeña, cada oasis, por diminuto que fuese, se prestó bien para que los pastores de las quebradas cultivaran allí sus huertos y complementaran así su dieta de proteínas animales con los indispensables carbohidratos proporcionados por los productos vegetales. A la larga, empero, fueron los oasis más grandes y con mayor provisión de agua, como San Pedro de Atacama, Chiuchiu y Toconao, los que presentaron mayores posibilidades para la agricultura de más amplia escala, para el crecimiento de la población y para el asentamiento estable en aldeas. Es allí donde se gestó la cultura *San Pedro*.

La primera etapa de esta cultura, que se extiende entre 400 y 100 a.C., se conoce como *Toconao*, porque en ese oasis se encontraron las primeras ofrendas funerarias que la caracterizan. Destacan sus

Túlor es una de las varias aldeas de agricultores que florecieron en el desierto chileno alrededor de los comienzos de nuestra era.





Desde los inicios del primer milenio a.C., el llamero y su caravana comenzó a ser parte infaltable del paisaje del Norte Grande de Chile.

grandes vasijas rojo y negro pulidas, que incluyen vasos, botellas y urnas con aplicaciones al pastillaje y rostros antropomorfos modelados. Pero es en el *ayllu* o parcialidad de Túlur donde se pueden conocer mejor los detalles de la vida diaria de la gente de esta etapa del desarrollo atacameño. Túlur es una densa aglomeración de recintos de planta circular y muros de barro de forma abovedada, conectados por una infinidad de patios y pasadizos.

A comienzos de la etapa *Séquitur*, entre 100 a.C. y 400 d.C., había ya varias aldeas parecidas a la de Túlur en Coyo, Béter y otros *ayllus* de San Pedro de Atacama. Esta gente confeccionaba finas botellas con rostros antropomorfos naturalistas modelados en el cuello, escudillas, vasos y otras vasijas de paredes altas y delgadas, todas de color gris o rojo y con la superficie pulida. Algunos individuos solían fumar en grandes pipas de cerámica de forma acodada. Otros portaban uno o dos *tembetás* de piedra insertados como adorno entre el labio inferior y el mentón, así como collares de turquesa. Comenzaban también a consumir polvos alucinógenos por la nariz, para lo cual empleaban tubos inhaladores, tabletas y otros instrumentos tallados en madera. El principal componente de estas sustancias psicoactivas provenía de las semillas del *cebil*, un árbol que crece en el noroeste argentino y cuyas vainas fueron un importante artículo de tráfico durante todo el primer milenio de nuestra era. Algunos autores hablan de la "ruta del *cebil*", para referirse a la vía por la cual se realizó este antiguo tráfico de estupefacientes.

Las poblaciones *Séquitur* vivían del cultivo en pequeña escala de maíz, poroto, ají, zapallo y calabazas. En desconocimiento aún de técnicas de riego más complejas, continuaban privilegiando lugares cercanos al salar para emplazar sus aldeas. Allí, el agua de los ríos y quebradas podía inundar sus campos de cultivo, antes de que se evaporara o desapareciera en el subsuelo. Palas y azadas, bellas cuentas de turquesa y malaquita, finas puntas de flechas triangulares con aletas y pedúnculos y otros instrumentos de piedra, así como fragmentos de cerámica gris pulida de *Séquitur*, han sido encontrados también en abrigos rocosos y campamentos al aire libre, junto a las vegas del Alto Loa y el Alto Salado. Estos pequeños asentamientos en lugares de mayor elevación que los oasis de pie de puna, indican que ahora la horticultura, la caza y el pastoreo en las quebradas intermedias desempeñaban un rol complementario en la subsistencia de campesinos que ya estaban firmemente asentados en las aldeas de los principales oasis de pie de puna. La presencia en los sitios habitacionales y cementerios de cerámicas del noroeste argentino, como Condorhuasi, Vaquerías y Ciénaga, así como de las propias pipas acodadas, es una buena muestra de la amplitud de las conexiones culturales de las poblaciones *Séquitur*.

El tráfico de recuas de llamas es intenso en esta época. Restos de estos caravaneros se han encontrado en Calama asociados a grandes bolsas de cuero y canastos, repletos con plumas de aves tropicales, conchas de moluscos marinos, quinua y papas del altiplano y productos agrícolas de los oasis atacameños.

Uno de los poblados más importante de esta etapa del desarrollo cultural del Norte Grande es Caserones, situado en la quebrada de Tarapacá. Consiste en numerosos recintos de planta rectangular, circundados por un muro defensivo. Caserones puede haber albergado hasta 500 personas, lo que es mucho para los estándares demográficos de la época. En las cercanías, sus habitantes cultivaban maíz y quinua, recolectaban vainas de Algarrobo y tamarugos, mantenían rebaños de llamas y cazaban animales silvestres. Desde esta aldea, partían caravanas en viajes de intercambio con San Pedro de Atacama, el altiplano boliviano y diversos puntos del desierto y la costa.

Algo más al sur, en la quebrada de Guatacondo, se encontró una extensa aldea de recintos de planta circular y muros de piedra y barro, dispuestos en torno a una gran explanada o patio central. Se trata de otra importante población de enturbantados, dedicada a la agricultura casi en los márgenes mismos del desierto. Los recintos contienen bodegas cavadas en el piso de las viviendas, donde se guardaban productos como maíz, porotos y vainas de Algarrobo para los meses de escasez.

En los siglos iniciales de nuestra era, la vida en aldeas, la agricultura y el pastoreo habían alcanzado ya un importante grado de estabilidad en el Norte Grande. Existía, además, una activa red de intercambio de corta y larga distancia, articulada por diferentes circuitos de caravanas que trasladaban bienes suntuarios y de subsistencia entre asentamientos de una vasta área de los Andes Centro-Sur, incluyendo los valles del sur del Perú, el noroeste argentino y la siempre gravitante cuenca del Lago Titicaca. Es precisamente en esta última área donde se va a producir un interesante foco de desarrollo, que imprimirá una nueva dinámica a la historia cultural del Norte Grande de Chile.

En la órbita de Tiwanaku

Entre 200 y 300 d.C., el eje del prestigio y el poder político en los Andes Centro-Sur se traslada desde el viejo señorío de *Pukara*, en el norte de la cuenca del Titicaca, a *Tiwanaku*, en la orilla sur de este enorme mar de agua dulce, conocido también como el Lago Sagrado. La emergencia allí de este Estado, representa el más alto nivel de desarrollo social, económico y político alcanzado por una sociedad prehispánica en los Andes al sur del Cuzco. Aproximadamente a partir del siglo III y por espacio de casi un milenio, la ciudad de Tiwanaco y sus

varias urbes virreinales fueron el centro neurálgico de una de las sociedades más poderosas y gravitantes en la compleja historia cultural de los Andes. La impresionante monumentalidad de sus pirámides, templos, palacios y esculturas de piedra tiene pocos parangones en el mundo andino. Sus tejidos, cestos, cerámicas, objetos de oro y plata, y una infinidad de otras finas artesanías, están entre los más eximios objetos de arte producidos por las antiguas culturas de América.

La base de este espectacular desarrollo hay que buscarla en tres pilares fundamentales de la economía de *Tiwanaku*. En primer lugar, en el aprovechamiento de las extensas praderas que rodean el lago para criar grandes rebaños de llamas y alpacas, y en la laboriosa construcción de extensos campos elevados o "camellones" para una agricultura intensiva de tubérculos y otras plantas adaptadas a la altura. Se calcula que en su clímax la producción agropecuaria de *Tiwanaku* sirvió para alimentar entre 80 y 150 mil personas al año. El segundo pilar de la economía de este Estado estuvo en la colonización y explotación agrícola de los valles bajos y cálidos situados a ambos lados del altiplano. Allí se proveyeron de productos tropicales y semitropicales, entre ellos el maíz, tan imprescindible para la vida social y religiosa de los pueblos andinos. El tercer pilar estuvo en un inteligente manejo de los hilos del intercambio de larga distancia, a través del tráfico de caravanas de llamas y de alianzas interétnicas sustentadas en una persuasiva influencia ideológica. Merced a esta estrategia, obtuvieron acceso a una serie de productos suntuarios, esenciales para satisfacer las necesidades de prestigio, lujo y distinción social de la élite dominante.

Durante el período *Medio* o de *Integración Centro-Sur Andina*, dos áreas del Norte Grande de Chile concentraron el interés del Imperio del Lago Sagrado: el valle de Azapa y el oasis de San Pedro de Atacama. En Azapa, los dirigentes de *Tiwanaku* implantaron colonias de agricultores. Estos campesinos altiplánicos, conocidos como *Cabuzas*, trajeron al valle nuevos instrumentos de labranza y técnicas de irrigación más complejas, que les sirvieron para cultivar maíz, camote, frejol, quinua, zapallo, jíquima, calabaza, coca y otros productos que complementaban los recursos propios del altiplano. La producción de estas tierras bajas era llevada a los asentamientos de la cuenca del Titicaca vía caravanas de llamas. En el valle, habitaban modestas viviendas de planta rectangular, cimientos de piedra y muros de caña y totora amarradas con

sogas, emplazadas junto a los campos de cultivo. Enterraban a sus muertos en posición fetal o en cucullas, envueltos en elaborados *unkus* o camisas de lana liadas con cuerdas de tatora y acompañados de ofrendas mortuorias. Los difuntos portan gorros semiesféricos o de cuatro puntas, este último típico de *Tiwanaku*. En *Cabuza* destacan cucharas ceremoniales, *keros* o vasos para beber chicha de maíz, diversas formas de tazones, escudillas y jarros de variados tamaños. Generalmente, la vajilla de esta gente presenta la superficie pintada de rojo y decorada con diseños en negro de espirales, líneas onduladas y triángulos formando columnas o escalerados. A cargo de la administración de estas colonias, había reducidos contingentes de funcionarios de *Tiwanaku* y sus familias. Sus

tumbas contienen básicamente la misma clase de objetos que el resto de la población, pero son notoriamente más finos y de mayor calidad. El estudio de las momias de esta élite revela que gozaron de mejores condiciones de vida que los campesinos *Cabuza*.

Durante un tiempo, las colonias *Cabuza* coexistieron con las últimas comunidades *Alto Ramírez*. Mantuvieron también relaciones de intercambio con los pescadores de la costa, de quienes obtuvieron algas, pescados, mariscos y guano que transportaban al altiplano. A partir del siglo VIII, compartieron pacíficamente el valle con agricultores *Maytas-Chiribaya*. Los restos arqueológicos de estos últimos se distribuyen por

Las colonias de *Tiwanaku* en el valle de Azapa estaban integradas por campesinos y funcionarios administrativos del Estado altiplánico.





San Pedro de Atacama fue una importante plaza de intercambios de productos provenientes de una extensa área de los Andes Centro-Sur.

la costa desde Ilo, en Perú, hasta los valles ariqueños, con manifestaciones ocasionales hasta Taltal y Caldera. Resaltan su fina textilería, sus cucharas ceremoniales y sus *keros* o vasos tallados en madera. Aunque en esta época hay varios estilos de cerámica, el más característico es el estilo Maytas, con jarros y vasos que combinan figuras triangulares escalonadas dispuestas en hileras verticales, pintadas en blanco y negro sobre fondo rojo. En el sur del Perú, esta cerámica incluye como única variante unos característicos puntos blancos. La forma de las vasijas y los textiles son, en general, muy parecidos a los de *Cabuza*. No es clara, sin embargo, la relación de los agricultores costeros de *Maytas-Chiribaya* con *Tiwanaku*. Puede tratarse de un desarrollo que siempre fue autónomo, pero también es posible que estos campesinos hayan estado en un comienzo sujetos al Estado altiplánico, para más tarde emanciparse de su control. De hecho, algunos de estos individuos usaron el típico gorro de cuatro puntas, que parece haber operado como carta de ciudadanía *tiwanakota*.

La estrategia de acceso de *Tiwanaku* a San Pedro de Atacama fue radicalmente diferente a la empleada en Arica. Interesaban al Estado altiplánico los minerales cuproarsenicales, el cobre nativo, las turquesas, las malaquitas y otras piedras semipreciosas del desierto, como también los productos elaborados por la industria metalúrgica de *La Aguada*, una agrupación de jefaturas o señoríos del Noroeste Argentino muy vinculada con el de *San Pedro*. Desde San Pedro de Atacama, estos artículos eran trasladados por más de 700 kilómetros hasta el corazón de *Tiwanaku*.

Antes de la irrupción de *Tiwanaku*, la localidad de San Pedro operaba ya como un terminal caravanero y una activa plaza de intercambio regional. La producción de una vasta área del desierto, la puna meridional y los valles trasandinos arribaba a este oasis, transportada por caravanas locales. Esta etapa del señorío de *San Pedro*, denominada *Quitor*, ocurre entre 400 y 700 d.C. y es la de mayor auge. Hay objetos de origen atacameño en lugares tan distantes como la Quebrada de Tarapacá en el norte y Salta en el noroeste argentino. Se han encontrado

también asentamientos *Quitar* en Chiuchiu, Conchi y la costa, así como una colonia en Calahoyo, un lugar de la puna distante unos 300 kilómetros de San Pedro de Atacama.

Las relaciones entre *Tiwanaku* y la gente de la etapa *Quitar* eran exclusivamente de élite a élite. Jefes locales aliados cuidaban los intereses imperiales. A cambio de su lealtad, eran colmados de regalos, generalmente objetos de carácter suntuario que acentuaban su prestigio, tales como los vasos, hachas, diademas, placas y otros objetos de oro encontrados en el así llamado "Gentilar de los Reyes" del *ayllu* de Larache. Tales presentes incluían también finisimos *unkus* o camisas, cerámicas, canastos, vaso-retratos de madera y otros artefactos, todos pertenecientes al más excelso arte del Estado altiplánico. El consumo nasal de sustancias psicoactivas, que desde la fase *Séquitur* había arraigado entre los sectores más pudientes de la sociedad atacameña, así como la habilidad de sus artesanos para tallar una variedad de primorosos objetos de madera, fueron aprovechados también por *Tiwanaku*. El primero, para identificar a la élite local con la ideología del Imperio; la segunda, para satisfacer la demanda de dichos instrumentos por parte de una élite tiwanakota ávida de exclusivos símbolos de distinción social.

Durante la fase *Quitar*, la alfarería atacameña logró su más alta expresión técnica y estética. Se trata de una cerámica negra con la superficie cuidadosamente bruñida, que incluye botellas con rostros antropomorfos estilizados en el cuello, vasos, cuencos, escudillas grabadas y una diversidad de otras formas de vasijas. Hacia el siglo VIII, precisamente cuando las relaciones entre el señorío de *San Pedro* y el Estado de *Tiwanaku* alcanzan su máxima intensidad, esta tradición alfarera nativa comienza a perder calidad, popularizándose una alfarería de factura descuidada denominada "casi pulida". Es la fase *Coyo* del desarrollo atacameño, que se extiende entre 700 y 900 d.C.. Muchas de las mejores piezas de *Tiwanaku*, sin embargo, arriban al oasis en este tiempo.

Entre los siglos X y XI, la cuenca del Lago Titicaca experimenta una seguidilla de desastrosas sequías, que producen el colapso del hasta entonces exitoso sistema agrícola de *Tiwanaku*. Producto de la crisis económica y social subsecuente, las conexiones entre este Estado y el señorío de *San Pedro* se cortan bruscamente para siempre. Poco tiempo después, desaparecen en Arica las colonias *Cabuza*. El Imperio se desmorona casi tan súbitamente como

había aparecido, sumiendo a los Andes Centro-Sur y al Norte Grande en una época de intensas turbulencias políticas, pero también de oportunidades para la emergencia de una serie de sociedades altamente competitivas. Los arqueólogos denominan a este lapso período *Intermedio Tardío* o de *Desarrollos Regionales*.

La época de los pucarás

A la caída de *Tiwanaku*, surgen en el altiplano peruano-boliviano numerosos reinos y señoríos independientes, en permanente lucha unos con otros. Acosados por las sequías y siempre necesitados de productos que no se dan en el altiplano, ejercen una enorme presión sobre los espacios productivos del Norte Grande, implantando colonias en los diferentes pisos ecológicos que se escalonan entre el altiplano y el litoral. De preferencia, estas poblaciones ocupan las cabeceras de valles y quebradas del Norte Grande, controlando el suministro de agua para el regadío. Por estas razones, las relaciones de los pueblos del altiplano con los del desierto alcanzan durante este período un alto nivel de hostilidad. La veintena de pucarás o fortalezas que se construyen al pie del altiplano, entre Arica y San Pedro de Atacama, así como el incremento de armas y objetos defensivos, son fiel reflejo de los conflictos que marcaron esta época post-Tiwanaku.

Sobre la base del previo desarrollo *Maytas-Chiribaya*, emerge en los valles costeros y serranías del sur del Perú y del extremo norte de Chile la cultura *Arica*, una agrupación de señoríos agrícolas y pescadores cuyas manifestaciones culturales se extienden desde Mollendo hasta Taltal. Su primera fase es *San Miguel*, que se reconoce por una alfarería que incluye grandes cántaros globulares y jarras cilíndricas, decorados con figuras similares al estilo Maytas, así como escalerados y medallones con figuras humanas y pájaros estilizados, trazadas en rojo y negro sobre fondo blanco. La textilería adquiere en esta época una gran calidad técnica, incorporando diseños mucho más complejos que en el período anterior, aunque las formas textiles son básicamente las mismas. Mientras los *keros* son muy similares a los de *Maytas-Chiribaya*, las cucharas de madera cambian a formas más funcionales. La siguiente fase de la cultura *Arica* es *Gentilar*, cuya cerámica presenta más de 40 formas distintas, destacando las jarras globulares. Se decoran con figuras aserradas, escalerados, cruces, círculos y medallones que contienen figuras humanas monos y



Con posterioridad a *Tiwanaku*, surge en el extremo norte de Chile la cultura *Arica*. La escena recrea a un personaje de la fase *San Miguel* junto a otro de la fase *Gentilar*.

felinos, en blanco y negro sobre fondo rojo, a veces con la superficie de la vasija finamente bruñida. El resto de sus artesanías no varía mucho en relación a *San Miguel*. Las viviendas de las poblaciones de esta cultura eran de planta circular con un patio exterior, construidas con muros de piedra y caña en la costa, y de piedra, madera y paja en la sierra. Algunas aldeas, principalmente en la sierra, presentan más de un millar de recintos e incluyen estrechas vías de circulación interna, bodegas, corrales para el ganado y, en ocasiones, muros defensivos.

En San Pedro de Atacama, por otra parte, ya no hay la variedad de objetos del período anterior. Al comienzo de este milenio, durante la fase *Yaye*, las tumbas son tan pobres, que muchas veces no incluyen ni una sola vasija y, en ocasiones, carecen del más mínimo ajuar funerario. Los asentamientos, sin embargo, adquieren gran envergadura, seña elocuente de que la población había crecido en forma considerable. La edificación de pucarás como los de Quito en San Pedro de Atacama, Turi en el Alto Salado y Lasana en el Loa Medio, por ejemplo, es inconcebible sin

A la caída de *Tiwanaku*, la guerra fue una actividad común en los Andes Centro-Sur. La imagen muestra un combate en el Pucará de Quito, en San Pedro de Atacama, uno de las varias fortalezas que las sociedades del desierto construyeron al pie de la puna para contener la expansión de los pueblos altiplánicos.



el concurso de una numerosa fuerza de trabajo. También lo es la construcción de kilómetros y kilómetros de terrazas de cultivo y obras de riego, un rasgo que caracteriza a esta época. En el oasis de San Pedro de Atacama deben haber proliferado muchos asentamientos como el encontrado en el *ayllu* de Solor, formado por grandes recintos con muros de barro y planta rectangular, en cuyo interior hay entierros de individuos humanos dentro de vasijas de greda, así como enormes tinajas, probablemente para contener agua o chicha.

Fieles a su tradición, los alfareros del señorío de *San Pedro* continúan manufacturando cerámicas de un solo color, pero ahora las revisten de un grueso engobe rojo y les dan formas más complejas. Una de las cerámicas más típicas de esta época es una escudilla alisada por fuera y pulida por dentro. Durante la fase *Yaye*, estas escudillas son negras en el interior y durante la siguiente fase *Solor*, cambian a café o gris. Escudillas como éstas, así como grandes ollas y cántaros de superficie alisada, se hallan presentes en casi todo el desierto, desde Pica por el norte hasta Taltal por el sur, pasando

En el *Periodo Intermedio Tardío*, el tráfico de caravanas alcanzó su máxima intensidad en el Norte Grande de Chile. Los caravaneros y sus rebaños de llamas unieron asentamientos del desierto, la puna, las selvas orientales y el litoral del Pacífico, trasladando productos de diversos orígenes.



por las cuencas del río Loa y del Salar de Atacama, marcando muy precisamente los alcances de la esfera de interacción de las más tardías etapas de la cultura *San Pedro*. Hay evidencias de que los atacameños de esta época disputaron con los indios de Pica y Tarapacá el control de los algarrobales y las tierras de cultivo del oasis Quillagua.

Una distribución parecida a la de las escudillas recién referidas tienen los ganchos de madera para sujetar la carga de las llamas, los cencerros de madera y las calabazas decoradas con diseños grabados a fuego. Los dos primeros artefactos son un buen indicio del intenso tráfico de recuas de llamas que caracterizó a esta época. De acuerdo a lo que muestran los ajuares funerarios, hubo intercambios de productos con los indios de Tarapacá, Pica, Potosí, Sud Lípez y Copiapó. Además, las caravanas atacameñas descendían a la costa con los productos de sus oasis y quebradas, regresando a Calama, Chiuchiu y San Pedro de Atacama con pescados y mariscos secos que obtenían de los pescadores *changos* del litoral. Lo propio hacían las caravanas de la gente de los oasis tarapaqueños.

Una penetración de indios lípez, procedentes del altiplano sur de Bolivia, es patente en el curso superior del río Salado, donde se mezclan con indios atacameños. Esta fase cultural es conocida como *Toconce* y se caracteriza por sitios habitacionales con densos conjuntos de cerámica local, entierros en abrigos rocosos, *chullpas* o torreones altiplánicos de función ceremonial y selectos tiestos típicos de la región boliviana de Sud Lípez.

La escasez de objetos del noroeste argentino en las tumbas atacameñas, sugiere que las relaciones entre ambas áreas se habían reducido a un mínimo. Estilos alfareros trasandinos, como Santa María y Belén, están completamente ausentes en el Salar de Atacama y el río Loa. Cortada la así llamada "ruta del *cebil*", en este período los artefactos del complejo alucinógeno comienzan a disminuir en número y calidad, hasta desaparecer por completo poco antes del arribo de los *Incas*, al tiempo que el uso ritual de la coca adquiere mayor preponderancia. No obstante, se encuentran con cierta regularidad en la región vasijas de estilo Yavi, manufacturada por los indios *chichas* de la quebrada de Humahuaca, con los cuales los atacameños mantuvieron una relación privilegiada.

Bajo el Imperio de los Incas

Cuando en el Norte Grande de Chile las sociedades del desierto luchaban por mantener a raya a los pueblos del altiplano, en los alrededores del Cuzco un señorío de oscuros orígenes se imponía al resto para imponer su hegemonía en la región. Dueños de una tremenda capacidad organizativa y militar, en poco más de un siglo los *Incas* construyeron uno de los imperios más vastos en la historia de la humanidad. El afán expansivo de esta gran nación de conquistadores residía en el mecanismo de la "herencia dividida". Al fallecer un gobernante, su *panaqa* heredaba toda la riqueza y los territorios conquistados por el difunto. El nuevo gobernante, en cambio, únicamente heredaba el ejército. En consecuencia, a lo largo de su vida debía procurar conquistar nuevos territorios para construir así su propia riqueza y la de su *panaqa*. Hacia 1471, correspondió a Tupaq Inca Yupanqui emprender la conquista de Chile. Cuando sus tropas ingresan al Norte Grande, traen como aliados estratégicos a los pueblos altiplánicos, seculares rivales de las sociedades locales. Es a través de ellos que los *Incas* dominan a los pueblos del desierto chileno, inaugurando la última época de su desarrollo prehispánico: el período *Tardío* o de *Integración Pan-Andina*.

En Arica, la dominación *Inca* se tradujo en una ampliación de las tierras de cultivo y en la aplicación de técnicas más avanzadas en la explotación de los recursos del litoral. Dos de los centros administrativos incaicos más importantes en la zona fueron Purisa, en el valle de Azapa y Mollepampa, en el de Lluta. Estos y otros asentamientos estuvieron unidos por ramales del *Qapaqñam* o Camino del Inca, una extensa red vial que atravesaba todo el Imperio o *Tawantinsuyu*. En los *tambos* o postas que jalonaban el camino, se podía encontrar alimentos, bebidas, sandalias, tejidos y todo lo que necesitaban las tropas, caravanas, mensajeros y otros viajeros.

En todos los territorios conquistados los *Incas* introdujeron nuevas formas de vasijas, entre otros, el aribalo, un gran cántaro de cuello en forma de bocina y base apuntada, y un plato que en un extremo tiene un asa en forma de cinta y en el otro la cabeza modelada de un ave. Es típica también una cerámica con diseños negros sobre fondo rojo que pertenece a las sociedades altiplánicas aliadas de los *Incas*.

En el Pucará de Turi, al interior de Calama, los *Incas* construyeron sus edificios en la parte más alta de la fortaleza y de allí controlaron a las comunidades del río Loa. Varias minas de cobre son explotadas por los cuzqueños con la ayuda de la población local y de otros grupos étnicos trasladados desde lugares distantes. En el Salar de Atacama, erigen un centro administrativo en Catarpe, casi frente al Pucará de Quitor, desde donde ejercen dominio sobre San Pedro de Atacama y los otros oasis del salar. La impronta incaica en San Pedro es mínima, aunque también es cierto que tuvieron poco más de 60 años para influir en la cultura local. Esta influencia se manifiesta en imitaciones de los característicos arribalos cuzqueños, terminados con el grueso engobe rojo, tan típico de las vasijas atacameñas de la época. En conexión con individuos trasandinos trasladados por los *Incas*, arriban

Los *Incas* fueron una gran nación de conquistadores, construyendo uno de los más vastos imperios de la antigüedad. Correspondió a Tupaq Inca Yupanqui extender el dominio cuzqueño hacia el Norte Grande, el Norte Chico y Chile Central.



imitaciones de piezas cuzqueñas procedentes de Tilcara y La Paya. En Catarpe, Turi y Taltal se han encontrado placas de cobre de estilo Santa María, traídas por los *Incas* desde el noroeste argentino.

Los *Incas* respetaron las creencias de los pueblos conquistados. No obstante, en muchas de las altas cumbres del Norte Grande rindieron culto a sus propias deidades. En las faldas y en la cima de los principales cerros, construyeron recintos ceremoniales e hicieron grandes hogueras, realizaron sacrificios y dejaron en ofrenda hojas de coca, figurillas de plata, plumas multicolores y finas prendas textiles en miniatura.

No se había depositado aún sobre el suelo el polvo levantado por el paso de las tropas y caravanas de los *Incas*, cuando las cabalgaduras de los españoles comienzan a hollar los caminos y senderos del desierto chileno. Se inicia entonces una etapa de dominación, expoliación y exterminio de la población aborigen del Norte Grande que dura hasta nuestros días. Los escasos y preciados recursos hidrológicos del desierto extremo de la tierra –tan celosamente cuidados y disputados por los antiguos nortinos durante 11 milenios– son en la actualidad contaminados periódicamente y explotados hasta el agotamiento por la gran minería del cobre y las ciudades de la soberbia civilización moderna...

CAMELIDOS EN EL ARTE RUPESTRE



Se conoce como arte rupestre a las pinturas y grabados ejecutados sobre la superficie rocosa de cuevas, paredones y bloques aislados, así como los grandes geoglifos trazados en las laderas de los cerros y en las pampas, hechos por acumulación o despeje de las piedras de la superficie.

A diferencia de otros sistemas iconográficos andinos, como la cerámica, los textiles o las esculturas de piedra, en los que las figuras no siempre coinciden con la fauna local, la selección de imágenes en el arte rupestre del Norte Grande es altamente congruente con los animales del medio circundante. Más del 90% de los diseños son figuras de camélidos, ya sea silvestres, como el guanaco y la vicuña, o domésticos, como la llama. La presencia de estas imágenes en hábitats naturales de estos animales, su recurrente cercanía a vegas y fuentes de agua permanente o en proximidad a rutas de tráfico e intercambio y su contigüidad a depósitos arqueológicos cuyos contenidos demuestran diferentes utilidades de ellos por parte de comunidades humanas, revelan que esta imaginaria no era una simple mistificación ideológica de una fauna exótica a la región, sino el resultado de la preocupación de las poblaciones por un recurso local que desempeñaba un rol básico en la subsistencia.

La ejecución y manipulación de imágenes de camélidos en arte rupestre, parece haber sido parte de un ceremonialismo de las antiguas poblaciones nortinas cuya finalidad era influir ritualmente en los factores –reales o imaginarios– que determinaban la disponibilidad de estos animales para la economía local o el éxito de sus expediciones de tráfico con caravanas de llamas. Cualquiera sea lo que estas imágenes hayan significado para las sociedades que las crearon y usaron, su valor simbólico probablemente les confería el poder de producir la multiplicación de los camélidos salvajes, el aumento de sus rebaños de camélidos domésticos y buenos resultados en sus viajes con recuas de llamas a través de la puna y el desierto nortino.



EL NORTE VERDE Y SU PREHISTORIA

La tierra donde el desierto florece

Francisco Gallardo Ibáñez

Cazadores de megafauna

Al concluir el Pleistoceno, que es una era geológica anterior a la nuestra, el clima de esta región nortina había variado desde un régimen frío y lluvioso a otro de aridez semejante al que impera en la actualidad. Los especialistas creen que este cambio estimuló la concentración de la fauna y vegetación alrededor de ambientes privilegiados, como lagunas, esteros o áreas especialmente húmedas como el actual parque Fray Jorge en los Altos de Talinay (IV Región), un bosque de tipo valdiviano que aún se conserva gracias a la condensación de las neblinas costeras. En estas condiciones ambientales, unos 11 mil años atrás, rebaños de megafauna, como mastodontes, caballos americanos, ciervos de los pantanos, milodones y paleolamas, abrevaban en las riberas

de un estero al sur de la localidad de Los Vilos. Allí fueron presas fáciles de animales carnívoros y probablemente del hombre, que por esa época iniciaba la colonización del territorio, en una avanzada procedente desde regiones septentrionales. Se trataba de grupos de cazadores especializados que se desplazaban por estas regiones tras la captura de grandes mamíferos hoy desaparecidos. Las excavaciones arqueológicas en la estrecha quebrada de Quereo, revelaron la presencia de cientos de huesos de éstos y otros animales. Es probable que estos restos sean el resultado de la acción de depredadores, quienes en su continuo accionar permitieron la formación de un depósito de huesos, donde los hombres pudieron obtener materias primas para sus instrumentos de hueso e incluso efectuar labores de carroñeo en animales muertos horas o días antes.

En la quebrada de Quereo, en Los Vilos, se han encontrado evidencias de los primeros pobladores del territorio nacional. (Foto F. Gallardo).



Los cazadores-recolectores del Holoceno

Si las postrimerías del Pleistoceno estuvieron caracterizadas por un ambiente natural poblado por grandes mamíferos hoy extinguidos, el Holoceno o período actual inauguró condiciones naturales muy similares a las que imperan en la actualidad. Una de las primeras ocupaciones humanas de esta fase prehistórica fue descubierta en un amplio refugio natural localizado en el valle del río Hurtado, no lejos del pueblo de Pichasca (IV Región). Hace aproximadamente 10 mil años, un grupo de nativos vivió en el lugar durante los meses de primavera y verano. El ambiente precordillerano de la zona favorecía la caza de guanacos y la recolección de semillas silvestres comestibles.

Al interior de este abrigo rocoso, familias de cazadores se reunían junto al fuego para alimentarse. La ocasión se prestaba también para trabajar el cuero de los animales capturados y manufacturar los instrumentos de piedra que se necesitaban para la caza y el faenamiento de los animales. Estas y otras actividades permitieron la

acumulación de basuras, entre las que se cuentan puntas de proyectil alargadas, cuchillos y raspadores de piedra, fragmentos de cestería, huesos de animales y artefactos para la molienda de semillas silvestres.

El hallazgo de conchas del Pacífico en este sitio y otros dispersos por la región, hace pensar que estos antiguos grupos familiares se desplazaban por el valle hacia la costa, hábitat en el que pudieron obtener alimentos durante la estación invernal, época poco propicia para vivir tierra adentro.

La costa ofrecía durante todo el año una variedad de recursos que, secados o ahumados, podían ser almacenados, proporcionando una estabilidad económica no comparable con la explotación de otros ambientes. En Huentelauquén, junto a la desembocadura del río Choapa, es posible observar hoy en día los restos arqueológicos de estos milenarios asentamientos. Aquí, los nativos elaboraban grandes puntas de piedra con las que cazaban lobos marinos, y diversos otros instrumentos cortantes con los que trozaban estos animales. Atrapaban también aves y recolectaban erizos, lapas, locos, chitones, machas, almejas, navajuelas y ostiones, entre muchas otras especies del mar. Finalmente, recogían las semillas de

El alero de Pichasca, al interior del valle del río Hurtado, fue habitado por familias de cazadores-recolectores hace unos 10 mil años.



pastos de primavera y con ellas hacían harinas en sus instrumentos de molienda. Unos de los aspectos más sobresalientes en los sitios de Huentelauquén, son unos objetos de piedra de forma triangular, polygonal o circular dentados. La función de estos exóticos artefactos es un enigma y, por el momento, no existe una respuesta convincente sobre su uso. Sabemos, sin embargo, que estos objetos se han encontrado en varios otros sitios, desde Antofagasta hasta Los Vilos, sugiriendo una amplia circulación de quienes los produjeron a lo largo del litoral chileno. Algunos sitios de esta cultura tienen más de 6 mil años de antigüedad.

Entre el segundo y primer milenio antes de nuestra era, las comunidades de cazadores-recolectores del Norte Chico o Norte Verde habían logrado desarrollar un estilo de vida especializado en la explotación de los recursos del mar. En el litoral de Coquimbo se han descubierto numerosos basurales localizados en los alrededores de lagunas costeras. Predominan en ellos conchas, huesos y artefactos de piedra. Por lo general, se encuentran en las inmediaciones de “piedras tacitas” –rocas con múltiples cavidades— que pudieron servir para moler vegetales y pigmentos. Unos de los sitios más extensos se encuentra en Punta Teatinos, al norte de



La función de los litos geométricos de la cultura Huentelauquén es aún desconocida.
[Col. Museo Arqueológico de Santiago].

la bahía de Coquimbo. Allí habitaron pescadores de aspecto robusto y baja estatura, con una tecnología bien adaptada al ambiente marítimo. En el lugar, bajo un densa capa de basuras domésticas, aquellas antiguas familias de pescadores enterraron a sus muertos cubriéndolos con grandes piedras.



Los primeros agricultores y pastores: Cultura El Molle

Algunos cientos de años antes de nuestra era, las comunidades del desierto semiárido incorporan nuevas tecnologías productivas. Conocen la agricultura, pastorean camélidos domésticos y mantienen intercambios con poblaciones del desierto de Atacama y el noroeste argentino. Es en esta época cuando dejan de depender exclusivamente de la caza y la recolección, que habían predominado en el período anterior.

Los asentamientos de la gente de *El Molle* se distribuían principalmente en los valles, los interfluvios y el litoral. Desde el río Copiapó hasta el Choapa, los numerosos sitios arqueológicos sugieren la presencia de grupos humanos de gran movilidad. Probablemente, esta flexible pauta de ocupación fue el resultado del manejo de ganado camélido. En verano, los rebaños debían ser trasladados desde los valles bajos hasta la cordillera, lo que permitía el acceso a los abundantes pastizales de altura. Estos circuitos de movilidad debieron girar en torno a la diversas aldeas del período, que en Carrizalillo Chico (interior de Copiapó) y La Centinela (cuenca del río Limarí) contienen hasta 100 recintos habitacionales, mostrando con ello un grado de sedentarismo no comparable con el período precedente. Más aún, en los alrededores de estos núcleos residenciales, esta gente desarrolló una agricultura del maíz, el poroto y el zapallo, para lo cual debieron preparar la tierra y canalizar el agua de riego.

Estos primeros campesinos prehispánicos son también los primeros ceramistas en la historia del Norte Chico. Su alfarería fue dada a conocer por primera vez para la ciencia en la década del treinta, a partir de hallazgos en varios cementerios vecinos al pequeño pueblo de El Molle, en el valle del río Elqui. Las sepulturas se reconocían en superficie por un ruedo de piedras. Bajo estas señalizaciones, se encontraban los restos del difunto junto a cerámica finamente elaborada y otros tantos objetos.

Los vasos y jarros recuperados muestran superficies extraordinariamente pulidas y en ocasiones se observan delicadas decoraciones incisas. Algunos de los más bellos ejemplares imitan la forma de animales y calabazas.

Entre los otros artefactos recuperados en las excavaciones arqueológicas, llama la atención un adorno labial llamado *tembetá*. Este es un objeto cilíndrico que se inserta bajo el labio inferior mediante una perforación. Se recuperaron también pipas de piedra en forma de letra "T" invertida, con las que los indígenas fumaban algún vegetal con propiedades alucinógenas. Finalmente, se hallaron adornos e instrumentos de cobre que testifican conocimientos metalúrgicos.

Este período prehistórico se caracteriza por su diversidad cultural. Las diferentes formas de sepultación, la variabilidad alfarera y los distintos tipos de *tembetás* detectados en la región, hacen sospechar que, pese a una raíz cultural común, cada valle tuvo su propia identidad.

Pipa en forma de "T" invertida para el consumo de alucinógenos
(Col. Museo Arqueológico de La Serena).



Por ejemplo, en el río Hurtado –uno de los afluentes del Limarí– los indígenas eran sepultados con una tierra fina y luego cubiertos por varias capas de piedras. La cerámica asociada a estos entierros se caracteriza por vasos altos, decorados con diseños rojos sobre fondo blanco y jarros de dos golletes unidos por un asa-puente. Este tipo de hallazgo contrasta poderosamente con las sepulturas en montículos o túmulos y los toscos jarros globulares de base apuntada, descubiertos más al norte, en el valle del río Copiapó.

Esta diversidad cultural se observa también en los estilos de arte rupestre que los arqueólogos asignan a la cultura *El Molle*. En el cerro La Silla, al norte de la región, es común ver diseños grabados sobre rocas que representan figuras humanas guiando, mediante una cuerda, rebaños de animales que son interpretados como camélidos domésticos. En cambio, más al sur, en la quebrada El Encanto, es notable la regularidad en la confección de rostros algo desfigurados y en cuyas cabezas se aprecian diferentes diseños que semejan complejos gorros o peinados.

Los vasos y botellas de la cultura *El Molle* exhiben finas terminaciones (Col. Museo Arqueológico de La Serena).



La consolidación agrícola y pastoril: Cultura Las Animas

En los últimos tres siglos del primer milenio de nuestra era, las poblaciones del Norte Chico incorporan un conjunto de nuevas pautas culturales. El estilo de vida de la gente de *Las Animas* presenta una serie de drásticos cambios en relación al de los primeros agropastores y ceramistas de la cultura *El Molle*.

Estas comunidades habitaban de preferencia los valles y el litoral. Poseían una producción

económica múltiple que conservaba los anteriores patrones de movilidad estacional. Cultivaban el maíz, mantenían rebaños de llamas, recolectaban los frutos del algarrobo y el chañar, y explotaban activamente los recursos que proveía el mar.

Los campesinos prehistóricos que dan vida a este momento, hilaban el suave pelo de sus camélidos domésticos, probablemente llamas. Con su lana confeccionaban diversas prendas de su vestuario. Al igual que sus antecesores de *El Molle*, las poblaciones de *Las Animas* eran hábiles metalurgistas. Aros, placas y brazaletes adornaban sus cuerpos.

BALSAS DE CUERO DE LOBOS MARINOS



Caza y arrastre de animales marinos. Pintura rupestre de la quebrada El Médano, Taltal. (Foto H. Niemeyer).

Entre los muchos acontecimientos de la prehistoria del Norte Chico o Norte Verde, hay uno que sorprende por su magnitud territorial. Desde muy temprano, quizás desde el período de la cultura *Huentelauquén* (10 mil años antes del presente) hasta la época de la cultura *Diaguita* (1000 d.C.), los restos arqueológicos de estos pueblos se han encontrado distribuidos sobre un extenso segmento del litoral. Tal distribución es prueba indirecta de un intenso tráfico marítimo, que sin duda debió ser efectuado mediante algún tipo de embarcación.

Por fortuna, la navegación prehistórica es un tema del que poseemos abundante información. En El Médano, una quebrada de la cordillera de la costa, a unos 40 km al norte de Taltal, los indígenas pintaron sobre las rocas un sinnúmero de escenas en color rojo, que representan el arponeo y posterior arrastre de animales marinos desde balsas tripuladas por uno o más pescadores. Entre las especies reconocibles se observan cachalotes, ballenas, lobos marinos, peces-espada, peces-martillo y tortugas de gran tamaño.

Una escultura de piedra que representa este tipo de embarcación fue encontrada en Altovalsol, en la región de Coquimbo. Se trata de un navío de dos flataidores, en el que se observa a dos navegantes. Los especialistas piensan que esta obra escultórica correspondería al período *Diaguita-Inca*, y que se trataría de una balsa hecha con cueros de lobo marino cosidos e inflados. Los conquistadores españoles observaron el uso de este tipo de embarcación desde Arica hasta Coquimbo. Gerónimo de Vivar, el cronista que acompañaba a Pedro de Valdivia en su incursión hacia Chile a mediados del siglo XVI, escribió: "que en los días en que no hace aire andan los lobos marinos descuidados durmiendo, y llegan seguros los indios con sus balsas, y tiránle un arpón de cobre. Y por la herida se desangra y muere. Tráenlo a tierra y lo desollan. Son muy grandes... y no usan otra pesquería, sino matar lobos y comer carne y de los cueros hacen balsas para sí y para vender".

Los restos de estas ingeniosas balsas de cuero de lobo marino o de sus remos de pala doble son escasos en el Norte Chico, donde la humedad reinante los deteriora irremediablemente. Sin embargo, más al norte, en la árida región de Tarapacá, varios hallazgos indican que estas embarcaciones estaban en uso hacia el 1000 a 1200 d.C. Pese a esto, la hipótesis de mayor consenso entre los especialistas es aquella que sitúa el origen de estas balsas en pleno Norte Chico, donde los documentos históricos las registran ampliamente durante el siglo XVIII y XIX.

En los años cincuenta del presente siglo, aún había pescadores que conocían de estas balsas, su uso y construcción. Durante una excursión, al litoral de Atacama, el arqueólogo Hans Niemeyer conoció a Roberto Álvarez, un pescador que hasta 1947 había utilizado estas embarcaciones en sus faenas pesqueras. Se trataba de un verdadero hallazgo, por lo cual Niemeyer encargó de inmediato la construcción de una de estas balsas. Sería la última balsa de cuero de lobos en surcar el litoral chileno.

La fina y variada alfarería *El Molle* es reemplazada por escudillas y platos de paredes altas, que en algunos casos exhiben decoraciones negras sobre un fondo rojo, anaranjado o blanco. En el campo de las comparaciones, es notorio el abandono de la costumbre de llevar *tembetás* como adorno sublabial. Todo en este período se presenta diferente.

Este proceso de cambio pudo ser el resultado de las intensas relaciones culturales de estas poblaciones con aquellas que habitaban las regiones vecinas. Muchos de los atributos culturales de este momento sobrepasan las fronteras del Norte Chico. De hecho, hoy es claro que poblaciones transandinas de la cultura *La Aguada*, ampliaron su radio de acción, extendiendo su influencia hasta el valle de Copiapó, donde dejaron su cerámica tanto en sitios habitacionales y cementerios, como en los yacimientos La Puerta y Tres Puentes.

Otro ejemplo de cambio es el reemplazo de la pipa, como instrumento para el consumo ritual de alucinógenos, por recipientes de madera asociados a tubos para aspirar polvos psicoactivos. Se trata de artefactos muy populares entre las comunidades precolombinas del altiplano boliviano, el desierto de Atacama y el noroeste argentino.

La integración entre comunidades de tan distintas regiones permitió el desarrollo de este complejo cultural, y repercutió profundamente sobre las formas sagradas de percibir la vida y la muerte. Investigaciones arqueológicas realizadas en las inmediaciones de la plaza de Coquimbo, han mostrado un novedoso ritual funerario. Apparently, la actividad ganadera estuvo estrechamente ligada a concepciones religiosas, pues la casi totalidad de los individuos sepultados en ese lugar estaban acompañados de una o más llamas, las que aparentemente fueron sacrificadas en el momento mismo de la inhumación.

Sepultura de la cultura *Las Animas* en la plaza de Coquimbo.



Los Señores del Norte Verde: Cultura Diaguita

Las comunidades de esta nueva época en el desarrollo cultural del Norte Chico habitan el litoral, los valles y la cordillera. La identidad de la cultura *Diaguita* tiene sus raíces en la cultura *Las Animas*. De hecho, durante los primeros siglos, la cultural material *Diaguita* se diferencia poco de los estilos predominantes en los momentos finales de su antecesora.

Las familias *Diaguitas* vivían en pequeñas aldeas formadas por sencillas chozas de barro, madera y paja. Los miembros de estas unidades domésticas desarrollaban una intensa producción de alimentos merced a la agricultura y la ganadería de camélidos. Sin embargo, estas actividades no les impidieron continuar con la tradicional recolección de frutos silvestres y la caza de mamíferos y aves.

El riego mediante canales permitía cultivos de alto rendimiento. En las chacras *Diaguitas* se cosechaba abundante maíz, quinoa, papas, porotos y zapallos. Productos como éstos rara vez faltaron en el hogar del campesino, quien también cultivaba el algodón para confeccionar textiles.

El pastoreo de camélidos fue una tarea paralela que consumía parte del tiempo de las familias del Norte Verde. Casi todo el año los animales eran alimentados en los pastizales cercanos a los valles. Pero al acercarse el verano y derretirse las nieves, los rebaños eran trasladados hasta los ricos pastos cordilleranos. Durante el día, debió ser frecuente ver a los pastores hilar la lana mientras cuidaban sus animales.

La actividad pastoril proveía una fuente permanente de carne, que, secada al sol, les permitía hacer charqui, una ventajosa conserva prehistórica. A través de ella obtenían también lana para la confección de prendas de vestir y huesos para la manufactura de utensilios de uso diario. Por último, algunos de sus animales servían para transportar cargas livianas.

Como en épocas anteriores, la costa semidesértica de la región —desde Taltal hasta el río Choapa— fue objeto de una explotación muy especializada. Mamíferos marinos, peces y una variedad de fauna del litoral fueron incorporados en la dieta *Diaguita*. Existen pruebas de que estos prehistóricos pescadores artesanales utilizaron para sus faenas de pesca balsas hechas de cueros de lobo marino



Urna *Diaguita* para entierros secundarios (Col. Museo Chileno de Arte Precolombino).

inflados. Se trataba de embarcaciones resistentes y bien adaptadas al oleaje y corrientes marinas. Con ellas se internaban mar adentro, donde arponeaban atunes y ballenas.

La cerámica fabricada por los alfareros *Diaguitas* constituye un verdadero tesoro artístico. Jarros, platos y urnas muestran delicadas decoraciones negras y rojas sobre fondo blanco, muchas de las cuales están decoradas con figuras de personajes ricamente ataviados, aves, felinos y camélidos. Casi la totalidad de estos objetos formaba parte del ajuar

funerario de los numerosos cementerios encontrados en la región.

Las sepulturas más comunes del período eran construidas mediante cinco grandes lajas, las cuales formaban una verdadera caja rectangular, con su correspondiente tapa. En el interior, se depositaba al difunto junto con sus ropas, vajilla de cerámica, instrumentos musicales y otros utensilios. Entre estos últimos destacan aros, hachas, pinzas y cinceos de cobre, así como espátulas y cucharas de hueso finamente talladas con figuras de hombres y animales.

ARTE DIAGUITA

La cultura *Diaguita*, que habitó el Norte Chico entre los siglos X y XVI, es bien conocida por su cerámica de variadas formas y diversos colores. La decoración de estas piezas sorprende por su abigarramiento. Se trata de diseños en rojo, blanco y negro pintados en las paredes de vasijas, con los cuales alcanzaron una regularidad tecnológica sorprendente y una complejidad conceptual de la cual hoy sólo podemos vislumbrar algunos de sus aspectos formales.

La iconografía *Diaguita*, especialmente durante el período previo a los Incas (1475 d.C.), se caracteriza por dibujos geométricos que reproducen escasos patrones, aplicados principalmente en las paredes exteriores de las vasijas, generalmente en forma de bandas rectangulares. Dentro de este espacio, se reproducen únicamente motivos que, al no contar con ninguna referencia, llamaremos geométricos. Se trata, principalmente, de líneas, líneas con puntos, triángulos, escalerados, ganchos y espirales. Hay casos en que estas bandas dominan en los diseños pintados en platos y escudillas, pero también hay otros donde es posible identificar diseños de tipo zoomorfo o antropomorfo, cuyos elementos sugieren la construcción de un cuerpo desplegado por cortes y desplazamientos de sus partes.

Las bandas que sirven de soporte a los diseños presentan una ejemplar regularidad. Todas ellas están delimitadas por una línea negra y rellenas de color blanco. En algunos casos forman un rectángulo que cubre toda la pared de la pieza, mientras que en otros, en especial cuando están acompañados de rostros zoomorfos o antropomorfos, se distribuyen en cuatro campos. El interior de éstos contiene diseños en color negro, aunque con algunos detalles menores de color rojo. Estos forman configuraciones cuyos patrones están presentes desde los orígenes de la cultura *Diaguita*, como el zig-zag y las ondas, mientras que otros -las cadenas y algunos doble zig-zag- sólo aparecen durante el período más clásico de esta cultura. Es durante el período *Diaguita-Inca* cuando se presentan el reticulado y otros tipos de doble zig-zag.

Más allá de una primera apreciación de estos diseños, que puede inducir la sensación de uniformidad, es

Fase III.



Fase II.



Fase I.



Formas y decoraciones de vasijas *Diaguitas* en el tiempo. [Col. Museo Chileno de Arte Precolombino].

posible descubrir una enorme diversidad de manifestaciones. Cada configuración está organizada por varios motivos, pintados de determinado color, repetidos en una cantidad específica y relacionados espacialmente de manera muy precisa. Sin duda, las posibilidades de combinación son innumerables, pues basta con alterar levemente la forma de un solo motivo, su color o su cantidad para obtener una combinación sutilmente diferente. Prácticamente, no existen piezas con diseños iguales, aunque unas pocas fueron intencionalmente manufacturadas en parejas. En apariencia, el valor de las cerámicas de la cultura *Diaguita* residía en su carácter de pieza única, como si su destino y uso fuera el patrimonio de una acción individual.

Epoca de conquistas

A fines del siglo XV, la apacible vida campesina de la sociedad *Diaguita* fue violentamente interrumpida. Desde entonces, vivieron bajo el dominio del Imperio de los *Incas*.

Las fuentes históricas señalan que las tropas de Tupac Inca Yupanqui penetraron en la región conquistando cada uno de los valles en diferentes campañas. Primero cayeron los naturales de Copiapó, donde el Inca estableció una avanzada procedente del altiplano boliviano. Más tarde fueron sometidos los habitantes de Huasco, Elqui y Limarí. Hacia el año 1490, el Inca controlaba toda la región. Esto es evidente, si consideramos que al interior del valle de Copiapó los *Incas* levantaron un *ushnu*, que es una plataforma ceremonial en la que se sentaba el Inca u otro alto dignatario estatal para ejercer justicia, y que, de acuerdo a los documentos coloniales, habría servido también como un hito fronterizo del Imperio.

Los intereses del conquistador quechua por el Norte Chico fueron múltiples. La fuerza de trabajo local, sus productos agrícolas, sus lanas y tejidos pasaron

a engrosar las arcas imperiales. Uno de sus principales objetivos, sin embargo, fue asegurar el acceso a los recursos minerales. Bajo la administración de los *Incas* se explotaron intensamente minas de oro, plata, cobre y piedras semipreciosas. Un ejemplo de ello es el mineral de El Salvador, cuyas faenas extractivas remontan a este período.

Las actividades mineras estuvieron relacionadas con la elaboración de metales, tal como lo demuestra el centro metalúrgico de Viña del Cerro, al interior del Valle de Copiapó. Allí, el mineral era sometido a altas temperaturas, mediante el uso de hornos abiertos, conocidos como "huairas". El metal fundido era luego vertido en crisoles y finalmente vaciado en moldes.

En un corto período de tiempo las poblaciones del Norte Chico pasaron a formar parte del orden incaico. Con ello, no sólo incorporaron nuevas prácticas culturales, sino también fueron absorbidos por la política colonial del Imperio. Existen evidencias del desplazamiento de poblaciones

Ushnu, plataforma ceremonial incaica. [Foto H. Niemeyer].



Diaguitas hasta el corazón mismo de Chile Central. En el cerro La Cruz, en la ribera norte del curso medio del río Aconcagua, se ha localizado un sitio habitacional relacionado con actividades metalúrgicas, que presenta alfarería típica del período *Diaguita-Inca*.

Las ofrendas hechas en el ritual funerario también presentan modificaciones respecto al período anterior. En esta época es usual encontrar piezas de cerámica que combinan patrones propios del *Diaguita* tradicional con formas y diseños *Incas*. Con todo, aunque los artesanos locales produjeron nuevas formas alfareras, no perdieron su identidad cultural.

Aparte de la fuerza política y militar del conquistador quechua, su religiosidad también ejerció influencia sobre la gente de la región. En las altas cumbres de los volcanes Copiapó y Jotabeche (III Región) y los cerros Doña Ana y Las Tórtolas (IV Región), se han encontrado restos de santuarios incaicos donde se adoraba y rendía tributo a *Inti*, el Sol. En el transcurso del ritual eran depositadas figurillas de plata y concha, ricamente vestidas y de evidente factura *Inca*.

Cuando los españoles llegaron al Norte Chico, la población indígena de la región se distribuía culturalmente de acuerdo a los valles en que habitaba. Las crónicas mencionan cuatro diferentes lenguas, una para cada valle: Copiapó, Huasco, Elqui y Limarí.

Al igual que en todo el Imperio *Inca*, las tierras de cultivo estaban bajo el control estatal. El trabajo agrícola se desempeñaba colectivamente y la producción era repartida entre la unidades familiares, el jefe o principal, el culto, el Inca, la viudas y huérfanos. Políticamente, cada valle estaba dividido en dos sectores: el alto y el bajo o costero. Cada uno tenía su jefe principal, quien gozaba de privilegios económicos y podía consumir casamientos múltiples hasta con 12 mujeres.

En esta época, el Norte Chico aparecía ante el observador como un universo social emergente y pleno de actividad. Sin embargo, los pueblos nativos decayeron rápidamente bajo la encomienda española, para desaparecer en poco tiempo. De su magnífica historia precolombina, sólo quedaron los restos, un patrimonio arqueológico y cultural al que debemos respeto y admiración.

AGRADECIMIENTOS Comprometo mi gratitud al arqueólogo Gastón Castillo, investigador del Museo Arqueológico de la Serena, quien generosamente puso a mi disposición manuscritos inéditos. Tales conceptos los hago extensivos a la arqueóloga Catherine Westfall, quien me instruyó acerca de los avances relativos a la cultura Huentelauquén



OCEANO
PACIFICO

VALPARAISO

ALGARROBO
LAS CRUCES

SAN ANTONIO

PAPUDO

RITOQUE

CONCON

Pirqueñes

Belavista

Huechún

El Mercurio
Quinta Normal

SANTIAGO

El Manzano

Cerro Chena

Chacabales

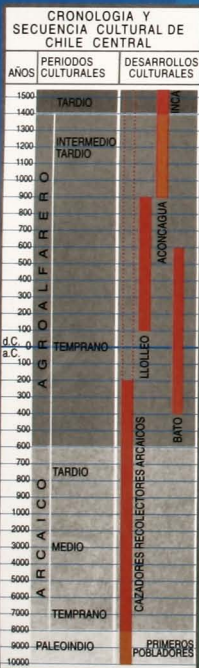
Tagua Tagua

Cuchipuy

Cerro La Compañía

TALCA

CORDILLERA



EL PAIS DE LOS GRANDES VALLES

Prehistoria de Chile Central

Luis E. Cornejo Bustamante

Los cazadores-recolectores

A fines del siglo XIX, durante la construcción de un canal para desaguar una antigua laguna cerca de San Vicente de Tagua Tagua, se encontró accidentalmente y a mucha profundidad fragmentos de huesos fosilizados que, por su tamaño, debían corresponder a partes del esqueleto de varios mastodontes, variante sudamericana de los mamuts, ambos parientes cercanos de los actuales elefantes de África y Asia. Estos animales habitaron estos parajes hace muchos milenios y, junto con muchas otras grandes especies herbívoras, denominadas megafauna, como el caballo americano, el milodón y la paleolama, se extinguieron debido a cambios climáticos ocurridos en todo el mundo hace unos 8 mil años a.C., con motivo del fin de la última glaciación.

Sobre la base de este antecedente, a principio de los años sesenta y durante los años ochenta, dos grupos de arqueólogos realizaron en ese mismo lugar excavaciones con la intención de probar aquí una interesante hipótesis: la coexistencia entre estos animales extinguidos y los primeros seres humanos que habitaron el territorio. El resultado de las investigaciones fue muy exitoso, ya que se lograron recuperar claras evidencias de dicha coexistencia, especialmente algunas herramientas de piedra encontradas entre los huesos de dichos animales.

Estos antiguos grupos humanos, que los arqueólogos han ubicados en un período cultural llamado *Paleoindio*, llegaron a este territorio entre 10 y 11 mil años a.C., después de un largo proceso de migración. Esta había comenzado unos 8 mil años antes, cuando sus ancestros cruzaron el

Sitio *paleoindio* de Tagua Tagua durante la excavación de los restos de mastodontes, San Vicente de Tagua Tagua. (Foto L. Núñez).



estrecho de Bering, en ese entonces un puente de tierra que unía los actuales territorios de Siberia y Alaska. Hoy es poco lo que sabemos sobre ellos, ya que en general se han encontrado muy escasos lugares que aún conserven evidencias de su presencia. De hecho, en Chile Central el hallazgo realizado en la laguna de Tagua Tagua representa el único donde la presencia de grupos *paleoindios* ha sido verificada científicamente.

Estas poblaciones debieron estar compuestas por pequeños grupos familiares que se desplazaban libremente por el territorio, obteniendo su sustento de una amplia gama de recursos animales y vegetales. No obstante, la caza de grandes animales hoy extinguidos es su actividad de subsistencia más conocida por los arqueólogos, ya que muchos de los sitios descubiertos en el continente corresponden a lugares de caza y faenamiento de animales.

Tagua Tagua es justamente uno de estos lugares. Las evidencias que ahí quedaron hablan de una playa de la antigua laguna, donde los cazadores acecharon y mataron mastodontes, caballos americanos y ciervos que se encontraban bebiendo agua, entrampándolos en el borde pantanoso. Para este propósito los cazadores utilizaron grandes bloques de piedra que arrojaron a los animales y

lanzas armadas con filosas puntas de cuarzo cristalino finamente tallada. Una vez muertos los animales, fueron faenados en el mismo lugar, extrayéndoseles la carne, la grasa y algunos huesos, para lo cual utilizaron cuchillos y raederas talladas en piedra, así como piedras con filos naturales cortantes. Finalmente, los cazadores se llevaron las presas menos voluminosas a otro sitio, el cual por ahora se desconoce, pero que debió ser el campamento donde habitaba el resto de la familia.

Ciertas herramientas utilizadas por estos hombres quedaron en el lugar, mezcladas con los huesos de los animales. Algunos de estos huesos presentan, además, claras huellas dejadas por los instrumentos utilizados para cortar la carne y separar las distintas presas del animal. Son éstas las evidencias que permiten a los arqueólogos afirmar que en este lugar se habría verificado una muy antigua ocupación humana, la cual ha sido fechada por el método del radiocarbón entre 8 mil y 9 mil 500 años a.C.

Aunque no sabemos mucho sobre otras actividades de subsistencia que realizaban estos grupos, tales como la recolección de especies vegetales o la caza de animales pequeños, es evidente que el modo de vida de estos cazadores estaba muy estrechamente

Puntas de proyectil y cabezal tallado en marfil encontrados junto a restos de mastodontes en Tagua Tagua.
(Material de investigación L. Núñez).



relacionado con los grandes animales que constituían sus presas de caza. Por esta razón, la extinción de esta megafauna, producto de los grandes cambios ambientales que ocurren a fines de la última glaciación, provoca también profundas transformaciones en la cultura y vida de estos primeros conquistadores de Chile Central. Quizás paradójicamente, hacia el décimo milenio antes del presente, estos cazadores estaban contribuyendo a la extinción de los últimos mastodontes, caballos y otros animales, cazándolos en lugares como la antigua laguna de Tagua Tagua. Los grandes cambios climáticos que estaban en curso, hacían de ésta una suerte de refugio para estos grandes herbívoros, ya que otras partes se habían tornado inhabitables para ellos.

La extinción de la megafauna obligó a reorientar las actividades de los cazadores, estimulando profundos cambios sociales y culturales, todos los cuales han hecho a los arqueólogos definir un nuevo período cultural, llamado *Arcaico*, que tendría su inicio alrededor del año 8 mil a.C. A partir de entonces comenzarán a ser más importantes para la alimentación y obtención de materias primas otros animales que sobrevivieron al impacto de los cambios ecológicos o que, incluso, se vieron favorecidos por ellos. Estos animales, la mayor parte de los cuales ha

subsistido hasta el presente, eran en general de menor tamaño y mayor movilidad que la megafauna. Entre los más apetecidos estaban el guanaco y huemul, pero también los zorros, pájaros y roedores. Huellas de estos cazadores *arcaicos* se pueden encontrar en refugios localizados entre rocas y cuevas en la cordillera andina, en lugares como Piuquenes en el río Aconcagua o El Manzano en el río Maipo, con fechas iniciales que oscilan entre 8200 y 7850 años a.C.



Puntas de proyectil de los periodos *Arcaico Temprano* (arriba.) y *Arcaico Tardío* (abajo).
(Material de investigación L. Cornejo).

Alero El Manzano 1 al inicio de las excavaciones, Cajón del Maipo. [Foto L. Cornejo].



Este nuevo modo de vida de pequeños grupos nómades que obtienen sus sustento directamente de la naturaleza, durará poco más de 7 mil años en este territorio. Durante este lapso, no obstante, la cultura sufre una serie de importantes cambios, relacionados tanto con su subsistencia como con su tecnología y organización social. Algunos de estos cambios se pueden apreciar en sitios como los arriba señalados, los que fueron reiteradamente utilizados como campamentos habitacionales durante muchos milenios, así como en otros, tales como el cementerio de Cuchipuy, ubicado en el borde la laguna de Tagua Tagua, un lugar intensamente utilizado por estos grupos entre los años 6000 y 3700 a.C.

El trabajo de la piedra, tecnología fundamental para la confección de herramientas en un mundo donde aún no se conocían los metales, es uno de los aspectos que sufre transformaciones más características a través del tiempo. Las grandes puntas talladas, que constituían la parte punzante de los dardos de los primeros tiempos, cambian a partir del séptimo milenio antes de presente. Sus formas se modifican y se reducen en tamaño, probablemente, como producto de cambios en la manera de usar los dardos. También se introducen innovaciones en el diseño de otras herramientas de piedra, tales como cuchillos, raspadores y cepillos, para desempeñar funciones más especializadas.

La economía parece ser uno de los motores de estos cambios, ya que en ella se comienza a gestar una de las innovaciones más significativas en estas sociedades. La creciente importancia que van adquiriendo los vegetales silvestres como recursos para la alimentación, se ve reflejada en el significativo aumento de los implementos de molienda. En el cementerio de Cuchipuy, por ejemplo, muchos difuntos son enterrados juntos con morteros o manos de moler confeccionados en piedra. La modificación de la economía de estas poblaciones es probable que conllevara la disminución en la movilidad característica de la vida nómade. Esto es particularmente notorio en el uso reiterado por muchos milenios de Cuchipuy como lugar de entierro de un número relativamente alto de personas.

En la costa se vive un proceso similar al de los valles del interior. Su antecedente más antiguo, hace unos 8 mil 500 años, se encuentra en Punta Curaumilla, unos 30 kilómetros al sur de Valparaíso. En este caso fue el mar el que ofreció los recursos para la subsistencia de estos grupos *arcaicos*, los cuales se especializaron en la explotación de moluscos, peces, crustáceos y mamíferos marinos. Cazadores y recolectores costeros como éstos produjeron algunos de los basureros de conchas o conchales, tan comunes a lo largo de todas las playas y roqueríos del litoral central. Algunos de los

Entierro del período Arcaico Tardío en el sitio Laguna El Peral, costa central. [Foto F. Falabella].





Vasijas de cerámica del período *Agroalfarero Temprano*.
[Col. Departamento de Antropología, U. De Chile; Col. Museo Histórico Nacional].

más extensos y comunes de estos sitios corresponden a grupos que los arqueólogos han denominado complejo *Papudo*.

Los primeros horticultores y ceramistas

En las postrimerías del último milenio antes de Cristo se manifiestan en Chile Central las primeras evidencias de uno de los cambios más notables ocurridos en muchas partes del mundo: el cultivo de plantas domesticadas y, por lo tanto, el tránsito hacia una subsistencia basada en la producción de alimentos y en el sedentarismo. Este proceso, que introducirá profundas modificaciones en casi todos los aspectos de la cultura, se desarrolla de manera muy lenta, pasando básicamente por tres estados: la experimentación, el cultivo en pequeña escala u horticultura y el cultivo en gran escala o agricultura.

Paralelo a la revolución de los cultivos, e inclusive con fechas levemente anteriores a ella, en Chile Central, como en muchas otras partes del planeta, surge un tipo de producción artesanal que requiere conocer complejas tecnologías. Una de estas artesanías y que mejor define las diferencias entre distintas culturas prehistóricas, es la alfarería.

En Chile Central no hay por ahora claridad acerca del origen de estas dos importantes tecnologías. Hasta el momento no se han encontrado restos que permitan ver la fase de experimentación en la domesticación de plantas, la que sí se ha documentado en territorios de más al norte. Igual cosa ocurre con la alfarería, ya que las cerámicas más antiguas, con fechas de alrededor de 860 a.C., localizadas en Punta Curaumilla, parecen estar ya desarrolladas, esto es, sin evidencias de un previo proceso de invención y experimentación en la región.

Por ahora, pareciera que estas dos innovaciones llegan a la zona a partir de desarrollos que tienen lugar en regiones más septentrionales, sin que aún este claro si provienen del Norte Chico o del noroeste argentino. Tampoco está es claro todavía si esta revolución estuvo asociada a la llegada de una nueva población, o si, por el contrario, fueron los mismo cazadores-recolectores de Chile Central los que adoptaron y desarrollaron estas nuevas tecnologías foráneas. No obstante, los cazadores y recolectores de tradición *arcaica* nunca fueron desplazados del todo por la nueva cultura, ya que este modo de vida se mantendrá vigente hasta tiempos históricos en territorios marginales, especialmente en la cordillera andina.

A partir de 300 años a.C., en Chile Central se puede identificar con claridad la presencia de grupos humanos horticultores y alfareros, los que han sido asignados por los arqueólogos al período *Agroalfarero Temprano*.

En muchos aspectos el modo de vida de estas nuevas poblaciones no difería mucho en sus inicios de los antiguos cazadores, ya que buena parte de su sustento venía de la caza y la recolección. A la vez, conservaban todavía algo de la vida nómade de sus antecesores. Los cultivos fueron tomando importancia a medida que pasaba el tiempo. Probablemente, el proceso comenzó con la producción de calabazas,

que serían utilizadas principalmente como recipientes. Con posterioridad, se incorporan plantas netamente alimenticias como los porotos, la quinua y el maíz.

En general, las poblaciones de este período exhiben una serie de características comunes, las que han sido son especialmente documentadas en el territorio que se extiende entre los ríos Aconcagua y Cachapoal. Si embargo, no fueron homogéneas desde el punto de vista cultural, coexistiendo y desarrollándose a través del tiempo distintos grupos con una infinidad de diferencias en detalles importantes de su cultura. Esta situación es propia del nivel de desarrollo en que se encontraban estos pueblos, el que se caracteriza por la falta de cualquier forma de poder o autoridad central y donde las familias independientes constituyen el principal núcleo demográfico. Los estudios arqueológicos han permitido delimitar con alguna precisión algunos de estos grupos.

En la costa, entre los años 200 a.C. y 100 d.C., los arqueólogos han encontrado los restos dejados por pequeñas comunidades agroalfareras. Es posible que sean descendientes directas de los cazadores del *Arcaico*, pero ya cuentan con cerámicas muy sencillas y, sólo hipotéticamente, con cultivos. Es el caso de sitios como el excavado en los terrenos de la ENAP en Concón, y en los valles del interior, tales como en el sitio Radio Estación Naval de la Quinta Normal, en Santiago.

Tumbas con ajuar *Llolleo* en el sitio Laguna El Peral-C, costa central. (Foto F. Falabella).



Entre 250 a.C. y 600 d.C., se distingue otro grupo que los arqueólogos han llamado *Bato*. Sus restos se han encontrado especialmente en lugares como Papudo, Ritoque y San Antonio. Se trata de pequeñas unidades familiares, cuyo modo de vida, si no fuera por la presencia de la tecnología alfarera y de muy escasos cultivos, no se diferenciaba mucho de las antiguas poblaciones del período *Arcaico*. Usualmente, este grupo enterraba a sus muertos en forma aislada, bajo el piso de sus habitaciones. Su único ajuar mortuario son los *tembetás*, un adorno que insertaban entre el labio inferior y el mentón.

En la costa tiene su centro también el grupo *Llolleo*, sin duda una de las sociedades mejor conocidas de este período. Esta es levemente más tardía que las anteriores, con fechas que se extienden entre los años 150 y 900 d.C. Este grupo se caracteriza por detentar una mayor densidad poblacional y por sitios habitacionales de mayores dimensiones. Sus restos se han encontrado en lugares como Las Cruces y Algarrobo.

Económicamente, en esta etapa seguían siendo importantes la caza y recolección de productos del mar y de tierra firme, aunque la presencia de cultivos, tales como la quinua y el maíz, iba ganando importancia en la subsistencia. Al igual que los demás grupos mencionados, la gente *Llolleo*

enterraba a sus muertos bajo el piso de sus viviendas, formando en algunos casos pequeños cementerios, pero acompañados de un ajuar funerario mucho más variado y rico que en los casos anteriores, incluyendo recipientes de cerámica, adornos corporales, piedras horadadas e instrumentos de molienda. Los párvulos, por su parte, eran sepultados dentro de urnas de cerámica.

Todas estas características sugieren que *Llolleo* fue una sociedad un poco más compleja que las otras pertenecientes a este período. El uso de deformaciones intencionales de la cabeza, una práctica muy común en la América precolombina y sin efectos nocivos desde el punto de vista biológico, puede ser indicio del surgimiento de diferencias sociales más allá de las familiares.

En los grandes valles del interior y la cordillera, en cambio, es más difícil definir grupos culturales claramente distintos, en parte, debido a que aquí se ha realizado mucho menos investigación sistemática y ésta se ha concentrado sólo en algunos sitios. No obstante, parece claro que los dos principales grupos definidos en la costa, *Bato* y *Llolleo*, también están presente aquí, aunque exhibiendo ciertas peculiaridades locales. Estas pueden deberse tanto a que en la economía de los valles interiores fue más importante la horticultura como a la probable presencia de otros grupos aún no bien definidos por

Sector de enterratorios y habitaciones en el sitio El Mercurio, Santiago. [Foto F. Falabella].



la arqueología. Un ejemplo de estos últimos podría ser el sitio cordillerano de Chacayes, un importante cementerio con ajuares funerarios muy peculiares, que recuerdan fuertemente a objetos encontrados en cementerios de la cultura *El Molle* del Norte Chico.

Los agricultores

Hacia el año 900 d.C., cuando los grupos *Llolleo* y de otras tradiciones del período *Agroalfarero Temprano* todavía dominaban el norte del territorio de Chile Central, es posible verificar la presencia de un nuevo grupo. Los arqueólogos lo denominan *Aconcagua* y lo asignan al período *Agroalfarero Intermedio Tardío*. Esta gente se extendió rápidamente entre los ríos Aconcagua y Cachapoal, con una población muy numerosa que se asentó en la costa, en los grandes valles de la depresión intermedia y en los cajones cordilleranos. Es probable que al principio compartiera el territorio con algunos pequeños grupos de horticultores, los que se mantuvieron en sitios que presentan fechas finales posteriores al año 900 d.C. Ejemplos de éstos se han estudiado en el río Colorado del Cajón del Maipo y en el extenso asentamiento encontrado en los terrenos del diario *El Mercurio*, junto al río Mapocho.

El origen de la población *Aconcagua* no es todavía suficientemente claro, aunque una de la hipótesis más aceptadas propone que no descendía de los grupos del período *Agroalfarero Temprano*. En

realidad, no se aprecia en ella ningún rasgo que pudiera ser producto de una evolución desde la cultura de los primeros horticultores. Más aún, muchos de sus elementos más característicos parecen ser antagónicos con el modo de vida reinante en la región en tiempos anteriores. Así, todo indica que estamos frente a un gran cambio en la prehistoria de esta área que podría ser el producto del arribo de una nueva población, proceso que aún presenta grandes incógnitas para los arqueólogos. Se ignora por qué esta gente se afina en este territorio y sólo se cuenta con algunas hipótesis muy preliminares acerca de su lugar de origen. Estas establecen ciertos lazos con culturas del noroeste argentino y del altiplano de Bolivia, y se basan, principalmente, en elementos de la decoración de las vasijas de cerámica y en determinados aspectos de la organización social imperante en la cultura *Aconcagua*.

Aun así, todavía no se puede descartar completamente que esta cultura tenga su origen en los horticultores que la precedieron, no como producto de un lento proceso de evolución, sino como un cambio revolucionario, que se opuso a la antigua forma de vida y desarrolló otra que es, en muchos aspectos, antagónica con la de sus antecesores. Este cambio súbito puede haber comenzado con la llegada de nuevas ideas y tecnologías, probablemente provenientes del norte, las cuales habrían sido tomadas y adaptadas rápidamente por una parte importante de la población. Esta puede

Excavación de un sitio habitacional de la cultura *Aconcagua* en Huechún, Colina. (Foto R. Stehberg).



ser la razón por lo cual mucho de los elementos culturales de *Aconcagua* exhiben una impronta que es reminisciente de las tradiciones culturales donde dichas ideas se habrían generado.

La cultura *Aconcagua* tuvo sus principales centros en las cuencas de los ríos Aconcagua, Mapocho y Maipo, donde establecieron pequeños conjuntos habitacionales de no más de un docena de casas. Las viviendas eran construidas con barro, paja y coligües. Es el caso de las encontradas en la rinconada de Huechún o en la confluencia del estero El Manzano con el río Maipo. En estos pequeños villorrios convivían probablemente una serie de familias unidas por lazos de parentesco, dedicándose a la plantación de una diversidad de cultivos, tales como la quinua y el maíz, criando algunos guanacos amansados y sin dejar de lado las antiguas prácticas de caza y recolección. Ciertos asentamientos, ubicados en lugares determinados, tuvieron una especialización en la producción de determinados recursos: en la costa, estaban dedicados especialmente a la recolección de mariscos, mientras que en algunos lugares de la cordillera explotaban minas de cobre.

Entre los sitios más importantes de la gente de *Aconcagua* están sus cementerios. Estos constituían verdaderas necrópolis, que cumplían un importante

DEL CACHAPOAL AL MAULE

Entre los ríos Cachapoal y Maule, el territorio arqueológicamente mejor conocido se encuentra en esta última cuenca. Aquí, los arqueólogos han encontrado y estudiado una serie de sitios que representan una tradición de cerca de 5 mil años de antigüedad. Durante los primeros milenios, pequeños grupos de cazadores-recolectores asentaron en lugares como las cuevas de Quivolgo, cerca de Constitución o en el Cerro las Conchas, en la localidad de Reloca. Posteriormente, hacia 200 a.C., hacen su aparición en esta región los primeros grupos que, basados todavía en el modo de vida anterior, cuentan ya con cerámicas entre sus utensilios. Restos de su presencia se encuentran en lugares como Santos del Mar, cerca de Reloca, en las dunas de Quivolgo y en Pelluhue.

Por causas que se desconocen, sólo promediando el segundo milenio de nuestra era estas poblaciones de raigambre costera comienzan a asentarse en forma más permanente en el interior, especialmente en la cordillera, hacia donde acuden en busca de obsidiana, un vidrio volcánico altamente apreciado para la confección de herramientas filosas. Esta fina materia prima será parte de un importante circuito de tráfico que llegará, incluso, a tierras tan lejanas como Mendoza.

Cementerio de túmulos de la cultura *Aconcagua* en Bellavista, San Felipe. (Foto R. Sánchez).



rol social y religioso dentro de la comunidad. Se caracterizan por grandes concentraciones de tumbas construidas como montículos de tierra o túmulos, con una altura que va desde unos 30 centímetros a un par de metros. Bajo ellos los muertos, enterrados individual o colectivamente, fueron acompañados de un ajuar compuesto de vasijas de cerámica, aros de cobre, collares y otras clases de objetos. Algunos de los más importantes se encuentran cerca de San Felipe y en Lampa.

Aparentemente, esta sociedad tuvo niveles de organización social que trascendían los lazos puramente familiares. Los individuos reconocían la existencia de una instancia social superior, a la cual pertenecían sin importar sus distintos orígenes familiares. Este autorreconocimiento como miembros de una misma sociedad o etnia era expresado tanto por la mantención de una serie de obligaciones y derechos entre los individuos, como por la existencia de una serie de símbolos que representaban a la sociedad. Destaca entre ellos un diseño, llamado por los arqueólogos "trinacrio", que habitualmente pintaban en los platos de cerámica utilizados en la vida diaria y en el ajuar mortuario.

La decoración de la alfarería permite suponer que dentro de la sociedad *Aconcagua* existían al menos dos amplios grupos, uno asentado en la cuenca del

río Aconcagua y el otro localizado en las cuencas de los ríos Mapocho y Maipo. Si bien ambos se reconocían como pertenecientes a la misma cultura, por razones que aún se desconocen hicieron un esfuerzo por diferenciarse, utilizando para ello la fuerza simbólica de la forma y distribución de los dibujos geométricos aplicados en la cerámica. Este tipo de organización social dual recuerda a aquella imperante en las sociedades andinas del Perú, Bolivia y el norte de Chile a la llegada de los españoles. Se caracterizaba esta organización por la existencia de una división de la sociedad en dos mitades complementarias, cada una con sus propios jefes, los que eran simbólicamente considerados como hermanos.

Con posterioridad a su período de formación, esta sociedad tuvo un desarrollo más bien autónomo, sin que sean muy evidentes relaciones interculturales marcadas con otros pueblos de los territorios adyacentes. Es casi imposible encontrar elementos culturales *Aconcagua* fuera de su territorio nuclear, salvo unos pocos fragmentos de alfarería recolectados en sitios precordilleranos de la Provincia de Cuyo, en Argentina. Del mismo modo, es posible advertir la presencia sólo de algunas pocas influencias procedentes de las culturas *Diaguita* y *Las Animas* del Norte Chico, las que se presentan muy localizadamente.

Vasijas de la cultura *Aconcagua*. [Col. Museo Nacional de Historia Natural].



La llegada de los conquistadores

La aparente autonomía del desarrollo cultural de la región de Chile Central tendría a mediados del siglo XV un cambio rotundo, a partir de la incorporación de este territorio y su gente al Imperio *Inca* o *Tawantinsuyu*, inaugurándose lo que los arqueólogos denominan *Periodo Agroalfarero Tardío*. Como en muchas otras partes de los Andes, este proceso ocurrió de manera bastante rápida y violenta, significando para las poblaciones *Aconcagua* la pérdida de su independencia política, así como una serie de cambios en su modo de vida.

De acuerdo a las crónicas escritas por los españoles, la conquista de estos valles –incluido lo que los *Incas* denominaron el *Kollasuyu*– se habría verificado aproximadamente entre 1470 y 1493 d.C., durante el mandato en el Cuzco de Tupac Inca Yupanqui. De acuerdo a algunas fuentes, los *Incas* llegaron en su avance hacia el sur hasta las riberas del río Maule, lugar donde su ejército habría sido frenado por las poblaciones que habitaban más al sur. Sin embargo, las evidencias arqueológicas de este proceso expansivo no son del todo coincidentes con los relatos de los cronistas. Existe una serie de indicios que señalarían que los *Incas* arribaron a Chile Central unos 50 a 80 años antes de lo que indican las fuentes escritas. Por otra parte, los lugares efectivamente ocupados por representantes del *Tawantinsuyu* sólo se extienden por el sur hasta el Cerro Grande de La Compañía, ubicado tan sólo unos kilómetros al norte de la ciudad de Rancagua.

Se desconoce aún cuáles fueron las razones que tuvo el *Tawantinsuyu* para expandir sus fronteras hasta estas regiones, localizadas a casi 3 mil kilómetros de su capital. Entre las hipótesis que se han manejado se incluye la necesidad constante de incrementar los recursos económicos para un imperio que tenía como principal política económica la distribución de los recursos; los intereses de cada nuevo gobernante *Inca*, quien estaba obligado a forjar su propia riqueza; y la atracción de los recursos mineros de estos territorios.

Sean cual fueren las razones que trajeron hasta aquí al *Tawantinsuyu*, el tipo de lugares donde asentaron indica que su presencia en Chile Central estaba vinculada a intereses muy delimitados. A la vez, si bien se pueden encontrar ciertas evidencias que hablan de la estadia en estos territorios de personas venidas directamente del núcleo central del Imperio,

aparentemente la mayor parte del trabajo de conquista, así como la posterior ocupación y administración, estuvo en manos de miembros de poblaciones que habían sido en su momento también conquistadas por los *Incas*, especialmente los *Diaguitas* de los valles del Norte Chico.

Una de las principales huellas de esta ocupación fue la construcción de obras viales y arquitectónicas que hasta ese momento eran completamente desconocidas en estas tierras. Especial mención merece el Camino del Inca, red vial que saliendo desde el Cuzco recorría toda las tierras bajo el mando del *Inca* reinante. Esta red permitía administrar en forma eficiente uno de los imperios más extensos del mundo, ya que por él viajaban rápidamente las noticias, se desplazaba los ejércitos y servía para el movimiento expedito de los recursos económicos. Este camino contaba con una serie de *tambos* o posadas, cuya función era prestar asistencia a los mensajeros y caravanas que circulaban entre los diversos puntos del Imperio.

Los arqueólogos han encontrado fragmentos de dicho camino principalmente en la cordillera andina, al norte del río Mapocho. Las crónicas españolas hablan de que el Camino del Inca llegaba, al menos, hasta la actual ciudad de Santiago, entrando desde el norte por la actual calle Independencia. Se han localizado también algunos de los *tambos*. Generalmente, éstos consisten en una serie de recintos rectangulares con muros de piedra y accesos abiertos hacia un pequeño espacio central.

Las descripciones de las poblaciones nativas por parte de los primeros europeos que arribaron a Chile Central como parte de las expediciones de Diego de Almagro y Pedro de Valdivia, enfatizaron un aspecto de su cultura que difícilmente puede ser estudiado por la arqueología: el idioma.

De acuerdo a las primeras crónicas, en Chile Central se hablaba la misma lengua que en los territorios de más al sur: el *mapudungun*, la lengua de los *mapuches*. O sea, más allá de las diferencias que se observan en otros planos de la cultura, pueblos como los *Aconcagua*, los *mapuches* y los que vivían en la cuenca del río Maule tenían entre sí algún tipo de parentesco cultural. Puede que este parentesco se deba a un origen común, pero también es posible que obedezca a una interacción cultural entre ellos. Con todo, no hay todavía una explicación concluyente para este problema.

Estas mismas evidencias permiten reafirmar las diferencias que son visibles con relación a las culturas de más al norte, especialmente *Diaguita*, donde se hablaba una lengua completamente distinta.

Aparte de esta red vial, el dominio de los conquistadores cuzqueños se afianzaba merced a una serie de construcciones defensivas o *pucarás*, emplazados en las cimas de las colinas, desde donde era posible ver y controlar un amplio espacio. Los *pucarás* presentan muros defensivos que rodean un reducto localizado en la cumbre, donde, presumiblemente, habitaban guerreros y otros funcionarios que tenían por misión garantizar el dominio de los *Incas*. Los mejor conservados de Chile Central se localizan en el Cerro Chena, cerca de San Bernardo, y en el ya mencionado Cerro Grande de La Compañía.



Figurilla encontrada en el santuario Inca del cerro El Plomo. (Col. Museo Nacional de Historia Natural).

Los *Incas*, sin embargo, no sólo trajeron a su ejército y a sus funcionarios a esta nueva tierra. Trajeron también a sus sacerdotes y con ellos, una serie de ritos y ceremonias que eran parte importante de la religión estatal. La evidencia más clara de este aspecto, está reflejada en los santuarios que fueron erigidos en algunas de las cumbres más elevadas de la cordillera andina. Entre otros ritos, en ellos se realizaron sacrificios de personas en honor a *Inti*, el Sol. En la cumbre de el cerro El Plomo, frente a Santiago, fue encontrado el cuerpo de un niño que, después de haber sido embriagado con chicha, fue sepultado vivo junto con una serie de ofrendas dentro de una cámara construida en el piso de una plataforma. Igual ceremonia se practicó cerca de la cumbre del cerro Aconcagua, la máxima elevación de los Andes.

El *Tawantinsuyu* trajo también a estas tierras una serie de cambios en materias económicas. La

utilización de camélidos domésticos, especialmente la llama, como animales de lana, carne y carga, fue tal vez una de las innovaciones más significativas, ya que todas las evidencias disponibles en la actualidad indican que, con anterioridad al arribo de los *Incas*, sólo existía la captura y amansamiento de guanacos silvestres. Asimismo, la agricultura experimenta un importante impulso con la llegada de técnicas mucho más sofisticadas, tales como mejores sistemas de riego e incluso nuevos cultivos.

Fortaleza Inca en el cerro Chena, San Bernardo. (Foto R. Stehberg).





Vasijas de cerámica de estilo *Inca* confeccionadas en Chile Central.
(Col. Museo Chileno de Arte Precolombino; Col. Museo Histórico Nacional).

El impacto de la dominación *Inca* sobre la población local de raigambre *Aconcagua*, se dejó sentir en distintos ámbitos de su vida. En primer lugar, tuvieron que interactuar directamente con una nueva población, la que si bien puede no haber sido muy numerosa, se encontraba en una situación ventajosa, constituyéndose en fuente de nuevas ideas y costumbres. La alfarería, que anteriormente había constituido un importante medio de expresión de la identidad de la sociedad *Aconcagua*, incorporó una serie de rasgos propios de las culturas *Inca* y *Diaguita*, proceso que supone la aceptación por parte de la población local de elementos foráneos. A juzgar por la rapidez con que ocurrió, este proceso debió ser forzado por la dominación ejercida por el Estado incaico. Por lo demás, las poblaciones locales debieron pagar impuestos al *Tawantinsuyu*, en la forma de bienes, especialmente minerales, y por medio de la destinación de mano de obra para las empresas emprendidas por los cuzqueños.

La presencia de este Estado expansivo provocó la aparición de estructuras sociales y políticas completamente nuevas. Se instauraron autoridades que detentaban un poder sobre la sociedad nunca antes conocido, representadas tanto por los administradores de los intereses *Incas* en la región, como por personajes locales que, si bien existían previamente, ahora adquirieron un mayor protagonismo. A la vez, estas diferencias socio-políticas debieron conllevar distinciones económicas y de jerarquía entre los individuos y entre distintos segmentos de la sociedad.

Toda esta situación, sin embargo, sufriría un abrupto final con la llegada de nuevos conquistadores. Desde el otro lado del mundo y después de haber sometido a los aztecas y apoderarse de la capital del *Tawantinsuyu*, los españoles vienen para definir un nuevo mundo: uno en el cual las culturas autóctonas de Chile Central y del resto de América ya no tendrán cabida. Los indígenas se convierten en mano de obra barata para la instalación en estas tierras de una nueva sociedad colonial, que implantará los valores, usos y costumbres de la civilización cristiana. En este contexto, una cantidad importante de los descendientes de la cultura *Aconcagua* será rápidamente asimilada en la nueva cultura mestiza que se formará en torno a la actual ciudad de Santiago. Muchos de los nativos perecerán en los primeros años de dominación europea, como producto de los maltratos y abusos a que son sometidos por el nuevo régimen y por el contagio de enfermedades desconocidas en América en ese entonces, como la tuberculosis.

Este genocidio cultural y racial fue tan intenso que Chile Central, así como el Norte Chico, son desde principio del siglo XX los únicos territorios donde no existe población indígena en Chile. En estos Grandes Valles se ha perdido irremediamente la riqueza cultural proveniente de una tradición de más de 11 mil años de antigüedad.



EN EL PAIS DE LOS LAGOS, BOSQUES Y VOLCANES

Los antepasados /*antiku pu che*

Carlos Aldunate del Solar

En las tierras de Huilío, cerca del río Toltén, una anciana *machi* ha salido de su *ruka* antes del alba para ir a la *cancha* sagrada donde se efectuará el *nguillatún*, la gran rogativa que su comunidad celebra una vez cada cuatro años. Aún es de noche y en el mes de octubre hace un frío penetrante. Una leve llovizna cae sobre la tierra húmeda, produciendo una niebla a través de la cual apenas se puede percibir el accidentado paisaje. La anciana camina rápidamente pero con dificultad, intentando sortear los charcos del sendero. Tiene que ayudarse con su bastón y en ocasiones recrimina a sus dos jóvenes ayudantes que tratan de seguirla. Está preocupada, debe llegar a la *cancha* antes que despunte el alba para iniciar la ceremonia que durará dos días completos. La *machi* tiene 90 años y no sabe si sus fuerzas la acompañarán. Pero el cacique y el *nillatufe*, especialista en rogativas de Huilío, han convocado a esta reunión y ella tiene que cumplir con su deber. Algo le dice que éste será su último *nguillatún*.

Al subir la última colina alcanzan a observar en el bajo la *cancha* con su altar, donde se encuentran el poste sagrado y un enorme toro atado a un tronco. A través de la niebla, perciben también las pequeñas fogatas de las familias que pernoctaron allí, esperando la gran ocasión. Está toda la comunidad reunida en un momento de gran intimidad, pues todavía no comienzan a llegar los invitados. Reciben a su *machi* con respeto y cariño y le ofrecen un caldo caliente. Ella lo rechaza. Debe iniciar pronto el rito de la primera mañana, el rito del alba. Se ha vestido con el *keпам* que tejó junto a su madre para su matrimonio, sobre el cual ha prendido las joyas de plata recibidas como dote de su madre y de la madre de su madre. Sobre el pañuelo colorido que se ha amarrado como un turbante, se ha puesto un penacho de plumas que le trajeron de Temuco. Se sienta en una silla que han colocado junto al altar por respeto a su edad y fuma con impaciencia. Ordena que su *kultrín*, el tambor que la ha acompañado desde hace 60 años, sea colocado

cerca del fuego para que su piel se tense y arranque un bello tañido.

Cuando observa que detrás de la niebla comienza a aparecer el resplandor del alba, iluminando la tierra de los nevados volcanes del este, se yergue bruscamente y de modo autoritario pide a una asistente que le pase el *kultrín*; pone en su mano derecha un aderezo de cascabeles y se dirige hacia esa luz, hacia el lugar sagrado del este, el *puel mapu*, la tierra azul de los antepasados, más allá de los volcanes. Cierra sus ojos y rodeada del silencio solemne de la comunidad lanza un grito, seguido por un vigoroso redoble de *kultrín*. Entonces inicia el canto sincopado del *pillantún*, que invoca a los antepasados. Ellos, los muertos de la comunidad, los padres de los padres y los padres de sus padres, *pu laku*, los abuelos, han ascendido al sol en forma de aves y moran en el *puel mapu*. Ellos, los que velan por su pueblo, lo protegerán de la sequía, de enfermedades, multiplicarán las ovejas y ganados, las cosechas y los granos. Protegerán a su linaje. La comunidad debe acordarse siempre de esta vinculación sagrada con los *kuifiche*, antiguos caciques, antiguas *machis* del linaje. Deben conservar las costumbres, las vestimentas, el idioma ancestral, todo lo que se les ha dado. De esto dependerá su destino.

De pronto su cántico cambia de tono y ritmo. Golpea enérgicamente el tambor y se convierte en guerrera. Invoca a los antiguos *kona* o mocotones, a los valientes *takis* ancestrales, a los antiguos guerreros para que protejan y defiendan a su pueblo de los engaños y desventuras a que han estado sometidos durante siglos.

En la gran ceremonia de rogativa *mapuche*, al recordar a sus antepasados a través del *pillantún* de la *machi*, la comunidad de Huilío venera a gentes cuyas vidas se pierden en el tiempo: a los cazadores y recolectores milenarios que poblaron esta región y las pampas argentinas, a los primeros ceramistas y

horticultores de *Pitrén*, a los ancestrales pueblos de *El Vergel*, que enterraban sus muertos en vasijas de barro. Sin proponérselo, recuerdan también a los invasores españoles y a los *winkas* chilenos con los que se han mezclado por siglos. Con estos ritos, los *mapuches* evocan a antepasados que desconocen, pero a los cuales se sienten vitalmente unidos.

La arqueología nos permite viajar al pasado a través de los restos materiales e indagar sobre los antepasados y los orígenes de este pueblo.

El medio ambiente

El territorio que se extiende al sur del río Bío Bío se caracteriza por extensos bosques, con especies caducifolias, que al perder las hojas en invierno, permiten la insolación del suelo, posibilitando el crecimiento de un rico sotobosque, con gran cantidad de hongos, gramíneas y especies arbustivas con frutos comestibles. Antiguamente, este bosque dominaba todo el territorio entre la costa y cordillera, hasta el río Toltén, donde paulatinamente se transformaba en el bosque valdiviano, impenetrable, muy húmedo y siempre verde, poco

favorable para el establecimiento del hombre. El bosque caducifolio, sin embargo, avanzaba por el valle central al sur del Toltén, hasta el Maullín, protegido por las cordilleras de los Andes y de la Costa, produciendo condiciones locales atractivas para la ocupación humana, en especial en ambientes lacustres. Hoy, este paisaje está profundamente alterado por el talaje de los bosques, como consecuencia primero de actividades agrícolas y ganaderas y luego por la industria forestal.

Las sociedades humanas que ocuparon esta especial zona del país, se adaptaron desde épocas muy tempranas a este medio ambiente que les entregaba diversas especies de plantas y árboles de excelente calidad, inagotable riqueza de materias primas para la industria, a la vez que importantes recursos silvestres alimenticios y medicinales, que hacían posible vivir en este ambiente de la recolección y la caza, durante todo el año. En la costa de esta región, la presencia del océano Pacífico, al igual que en todo nuestro extenso litoral, produjo condiciones favorables para la permanencia de grupos humanos que aprovecharon y se especializaron en la caza de mamíferos marinos, pesca y recolección de algas y mariscos.

Los lagos precordilleranos del centro sur de Chile, fueron un ambiente privilegiado para el asentamiento de las sociedades recolectoras. (Foto F. Maldonado).



Monte Verde, los primeros descubridores

Durante el Pleistoceno, al finalizar la última glaciación, unas pocas familias se establecieron en Monte Verde, cerca de la actual ciudad de Puerto Montt, hace más de 12 mil años atrás. El paisaje y el clima de este lugar deben haber sido diferentes a los actuales. Los recursos alimentarios también lo eran, puesto que hay evidencias de la existencia de especies desaparecidas. Por ello y por su especial antigüedad, los arqueólogos han calificado a Monte Verde como un sitio del *Periodo Paleoindio*, correspondiente a los primeros pueblos que habitaron América.

La gente de Monte Verde vivió en un ambiente boscoso, aprovechando sus recursos madereros para hacer sus habitaciones, que techaban con cueros de animales. Los restos de sus fogatas demuestran que se alimentaban de especies animales hoy extinguidas, entre ellas el mastodonte, un elefante que cazaban con lanzas provistas de rudimentarias puntas de piedra. También recolectaban plantas alimenticias y medicinales de la región, las que preparaban en morteros de madera.

El sitio arqueológico de Monte Verde tiene una de las fechas más tempranas de nuestro continente y evidencia la gran antigüedad de la presencia humana en América. Sus fechas radiocarbónicas de 12 mil 500 años antes de hoy, demuestran que en esta época ya existían pequeños grupos humanos viviendo perfectamente adaptados en el sur de Chile. Si aceptamos que los primeros americanos fueron los que cruzaron de Asia a América por el estrecho de Bering, ¿cuántos años demoraron en llegar de Alaska a esta remota región? Esta y otras interrogantes demuestran lo poco que sabemos sobre este período de las primeras ocupaciones humanas del continente americano. La escasez de evidencias arqueológicas, siempre fragmentarias y por tanto discutibles, contribuye a la actual dificultad de explicar el origen de los diversos pueblos americanos.

Los cazadores y recolectores de Chan Chan y Quillén

Hace unos siete mil años que el paisaje, el clima y las especies animales son más o menos similares a las actuales. Los glaciares se retiraron poco a poco hasta su actual nivel, dejando en nuestro territorio grandes lagunas y lagos al pie de la cordillera de los Andes y entre la cordillera de la costa y el mar. Como consecuencia de estas alteraciones, la temperatura media subió y el ciclo climático dio origen a una estación fría, húmeda y lluviosa, seguida de otra más seca y cálida. Estas nuevas situaciones provocaron la expansión de los bosques y posibilitaron nuevos y diferentes espacios para la ocupación humana.

En nuestra región se conocen muy pocos sitios arqueológicos pertenecientes a esta época, probablemente por falta de una mayor investigación. Lo más seguro es que en el futuro se descubran nuevos sitios que demuestren que el hombre ocupó muchos ambientes costeros para aprovechar de la caza de lobos marinos, pesca y recolección de mariscos y algas, así como también los recursos de recolección de los bosques de la costa. Los ambientes de la llanura central -en esa época cubierta de bosques- y los lagos de la precordillera también deben haber sido ocupados con alguna intensidad, así como los faldeos de la cordillera andina, donde existía, además del bosque templado, el recurso inigualable de los frutos del *peuén* o araucaria.

Los pocos datos que tenemos hasta ahora demuestran la coexistencia de dos tradiciones de cazadores. El alero de Quillén, cerca de la actual ciudad de Lautaro, da cuenta de la ocupación del valle central por grupos humanos que cazaban guanacos y recolectaban productos del bosque. Por otra parte, en Chan Chan, sitio costero ubicado al norte de Valdivia, se han encontrado restos de una sociedad que, a juzgar por los restos encontrados en pequeños fogones, cazaba aves y lobos marinos, pescaba con redes y recolectaba mariscos, a la vez que aprovechaba los recursos del bosque aledaño. La gente de Chan Chan enterraba a sus muertos en posición flectada y los acompañaba de ofrendas como puntas de proyectil e instrumentos de piedra y conchas marinas. Quillén y Chan Chan tienen una antigüedad aproximada de 5 mil años.

Los estudios sobre cazadores recolectores en otras partes del mundo han demostrado que estos grupos se mueven con mucha facilidad de un lugar a otro, aprovechando diferentes ambientes en épocas distintas. Por ello, son muy flexibles en la manera como utilizan los diferentes espacios y desarrollan estrategias de subsistencia variables, dependiendo de los recursos que les interesan. Es muy probable que estas características sean aplicables a los cazadores-recolectores del Centro-Sur de Chile. De hecho, en sus campamentos se han encontrado restos que provienen de lugares muy alejados.

Si aceptamos estos postulados, la historia del hombre en el Centro-Sur de Chile, estaría caracterizada por el reconocimiento del territorio y

el desarrollo de diferentes adaptaciones en los diversos ambientes de la costa, el valle central, los lagos precordilleranos y la vertiente occidental de los Andes.

Hasta el siglo pasado, grupos de cazadores se movían por la cordillera de los Andes, persiguiendo manadas de guanacos y ciervos andinos, recolectando los frutos del *pewén* y pasando de una vertiente de los Andes a la otra. Estos últimos cazadores mantenían un modo de vida muy similar al de sus remotos antepasados de Quillén.

Ceramistas de Pitrén

A partir de los primeros siglos de nuestra era, en todo el vasto territorio que se extiende entre los ríos Bío Bío y Bueno, entre la costa y la cordillera, se encuentran los cementerios de un pueblo que conocía muy bien la tecnología de la cerámica. Decoraban las piezas con un procedimiento denominado "pintura negativa", también utilizado por sociedades de Chile Central y el Norte Chico en esta misma época. Conocemos tan sólo las tumbas de esta sociedad, en las cuales se han preservado hasta nuestros días únicamente las ofrendas de cerámica. Estas son en algunos casos simples cántaros; otras veces, tienen forma de hombres o animales, tales como patos, ranas o sapos. A este pueblo se le ha dado el nombre de *Pitrén*, un sitio ubicado en las riberas del Lago Calafquén.

La adaptación de estos grupos a los diferentes ambientes costeros, lacustres, vallunos y cordilleranos, indica que se encontraban largamente afincados en este territorio, sugiriendo que *Pitrén* tiene raíces muy profundas en las tradiciones de cazadores-recolectores más tempranas, que recibieron innovaciones venidas del norte, tales como la cerámica y probablemente algunos conocimientos de cultivos. Es posible que el maíz y la papa, tan bien adaptada a estas latitudes, hayan sido sembrados en pequeños huertos de temporada, para lo cual era necesario despejar el bosque mediante roces a fuego. La localización de los cementerios, sin embargo, hace pensar que la rica potencialidad de bosque caducifolio como recurso alimentario, la caza y la pesca terrestre y marítima, continuaron siendo la actividad económica fundamental de los pueblos *Pitrén*.

Pitrén representa un importante momento en la historia de esta región. Por una parte, porque, a juzgar por la industria cerámica, comienzan a



PUEBLOS CORDILLERANOS

La zona cordillerana del centro sur de Chile ha sido muy poco estudiada. De acuerdo a las noticias que nos entregan los primeros documentos de los españoles que visitaron la región, habitaban aquí diversos grupos de indígenas, a los que denominan, de norte a sur, como *chiquillanes*, *pehuenches*, *puelches* y *poyas*. Todos ellos subsistían de la caza de guanacos y ciervos andinos, así como de la recolección de frutos y productos vegetales. Es muy probable que estos grupos hayan estado estrechamente emparentados con los habitantes de las pampas argentinas, los *aonikenk* de la Patagonia y los *selk'nam* de Tierra del Fuego, con los cuales compartían la antigua tradición de los cazadores andinos que, en épocas más tempranas, encontramos en Quillén.

Entre estos pueblos, los más conocidos son los *pehuenches*, que se especializaron en la caza del guanaco y en la recolección del *niliu*, que es el fruto del *pewén* o *araucaria*. Estas semillas se consumían cocidas, deshidratadas, molidas en forma de harina y fermentadas en bebidas. Se conservaban por largos meses en depósitos subterráneos que eran inundados por el agua.



Los primeros ceramistas del sur fueron los grupos *Pitrén*. Sus cántaros tienen a menudo formas de hombres, mujeres o animales y están decorados con pintura negativa.

[Col. Museo Universidad Austral, Valdivia; Col. Museo Lago Ranco].

producirse en esta época procesos culturales que demuestran etapas muy iniciales de la llegada de innovaciones andinas del norte de Chile. Por la otra, se trata de una sociedad que está en transición entre dos etapas culturales radicalmente diferentes: aquella en que el hombre vive cazando y recolectando, enteramente a expensas de la naturaleza, y aquella otra en que inicia la producción de alimentos.

En la prehistoria americana se ha acostumbrado llamar a la etapa de producción de alimentos con el nombre de *Período Agroalfarero*, pues en la mayoría de los casos la agricultura aparece asociada a la aparición de la cerámica. Si bien en *Pitrén*

encontramos un desarrollo notable de la cerámica, no hay testimonios de tecnologías agrícolas de gran escala, como son la rotación de cultivos, trabajos de irrigación, fertilización de los suelos, etcétera. Al parecer, esta sociedad sólo cultivaba pequeños huertos de temporada en tierras que despejaba del bosque, trasladando su asentamiento cuando se agotaba el suelo. Este sistema, llamado horticultura, es utilizado hasta el día de hoy por muchos pueblos amazónicos. Es posible que la actividad hortícola representará para la gente de *Pitrén* sólo un complemento de los recursos proporcionados por la recolección y la caza, las que probablemente continuaron desempeñando un papel protagonista en la subsistencia de estos grupos humanos.

El pueblo de las urnas: El Vergel

A comienzos del segundo milenio de nuestra era, entre los ríos Bío Bío y Toltén, especialmente en los valles de Angol, aparecen restos arqueológicos de un pueblo profundamente diferente a *Pitrén*.

Esta región, la más septentrional del territorio centro-sur, tiene características muy propias, como su clima benigno, acentuado aquí por la presencia de la cordillera de la costa, que adquiere elevaciones considerables. La llamada cordillera de Nahuelbuta produce un efecto de biombo climático que da al valle central condiciones de especial continentalidad, mayor sequedad y temperaturas más altas. En este siglo, la potencialidad agrícola de los valles de Angol ha dado fama a esta región por sus rendimientos en las cosechas de trigo.

Precisamente en las cercanías de Angol, en la localidad de El Vergel, se han encontrado

numerosas tumbas de una sociedad que enterraba a sus muertos en grandes cántaros o urnas de cerámica, a veces decoradas con pintura blanca y roja. Las ofrendas funerarias consistían en cántaros de cerámica, al menos uno pequeño, también decorado y de una forma muy característica, con un asa-puente que une el cuello de la vasija con su cuerpo. Debido a la humedad y acidez de los suelos, han desaparecido el resto de las ofrendas, en especial los atuendos de los difuntos. Sólo en condiciones muy excepcionales se han podido rescatar fragmentos de textiles, aros y alfileres de cobre y una cuchara de madera. Tal es el caso de Alboyanco, con sus terrenos pantanosos que han impedido la descomposición de los restos orgánicos.

Los cementerios de la gente de *El Vergel* nunca contienen más de dos o tres tumbas, lo que hace pensar que pertenecen a núcleos familiares pequeños que vivían en caseríos. La localización de los restos de esta sociedad en cercanía a ríos, indica que preferían estos lugares para usarlos en la irrigación de sus huertos, haciendo pequeñas obras



Protegidos por la cordillera de Nahuelbuta en la zona de Angol, se establecieron grupos familiares que enterraban a sus muertos en grandes cántaros de cerámica. (Col. Museo Dillman Bullock, Angol).

de regadío. Al parecer, los grupos *El Vergel* permanecían un largo tiempo ocupando las mismas tierras, lo que sugiere un mayor grado de sedentarización de sus asentamientos.

Quedan todavía varios enigmas acerca de la presencia de esta sociedad en un lugar tan acotado de este territorio. No conocemos mucho sobre su forma de vida, puesto que solamente se han excavado sus tumbas y no los sitios donde estaban sus habitaciones. El enterramiento en urnas es una costumbre sin precedentes en la región, que, probablemente, arriba como producto de vínculos culturales con pueblos de más al norte. Lo mismo puede señalarse de las tecnologías textiles, ya que acusan influencias andinas. Aparentemente, las urnas coexistieron con otras modalidades de entierro, como es el caso de las tumbas en canoas de madera o la simple inhumación.

Esta diversidad en las costumbres mortuorias lleva a preguntarse cómo pudo haber diferencias culturales

como éstas en un espacio tan reducido y durante la misma época. Por otra parte, no se conocen evidencias claras de los avances agrícolas que intuimos. Tampoco sabemos si es en esta etapa cuando se comienzan a amansar a los guanacos, que es el proceso inicial para la domesticación del *chiliweke*.

Todas estas innovaciones son propias de la historia del desarrollo cultural de los pueblos andinos. Probablemente, *El Vergel* representó una etapa importante en la "andinización" de las sociedades del sur de Chile, proceso que habría quedado trunco debido a la conquista española.

No hay dudas de que *El Vergel* tiene hondas raíces en la anterior sociedad *Pitrén*, a la que termina por absorber. Con todo, mientras *El Vergel* se establece al sur del Bío Bío, más allá del Toltén, en el sector de los lagos precordilleranos y cordilleranos, *Pitrén* subsiste hasta la conquista hispana.



Entre las ofrendas funerarias que acompañaban a las urnas *El Vergel*, es común encontrar un pequeño cántaro asimétrico. Excepcionalmente, se pudo recuperar esta cuchara de madera. [Col. Museo Dillman Bullock, Angol].

Los aucas de Chile

A comienzos del siglo XVI, mientras los conquistadores españoles entraban en los dominios del Inca, tropas del gobernante cuzqueño Huayna Capac, que avanzaban hacia el sur, se encontraron con un pueblo que les opuso tenaz resistencia. Este pueblo colocó un límite al dominio incaico, que no logró pasar más allá del río Cachapoal. Las incursiones guerreras del Inca probablemente llegaron hasta el río Bío Bío, pero no doblegaron la resistencia de esta sociedad, a la que por sus virtudes guerreras y espíritu belicoso pusieron el nombre de *purumaucas* o indios *aucas* de Chile.

Fueron estos mismos *aucas* o *araucanos* los que, algunas décadas más tarde, pusieron freno a la conquista hispana y mataron al conquistador de Chile, don Pedro de Valdivia. A fines de ese mismo siglo, destruyeron las ciudades fundadas por los españoles al sur del Bío Bío, fijando un límite al sur del cual conservaron su autonomía por espacio de casi 300 años.

Hoy llamamos *mapuche* a este pueblo, puesto que ellos se dan esta denominación. Se trata de los descendientes de los antiguos cazadores de Monte Verde, Chan Chan y Quillén, de los pueblos de *Pitrén* y *El Vergel*. Además, han incorporado elementos étnicos y culturales de los indígenas cordilleranos y transcordilleranos, con los que mantuvieron estrechos contactos. Por otra parte, la larga relación que mantuvieron con el mundo colonial y después con el Chile republicano, les dejó también herencias de mestizaje importante.

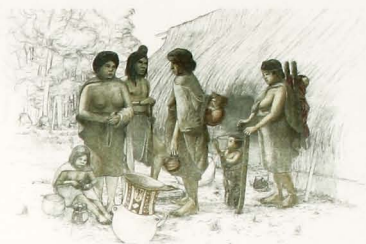
Son ellos los *antiku pu che*, los antepasados de los actuales *mapuches* invocados por la *machi* de Huilío.



Extraordinarios objetos de piedra, que aparecen entre el Choapa y Chiloé. Han sido interpretadas como insignias de mando. Los conquistadores señalan que los jefes guerreros llevaban al cuello una hacha de piedra finamente pulida. (Col. Museo Chileno de Arte Precolombino).



ALBOYANCO



En la localidad de Alboyanco, cerca de Angol, campesinos encontraron una gran urna correspondiente a la gente de *El Vergel*. En su interior, contenía el esqueleto casi completo de un individuo, que conservaba todo su pelo, ordenado en una especie de moño y trenzas enredadas con fibras textiles. Junto al cuerpo se encontraron varios fragmentos de tejidos y una cuchara de madera, además de un pequeño cántaro asimétrico, característico de este complejo funerario. Este hallazgo, que es único en la región, por la extraordinaria conservación de restos tan frágiles como los humanos, tejidos y madera, significa un notable aporte al conocimiento de este momento cultural del sur de Chile.

El análisis de los materiales, comprobó que se trataba del entierro de una niña de alrededor de 10 años de edad, cuya estatura no se pudo determinar. Es posible que haya padecido de anemia. Sus huesos presentan deformaciones que son típicas en personas que cargan frecuentemente grandes pesos sobre la espalda. En el caso de la niña, las deformaciones son especialmente notorias en su hombro derecho. El análisis comprobó además, que, a menudo, se sentaba sobre sus talones, probablemente para realizar actividades textiles o de cocina.

Los tejidos son de dos tipos muy diferentes, que nos dan información sobre el traje de la difunta. Se trata de uno grueso de color ocre, que probablemente sirvió de vestido y otro mucho más fino, angosto y decorado con delgadas líneas color café rojizo, pardo oscuro y ocre, que es evidentemente una faja. Las técnicas de confección de estos tejidos son muy similares a las de los tejidos de los Andes Centrales, comunes en épocas anteriores a nuestra era. Tales tecnologías desaparecen allí alrededor de los comienzos de nuestra era, pero se conservan en ciertos lugares del norte de Chile, el noroeste de Argentina y entre los actuales *mapuches*. Uno de los tejidos parece estar hecho de pelo de llama, lo que indicaría la posibilidad de que este camélido ya había sido domesticado en la región.

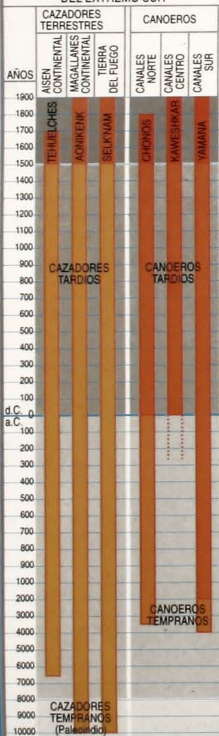
La termoluminiscencia, un procedimiento de la física atómica que permite determinar la época de fabricación de la cerámica, fechó el hallazgo entre 1300 y 1350 años d.C.

Así trabaja la arqueología. Un análisis minucioso de cada uno de los restos de un hallazgo puede dar valiosas claves acerca de un momento de la vida del ser humano, aunque éste haya vivido en tan remota época.



OCEANO PACIFICO

CRONOLOGIA Y SECUENCIA CULTURAL DEL EXTREMO SUR



CULTURAS DEL EXTREMO SUR:

Donde la cordillera se hunde en el mar

Francisco Mena Larraín

El oleaje golpeaba con furia las rocas, danzando al unísono con los negros nubarrones abrazados de las cumbres. Esa noche llovió mucho y el joven Darwin agradece en su diario haberla pasado protegido en una bahía boscosa en la que el bergantín *Beagle* había recalado, atraído en parte su capitán por un bullicioso grupo de indígenas que le habían saludado a gritos, corriendo por las orillas escarpadas mientras la nave avanzaba junto a la costa. Se trataba de cuatro hombres corpulentos cubiertos por capas de piel de guanaco, cuyas mujeres y niños se mantuvieron escondidos en el bosque, a prudente distancia. Un pequeño grupo de indios *haush* del extremo oriental de la Isla Grande de Tierra del Fuego que, aunque orientados fundamentalmente a la caza terrestre, visitaban a menudo las costas, en donde recolectaban moluscos y cazaban ocasionalmente algún lobo marino.

A medida que la nave avanzaba hacia el poniente, Darwin fue tomando contacto con otros grupos

indígenas mejor adaptados a la vida costera e incluso con avanzadas técnicas de navegación en el laberinto de canales y archipiélagos donde la cordillera se hunde en el mar: los canoeros *yámana* o *yaganes*. De vez en cuando –luego de días navegando en medio del silencio de estas inmensidades insulares, jalonadas por el furor de las tormentas y la fugaz apertura de un paisaje de bosques y enormes nevados– se topaban con una canoa de cortezas, el fuego encendido en su interior, conducida por una mujer mientras los hombres acechaban por pesca arpón en mano. Con sus espaldas apenas cubiertas por una corta piel de nutria o foca, estos grupos dependían fundamentalmente de la pesca y caza costeras (aves y mamíferos marinos) y sólo acampaban en tierra firme cuando era necesario proveerse de leña o agua fresca, o bien, cuando varaba una ballena, hecho que motivaba la reunión de varios grupos vecinos.

El impacto de estos primeros encuentros parece haber hecho aflorar en Darwin las emociones

Archipiélagos y canales patagónicos. (Foto F. Maldonado).



moldeadas por la cultura victoriana: el “científico objetivo” –respetuoso de la diversidad de la naturaleza y reticente a imponer en ella juicios clasificatorios– describe a los fueguinos como “innobles y asquerosos salvajes”, apenas capaces de lenguaje articulado, más distantes del hombre civilizado que el animal silvestre del domesticado. De allí a ver en ellos la “prehistoria congelada”, verdaderos “fósiles vivos” representativos de un antiguo estado de la humanidad, hay apenas un paso. Darwin sabía que estos indígenas habían tenido esporádicos contactos con “la civilización occidental” desde hacía ya más de dos siglos. De hecho, traía como compañeros de navegación a tres *yámana* llevados a Inglaterra en un viaje anterior por el capitán Fitz Roy y de cuyas cualidades e inteligencia hace frecuente mención en su diario. Quizás sea injusto decir, entonces, que Darwin considerara a todos los fueguinos iguales, sobrevivientes del *Paleolítico* o eslabones entre el animal y la humanidad moderna, pero es innegable que esta noción es la que dominó la especulación intelectual hasta hace pocos años y es aún hoy la imagen más común en la imaginación popular.

El que en estas latitudes no se haya desarrollado la cerámica, la agricultura o la arquitectura compleja, no significa que los pueblos que habitaron el extremo sur hayan permanecido estancados en la más remota prehistoria, inmutables e imperturbables en su aislamiento, mientras que en el resto de Chile se sucedían diferentes invenciones, estilos cerámicos y hasta imperios. Es muy probable que este sistema de vida canoero no haya existido siquiera cuando los primeros seres humanos llegaron a Patagonia. Lejos de representar un “fósil vivo” –un vestigio de la edad

de piedra, inalterado desde los primeros tiempos de la humanidad– la tradición canoera pareciera ser, entonces, un desarrollo relativamente “nuevo”, radicalmente diferente del modo de vida de los cazadores del interior, que sí tiene antecedentes remotos en el pasado humano del extremo sur.

Los hombres que encontró Darwin en 1832 pueden adscribirse, en general, a la cultura *Yámana*, y como tal, quizás tenían tantas diferencias como semejanzas con los más antiguos pueblos canoeros de la zona, que recién estamos comenzando a conocer. Después de todo, es esperable que estas sociedades relativamente aisladas y basadas en la caza-recolección en un ambiente más bien hostil, mantengan muchos rasgos tradicionales que marcan una continuidad directa con sus antepasados.

La prehistoria de Patagonia es tan prolongada como la de otras regiones del país y durante todo este tiempo hubo cambios como para hablar de una secuencia de diferentes culturas. Los antiguos habitantes de estas regiones no eran ni *selk'nam*, ni *yámanas*, ni *alacalufes* o *kaushbar*. Si muchas de las características de su cultura se parecían a las de sus sucesores miles de años más tarde, es tal vez porque les eran adaptativas y eficientes. Después de todo, el cambio cultural no es necesariamente bueno y no todas las culturas viven en la innovación frenética que caracteriza a la nuestra. Tal conservadurismo no refleja falta de inteligencia y no niega que hubo muchos cambios creativos a lo largo de la prehistoria, aunque no afectaran mayormente el sistema de vida y no se reflejen tan claramente en los materiales arqueológicos que han llegado a nosotros.

Planicies esteparias. (Foto F. Maldonado)



Los hombres del alba

La larga aventura del hombre patagónico no se inicia, como hemos dicho, en las costas húmedas y boscosas del Pacífico, sino en los territorios más secos de estepas y bosques abiertos hacia el oriente. Por el momento, las huellas más antiguas de presencia humana en el extremo sur de Chile corresponden a restos de fogones y huesos de animales comidos hace unos 11 mil años por un grupo de cazadores y caminantes de la estepa que paraban de vez en cuando en Cueva Fell, un pequeño alero rocoso a orillas del río Chico, unos 200 kilómetros al noreste de la actual ciudad de Punta Arenas. Aunque cazaban algunos animales que se extinguieron a fines de las glaciaciones –como caballo americano y quizás milodón– su existencia dependía básicamente del guanaco, y la vida de estos grupos *paleoindios* no debe haber sido demasiado diferente a la de los *selk'nam* históricos en las planicies interiores de Tierra del Fuego. Eso sí que no conocían el arco ni aprovechaban los recursos costeros, como hacían los hombres con que se encontró el joven Darwin. Quienes ocuparon Cueva Fell hace más de 10 mil años usaban dardos propulsados con estólicas y rematados con delicadas puntas talladas en piedra que los arqueólogos llamamos “cola de pescado”, por la forma de su base. Estas mismas puntas de dardo se han encontrado en varios otros sitios de esa época en la región, aunque no en todos, quizás porque no eran demasiado abundantes y se tenía especial cuidado en no perderlas en cualquier parte... Estos primeros patagónicos eran bastante móviles y, como no había demasiados grupos humanos por entonces, se desplazaban con facilidad cientos y miles de kilómetros, aprovechando tanto ambientes de bosque abierto –como los que rodean Cueva del Medio y Cueva del Milodón– como el espacio estepario de la región de Pali Aike y el norte de la Tierra del Fuego, que por entonces estaba aún unida al continente.

No sabemos nada del mundo social y espiritual de estos grupos *paleoindios*, aparte de que eran altamente móviles y organizados en grupos de a lo más 15 o 25 parientes. A falta de arco y flecha, que permiten el acecho solitario, la cacería era imposible sin una especial coordinación, quizás mediante rodeos, arrinconamientos y señales distantes. En ese momento, debió pesar el prestigio y autoridad de la persona más hábil y criteriosa, pero no había jefes permanentes ni hereditarios. Al anochecer, en torno a la fogata y rodeados por la soledad más profunda imaginable

Gancho de estólica en hueso de guanaco, cueva Baño Nuevo, Aisén.
(Material de investigación F. Mena).



Piedra pulida circular o “lito discoidal” de Cueva Fell, Magallanes. (Col. Museo Regional de Magallanes).

–el viento, las estrellas, quizás el rugir de un tigre dientes de sable en la distancia– los mitos y anécdotas debieron ser más que cuentos entretenidos: eran una manera de ordenar el cosmos, de explicarse la existencia y de reasegurarse en la unidad de un grupo humano con un destino e historia propios. Aunque no tenían instrumentos musicales que dejaran evidencia material de estas ceremonias, el *Hain* o *Kloketen* de los *selk'nam* y otros ricos y sofisticados rituales de los pueblos herederos de esta tradición, permiten imaginar sin mayor dificultad cantos, palmadas y lacónicas danzas. Quizás se pintaran el cuerpo en ocasión de ciertas fiestas y ritos especiales, aunque no se han hallado terrones de pigmentos, ni nada que confirme esta especulación. Entre los poquísimos objetos de estos antiguos hombres y mujeres que han llegado hasta nosotros, hallamos, sin embargo, algunos que muy probablemente reflejan antiguas creencias y prácticas rituales. Las piedras pulidas circulares, por ejemplo, no tienen huellas de desgaste que sugieran su uso para moler, ni restos de grasa que delaten su uso como sobador de pieles. Sus terminaciones son más finas y regulares que lo necesario para cumplir cualquier función doméstica, pero no tenemos idea de cómo pudieron usarse en caso de que sean objetos rituales, tal como ocurre por lo demás con otras piezas comparables de *Huentelauquén*, en el Norte Chico y otros sitios antiguos de América.

Por esa misma época o ligeramente más tarde, llegaron los primeros grupos humanos al pie de la cordillera inexpugnable en lo que es hoy la región de Aisén, casi mil kilómetros más al norte. Es mucho todavía lo que queda por investigar acerca de este período en esas regiones, pero pareciera que los antecesores de los grupos *paleoindios* que arribaron al extremo austral de Chile pasaron (o más bien "vivieron", puesto que se desplazaron gradualmente, sin siquiera saberlo) más al oriente, en lo que son hoy las mesetas y cañadones de la Patagonia argentina o la costa atlántica (que entonces, con el nivel del mar mucho más bajo, debió extenderse unos 100 kilómetros más al oeste). Los primeros grupos humanos que recorrieron las pampas de Aisén, en el extremo occidental de las estepas centro-patagónicas, ni siquiera encontraron caballos americanos ni milodones, que ya se habían extinguido hacía cientos o miles de años. Traían consigo la costumbre y habilidad de pintar negativos de manos, escenas de guanacos y cazadores en las paredes rocosas de aleros y cuevas. Quizás ocuparon estos sitios de manera estacional o ni siquiera todos los años, en el marco de incursiones por parte de grupos humanos que ocupaban más regularmente la zona del Río Pinturas y alrededores, en el noroeste de la actual provincia argentina de Santa Cruz, donde se aprovisionaban, por ejemplo, de obsidiana los ocupantes tempranos de la Cueva Baño Nuevo, al noreste de Coyhaique.

Unos 8 ó 9 mil años atrás, mientras los primeros grupos humanos llegaban a los pies de la cordillera en las pampas aiseninas, una antigua lengua glaciaria que casi cortaba el continente en el extremo sur, terminó por inundarse, dando origen al Estrecho de Magallanes, que unió ambos océanos y dividió para siempre a los antecesores de *selk'nam* y *aonikenk*. Los grupos humanos del extremo sur, que en un principio eran una sola cultura, comenzaron a diferenciarse. Tanto las sociedades del norte del Estrecho (actual Patagonia meridional) como las del sur (actual Tierra del Fuego), sin embargo, siguieron siendo cazadores especializados en el guanaco y otros animales de las estepas. Aunque algunas diferencias menores reflejan simplemente diferentes ambientes (por ejemplo, ausencia de caza del ñandú en Tierra del Fuego, donde al parecer esta ave no existió nunca), las principales características distintivas entre ambas sociedades se dieron en el terreno del mito, el rito y el ornato corporal. Si bien las diferencias ambientales y las barreras geográficas jugaron, sin duda, un rol importante en la proliferación de diferentes culturas patagónicas a partir de un mismo grupo humano inicial, las relaciones sociales impulsaron todo un universo simbólico que proliferó en la diversa gama de costumbres que encontraron los europeos en el área.

Pinturas rupestres con guanacos de Cueva Río Pedregoso, Aisén. [Foto F. Mena 1982].



Ampliando horizontes

Uno de los períodos más dinámicos de cambio, durante el cual el hombre patagónico fue ampliando sus horizontes, se dio hace unos 6 ó 5 mil años, en aparente asociación con algunos fenómenos ambientales. Aunque es muy probable que estos fenómenos no estén relacionados y que ni siquiera sean tan “contemporáneos” como lo sugiere nuestro limitado conocimiento arqueológico, es inevitable notar que es entonces cuando tenemos las primeras evidencias de un modo de vida canoero y de una ocupación regular de los bosques montanos, a la vez que se sienten más fuertemente algunos elementos originarios de más al norte. Si hay alguna tendencia general que subyace todos estos fenómenos, sugiriendo algún tipo de relación más allá que la simple “coincidencia”, es el alza de la temperatura ambiental hasta superar incluso los valores actuales. Es probable que esta tendencia haya comenzado más tarde a medida que se avanza hacia el sur, pero quizás lo más discutible de tratar este período (llamado “Optimum climático” o “Altithebral”) como compartido por todas las regiones en donde se dieron cambios culturales de importancia, es que existieron grandes diferencias en relación a otras características climáticas. En Tierra del Fuego, por ejemplo, el aumento de la temperatura correspondió con mayores precipitaciones y el consecuente avance del bosque sobre la estepa, mientras que en la zona sur de los canales, junto al calor sobrevino una gran aridez.

Algunos estudiosos han planteado que la emergencia de los canoeros en el extremo sur está relacionada precisamente con las nuevas condiciones boscosas en la costa, que se tradujeron en una disminución de alimentos terrestres como el guanaco, junto con una mayor disponibilidad de madera para fabricar canoas, arpones y otros elementos básicos para la explotación de alimentos costeros. Creen que los grupos humanos de la zona –descendientes de grupos *paleoindios* y adaptados por milenios a la caza terrestre– habrían comenzado entonces a cazar aves y lobos marinos y a depender cada vez más de la recolección de moluscos y la pesca, hasta dar origen a una forma de vida radicalmente nueva, representada históricamente por *yámanas* y *kaweshkar*. Conforme a esta interpretación, la emergencia del modo de vida canoero habría sido efectivamente una “ampliación de horizontes” para los tradicionales cazadores terrestres, descendientes de los ocupantes de Cueva Fell o Tres Arroyos. Sin embargo, no podemos descartar la posibilidad de que los canoeros



Arpón con punta en forma de orejas de zorro de Canoeros Antiguos, Magallanes. [Col. Museo Arqueológico de la Serena].

representen en realidad una población adaptada tradicionalmente a la vida a lo largo de la costa del Pacífico, y que las huellas de su antiguo paso por Chiloé y los archipiélagos del norte de la Patagonia estén aún por descubrirse. Por el momento, los sitios más antiguos conocidos en la Isla Grande de Chiloé (Puente Quilo) y Las Guaitecas sólo se remontan al 3000 a.C. Esta es todavía una “zona ignota” para la arqueología, con condiciones muy difíciles para la investigación de terreno (lluvias permanentes, densa vegetación que obstaculiza la visibilidad y hasta la movilidad en tierra) y la preservación de evidencias arqueológicas (frecuentes y reiterados sismos y maremotos). Es muy posible que futuras investigaciones revelen que los pueblos canoeros, en lugar de representar un desarrollo revolucionario en algunos lugares del extremo sur patagónico donde las planicies esteparias casi llegan al mar, sean el desarrollo lógico de un modo de vida existente por milenios en las costas del Pacífico. No sabemos, por lo tanto, si esta “ampliación de horizontes” de los canoeros representa un cambio total de la cultura, la adopción de sistemas de navegación más eficientes y regulares o, simplemente, la llegada de nuevas poblaciones y la aparición en el registro arqueológico de contextos y materiales antes desconocidos en el área.

Sea como sea, hasta hace unos 6 mil años todos los grupos humanos en el extremo sur de América eran cazadores-recolectores terrestres, no muy diferentes de los primeros pobladores *paleoindios*. A partir de entonces, sin embargo, se hace imposible hablar de la prehistoria de Patagonia sin reconocer la existencia de al menos dos modos de vida muy diferentes: los cazadores terrestres de las estepas orientales y los canoeros del litoral occidental. También se hace imposible no reconocer diferencias al interior de cada una de estas grandes tradiciones,



Colgante *aonikenk*,
Magallanes.
[Col. Roehrs].

como las detectadas en el siglo pasado entre los grupos *aonikenk* al sur del río Santa Cruz y otros pueblos *tebuelches* al norte. Puesto que los idiomas no dejan huellas materiales, no podemos afirmar que hayan surgido entonces las diferencias dialectales observadas entre ambas poblaciones, pero el hecho de que en el sector norte haya disminuido la importancia del uso de puntas de proyectil o que se hayan realizado allí pinturas rupestres sin comparación con las de más al sur, permite referirnos a partir de los 6 ó 5 mil años atrás

a diferentes tradiciones dentro de lo que antes fuera un solo grupo indiferenciado de cazadores terrestres de las estepas orientales, al norte del Estrecho. No es que la población indígena de Patagonia oriental hubiera aumentado tanto como para que se definieran territorios propios de cada grupo, o que el río Santa Cruz haya constituido una "barrera infranqueable", comparable a la representada miles de años antes por la apertura del Estrecho, pero la misma dinámica social, el hecho de mantener relaciones más frecuentes y alianzas matrimoniales con los vecinos más inmediatos, debió promover la divergencia simbólica y el desarrollo de la identidad de un grupo regional por oposición a otros.

Fortaleciendo diferencias

Llama la atención la vitalidad y sofisticación de estas nuevas culturas o modos de vida, como si el pleno desarrollo de un modo de vida canoero a partir de las antiguas prácticas de caza terrestre (o, alternativamente, la llegada de grupos costeros de más al norte a este universo de islas y canales) hubiera "gatillado" un momento de auge y juego experimental con los nuevos recursos y tecnologías. Estos *Canoeros Antiguos* preferían cazar lobos marinos que recolectar moluscos, para lo cual elaboraron puntas de arpón bastante más sofisticadas y más finamente decoradas que las que encontraron los navegantes europeos de hace algunos siglos. Es probable, incluso, que en algunos

ARPONES DE HUESO

Después de la canoa, quizás el artefacto que mejor representa el modo de vida de los pueblos de los archipiélagos patagónicos es la punta de arpón de hueso. Pese a su aparente simplicidad, estas puntas reflejan una gran sofisticación en las técnicas de caza de lobos marinos. Engastadas en la punta de un pesado mango de madera, se desprendían al incrustarse en el animal, de manera que la herida se agravaba cuando el lobo huía nadando, arrastrando el peso del mango que flotaba en la superficie. Tanto los *kaweshkar* históricos de la zona de Puerto Edén como los canoeros antiguos del Canal de Beagle, separados por más de 4 mil años y 600 kilómetros de distancia, usaban arpones de punta desprendible para cazar lobos marinos.

A pesar de que en algunas zonas la importancia de la caza de mamíferos marinos decreció a través del tiempo en favor de un mayor énfasis en la explotación de moluscos, el huemul o las aves marinas, este animal fue siempre una de las principales fuentes de alimento

[ninguno de estos grupos usaba anzuelos y la pesca tenía una mínima importancia].

Algunos de estos arpones fueron fabricados en hueso de lobo marino, lo que revela que su eficiencia no dependía sólo de factores mecánicos y que debe haber habido en torno a ellos un rico mundo de creencias y símbolos. Por eso mismo, los arpones son un buen reflejo de las particulares identidades de cada grupo. Mientras algunos canoeros usaban de preferencia arpones de una barba, otros empleaban series de barbas que daban a su borde un aspecto aserrado. Curiosamente, muchos de los arpones más sofisticados (con base en cruz para el enganche al mango, con dos barbas paralelas similares a "orejas de zorro") son los más antiguos, la paulatina disminución de los lobos marinos (sobrexplotados por cazadores profesionales de pieles que venían de EE.UU. y Europa), explica en parte el que los arpones se hayan simplificado a lo largo del tiempo, aunque ello refleja también un debilitamiento del propio orgullo e identidad de los grupos.

sectores privilegiados de la costa patagónica se hayan establecido por entonces campamentos mayores y más permanentes que los observados históricamente.

Por su parte, el arte rupestre tuvo por esa misma época un vigoroso desarrollo en la precordillera de la Patagonia Central, más o menos al mismo tiempo en que comenzaban a ocuparse regularmente los valles cordilleranos aledaños en la actual región de Aisén, 2 ó 3 mil años después de que los primeros cazadores ocuparan la zona de "pampas" o estepas orientales como la representada por la cueva de Baño Nuevo. En el extremo sur de la Patagonia, esta tradición artística no tuvo nunca gran desarrollo. Menos aún en el sector occidental (actual territorio chileno), donde sólo se conocen algunas pinturas simples de rayas y puntos, aparentemente no tan antiguas como las de Patagonia Central y quizás derivadas de aquellas (por ejemplo, sitios en Última Esperanza, Torres del Paine y el sector de Pali Aike). En Tierra del Fuego no hay evidencia alguna de pinturas rupestres y es muy posible que tampoco se hayan hecho en Magallanes cuando

ambos territorios estaban unidos y el arte rupestre era ya una costumbre establecida en los cañadones precordilleranos de la Patagonia Central argentina.

Muy cerca de estas regiones, el valle aisenino del río Ibáñez abunda en aleros y paredones rocosos pintados. Quizás por ser un valle cordillerano, fundamentalmente boscoso y relativamente fuera de la vista y del acceso directo desde las pampas orientales, este valle fue ocupado por primera vez por el hombre en esta época en que la temperatura comenzaba a bajar hacia valores similares a los actuales, aunque todavía primaban condiciones de aridez. Portadores de una rica tradición de arte rupestre, estos grupos venían en busca de madera para sus toldos o de pieles de guanacos recién nacidos para fabricar capas finas y flexibles. En un principio debieron venir únicamente en verano, época en que nacían estos "chulengos" y en que el calor y sequedad de los cañadones esteparios se hacía desagradable. Sea como sea, cuesta creer que hayan sido indiferentes a este paisaje, tan distinto al de las planicies de coirones y viento que imperaba en el este.

Pinturas rupestres de Alero Manos de Cerro Castillo, Río Ibáñez, Aisén. [Foto C. Viviani, 1994].





Boleadora erizada, procedencia desconocida, Tierra del Fuego.
(Col. Universidad de Magallanes).

Tanto el arte rupestre como el uso de boleadoras —que también adquirió especial vitalidad en esta época en gran parte de Patagonia— eran prácticas conocidas en el área desde más antiguo, pero no con igual énfasis y características. Reconocer la existencia de importantes cambios en la prehistoria no significa, por lo tanto, negar la continuidad característica de la experiencia humana en el extremo sur.

Tradición y cambio

Curiosamente, el período entre 2500 a.C. y 1500 d.C. es el menos conocido en la Patagonia chilena. Quizás por lo llamativo, los hallazgos más antiguos han invitado a su investigación arqueológica, mientras que sabemos de los últimos pueblos indígenas a través de relatos de navegantes, exploradores e incluso algunos investigadores sistemáticos.

No sabemos mucho, sin embargo, de lo que pasó entre el primer reavance glacial —que puso fin al período caluroso del Holoceno medio, sin imponer condiciones para nada comparables con las “edades glaciales” del Pleistoceno— y la llegada de los primeros europeos a la zona. Aparentemente, no hubo en este período cambios tan drásticos como los que sucedieron en el período anterior, a pesar de que debieron introducirse elementos tecnológicos importantes, como el arco y la flecha. Teóricamente, la adopción de estas nuevas herramientas pudo cambiar los modos de organización social (se hace más fácil, por ejemplo,

cazar solo, sin necesidad de coordinación grupal). Empero, no hay evidencias materiales que permitan discutir el tema. La arqueología nos informa más bien de un largo período de consolidación de los diferentes modos de vida regionales recurriendo, paradójicamente, a una misma idea: la creación de redes de asentamientos especializados y complementarios. Hasta ahora, la mayoría de los grupos se organizaba en pequeñas familias nómades que hacían más o menos lo mismo en sus diferentes campamentos. Estos últimos milenios antes del viaje de Magallanes, sin embargo, fueron marco del desarrollo, en diferentes regiones de la inmensa Patagonia, de un modo de vida basado en una variedad de asentamientos ocupados por parcialidades de un grupo familiar mayor en determinadas circunstancias: parapetos ocupados por algunos días en verano por grupos exclusivamente masculinos en pos de pieles de “chulengos” (guanacos recién nacidos), pequeños conchales visitados a fines del invierno en la costa atlántica, campamentos más estables donde permanecían niños mujeres y viejos gran parte del año. El arte rupestre se mantuvo, aunque sin la vitalidad característica de antes. Los instrumentos de piedra siguieron respondiendo a formas semejantes, aunque por lo general eran más pequeños. Quizás sea simplemente que lo más antiguo deja menos huellas, pero pareciera que en este período efectivamente aumentó la población (se conocen más sitios) y se incorporaron a la alimentación recursos más pequeños y “seguros”, como bayas y hongos en Tierra del Fuego o moluscos en los archipiélagos.



Punta de Proyectoil y raspadores de varios sitios de Río Ibáñez, Aisen.
(Material de investigación F. Mena).

Dentro de esta continuidad, llama la atención el hallazgo de fragmentos cerámicos en Alero Entrada Baker, en un nivel fechado en 1200 d.C. Por esa época, la lengua y otros rasgos culturales *mapuche* comenzaban a imponerse entre los cazadores-recolectores de la Patagonia y es probable que la cerámica tenga relación con la emergencia de campamentos más grandes y sedentarios. Sin embargo, por llamativa que sea para los arqueólogos, la cerámica no parece haber sido una innovación tan importante. Todos los fragmentos hallados en Alero Entrada Baker podrían provenir de la fractura de apenas dos ollas y –lo que es aún más raro– pareciera que en esa misma época los habitantes del valle del Río Ibáñez no usaban cerámica, pese a encontrarse más al norte y más cercanos a la zona *mapuche*, de donde se cree provenían los tiestos. Lo que realmente impulsó la difusión de estos rasgos en Patagonia fue la adopción del caballo europeo en el siglo XVIII como medio de transporte, ayuda en la caza, foco de la vida ceremonial y, en algunos casos, incluso como alimento. Solamente entonces pudieron hacerse más frecuentes los viajes a través de la Patagonia, los contactos y hasta matrimonios entre personas originarias del extremo sur, la Araucanía o las pampas vecinas a Buenos Aires.

Durante el siglo XIX, las planicies y cañadones de Patagonia oriental eran el dominio de los llamados “*tehuélches*”, cazadores que habían adoptado el caballo y muchos elementos de usanza *mapuche*. Los *selk'nam* y pueblos canoeros mantuvieron su identidad hasta principios del siglo XX, amparados

por las distancias, las barreras geográficas y las inclemencias climáticas. Al sur del río Santa Cruz, se reconoce una parcialidad *aonikenk* más o menos bien definida y en algunos documentos se llama *chehuache'kene* o *téusbenk* a los indios de la región cordillerana de Aisén y Chiloé continental. Es probable que en sectores relativamente aislados, tanto la distancia de los centros de innovación como las peculiaridades del medio ambiente hayan permitido reconocer grupos indígenas un tanto diferentes, pero el caballo y otros rasgos *mapuches* impusieron un carácter cultural común a toda la Patagonia oriental.

Casi 40 años después del viaje de Darwin, otro inglés –George C. Musters– recorrería este territorio desde Punta Arenas a Carmen de Patagones en compañía de un grupo de indígenas que, aunque predominantemente asociados con la cultura *aonikenk*, incluía a personas asociadas a otros grupos *tehuélches* o hijos y nietos de matrimonios mixtos de *mapuches* y *tehuélches*. Todos ellos poseían un amplio conocimiento del enorme territorio patagónico, incluyendo los lagos y bosques cordilleranos de Aisén y Chiloé continental, a donde incursionaron varias veces a lo largo de su recorrido con Musters. Junto a estos indígenas –que ya bebían alcohol, fumaban tabaco y jugaban cartas– cabalgaba un oficial de la marina inglesa, vestido con la tradicional capa de cuero de guanaco, usando sus hierbas curativas y cazando guanacos con boleadoras, tal como hacen todavía hoy los gauchos del sur de Argentina.



RAPANUI:

Prehistoria del Chile polinésico

Carole Sinclair Aguirre

Rapanui, como denominan a Isla de Pascua sus habitantes, es una de las tierras habitadas más aisladas del planeta. Sin embargo, sus escasos 170 km² encierran una historia tan particular, que desde que el navegante holandés Jacob Roggeveen la descubriera para Occidente un domingo de Pascua de Resurrección de 1722, ha cautivado la imaginación del público y despertado el interés de muchos investigadores. La Isla de Pascua, territorio insular de la República de Chile a partir de 1888, está situada en el medio del Pacífico sureste, a 2600 kilómetros del archipiélago más cercano, en la Polinesia Francesa, y a 3700 kilómetros del puerto de Caldera, en la III Región de Chile.

El halo de misterio que rodea a esta isla se debe, en gran medida, a que los primeros europeos que la conocieron quedaron sorprendidos de encontrar allí, tan lejos de Polinesia, a un pueblo de ese origen. Además, éste vivía una profunda crisis social, política y demográfica que casi los llevó a la extinción a fines del siglo XIX. A los europeos les fue difícil comprender que este mismo pueblo que los recibía, descendiera directamente de la cultura que produjo las gigantescas esculturas de forma humana (*moai*) y construyó grandes monumentos religiosos con altares

y plazas ceremoniales (*ahu*). Tan innumerables son los testimonios arqueológicos, que la totalidad de la isla podría considerarse un “gran museo al aire libre”, según palabras del arqueólogo William Mulloy.

La prehistoria, la historia y el presente de *Rapanui* se funden en una sola gran historia cultural. Para comprenderla mejor, los arqueólogos la han dividido en una secuencia de desarrollo compuesta de cinco fases cronológicas. Corresponden a la prehistoria las tres primeras fases, período que culmina en la fecha en que la Isla de Pascua es descubierta por los europeos.

Ecología y subsistencia

La Isla de Pascua emergió del fondo oceánico hace entre 3 millones y 10 mil años, luego de un largo proceso eruptivo de tipo volcánico, cuyo testimonio son los cráteres que conforman sus vértices: Poike al este, Rano Kau al sur y Maunga Terevaka al norte, que con sus 560 metros de altura constituye la cumbre más alta de la isla. El relieve volcánico se

El relieve volcánico contrasta con un paisaje de lomas y grandes acantilados litorales. La isla estuvo originalmente cubierta de una densa vegetación boscosa, propia de un clima subtropical. [Foto G. Lee, 1992, *The rock art of Easter Island*, UCLA, Los Angeles].



complementa con un paisaje de lomas que contrasta con los grandes alcantilados litorales, que no han permitido la formación de grandes playas, a excepción de Ovahe y Anakena. Dadas sus características geológicas, la isla es pródiga en canteras de las más variadas rocas volcánicas. Desde la cantera de los *moai*, en el cráter del volcán Rano Raraku, formado por cenizas consolidadas, la escoria roja utilizada en sus "sombrosos", o el duro basalto de sus construcciones monumentales, hasta las obsidianas, un vidrio volcánico negro con el que se elaboró una variedad de artefactos. No existiendo en la isla cursos de agua permanentes, debido a la excesiva permeabilidad de los suelos, los mayores reservorios de aguas lluvia se encuentran en los fondos de los cráteres Rano Kau, Rano Raraku y Rano Aroi, originando una de las pocas tierras cultivables del territorio.

La fauna terrestre autóctona no incluía mamíferos nativos; sólo algunas especies de insectos y lagartijas. Las aves migratorias eran abundantes, aunque no fueron de gran importancia en la dieta de los isleños, aparte, quizás, de sus huevos como complemento alimentario. Los exponentes de la fauna marina, como tortugas y peces, eran escasos en comparación con otras islas polinesicas. La ausencia en Pascua de arrecifes de coral, restringió tanto la variedad y cantidad de la vida marítima asociada a la isla, como su explotación (caza y pesca) en tiempos

prehistóricos. Las lomas de la isla habrían estado originalmente cubiertas de una densa vegetación boscosa, propia de un clima semitropical, con especies nativas tales como el toromiro, una palma de coquitos hoy extinguida; una conífera, el makoi; sándalo y mahute; y una variedad de totora que hoy se da en abundancia en las lagunas de los volcanes. Los recursos madereros fueron tempranamente sobreexplotados por los isleños, utilizándolos para edificar viviendas domésticas y ceremoniales, construir embarcaciones y tallar figuras de sus espíritus tutelares, como también para elaborar una variedad de otros artefactos esenciales.

Según la tradición —confirmada por la investigación científica— los antiguos inmigrantes introdujeron una variedad de vegetales tropicales de origen polinésico que se reprodujeron muy bien en la isla, tales como el taro, el ñame, el camote, el plátano y la caña de azúcar. Por el contrario, el árbol del pan y el cocotero, no lograron aclimatarse. Trajeron también animales, tales como una especie de rata y otra de gallina. Resulta extraño que en los sitios arqueológicos no se encuentren restos óseos de perros y cerdos, dos animales domésticos de gran importancia económica en Polinesia. Estos limitados recursos faunísticos, probablemente hicieron de la gallina un bien privilegiado, con un papel preponderante en el ámbito social, político y religioso. Se las protegió en fortificaciones

Los mayores reservorios de aguas lluvia son las lagunas que se han formado en los fondos de los grandes cráteres volcánicos de la isla, como la del volcán Rano Raraku. (Foto S. Larraín García-Moreno, 1971).



especiales en épocas de hambrunas y conflictos bélicos, fueron el medio de intercambio por excelencia, el regalo máspreciado y la ofrenda obligada en toda ceremonia, usándose también sus plumas blancas como adorno predilecto de muchos ornamentos corporales.

Los orígenes legendarios: mito, arqueología e historia

Según la tradición oral, el pueblo *Rapanuí* provendría de la mítica isla Marae Renga, en Hira, hoy en día desconocida en Polinesia. De ese lugar, el Rey (*ariki*) Hotu Matu'a, vencido por su hermano en una guerra intertribal, tuvo que emigrar en busca de un nuevo hogar en medio del Pacífico. Para ello envió a seis exploradores con la misión de encontrar un territorio visto previamente en sueños por el joven Haumaka. Así fue como estos pioneros arribaron a la Isla de Pascua, que llamaron *Te Pito Te Henua* (El Ombligo del Mundo). Luego de recorrerla en todas direcciones plantando ñames, eligieron la playa de Anakena para el desembarco de su Rey. Meses más tarde, guiados por las estrellas, las aves migratorias y las corrientes marinas, llegan a esta playa dos grandes canoas, a bordo de las cuales venían Hotu Matu'a y su

hermana, la reina Ava Reipua, y un centenar de hombres, mujeres y niños. Arribaron provistos de los instrumentos, enseres domésticos, reliquias, plantas y animales necesarios para el sustento. Acompañaban al linaje real, los sacerdotes (*ivi atua*), algunos guerreros (*matatoa*) y los sabios (*maori*), entre los que destacaban los responsables de guardar la memoria colectiva del pueblo a través de un sistema de escritura sagrada. Luego de asentarse, el rey divide los territorios de la isla entre sus hijos, quienes serán los respectivos ancestros de los clanes territoriales que posteriormente conformarán la organizada sociedad *Rapanuí*. Al final de sus días, Hotu Matu'a se recluye en el cráter Rano Kau y, antes de morir, cede el poder a su hijo mayor *Atariki*, designándolo su sucesor.

Respecto a los primeros colonos, la investigación tiende a confirmar que su origen y lugar de partida se encontraría en el archipiélago de las Islas Marquesas, en la Polinesia Oriental. En el mismo relato mítico, por ejemplo, se mencionan productos vegetales, como el ñame, que son nativos de esa región. La biología, por su parte, reconoce una mayor afinidad genética entre la actual población pascuense y aquella existente en aquel archipiélago. Por lo demás, se ha comprobado que la lengua *rapanuí* derivaría de un tronco común proto-polinésico.

Según la leyenda, en la playa de Anakena habría desembarcado el rey Hotu Matu'a con su gente hace 1500 años atrás. En primer plano el centro ceremonial *Ahu Ature Huki*, reconstruido por Thor Heyerdahl en 1955. [Foto S. Larraín García-Moreno, 1971].



LAS TABLILLAS PARLANTES "RONGO RONGO"



*Koa*hu rongo rongo, Tablilla Mayor de Santiago (Col. Museo Nacional de Historia Natural).

Según el estudioso alemán Thomas Barthel, las tablillas registraban, básicamente, prácticas rituales, como rezos y cantos sagrados asociados a la fecundidad.

La ceremonia del culto al "hombre-pájaro" en Orongo, incluía la recitación de cantos y plegarias por parte de sacerdotes llamados *tangata maori rongo rongo*, quienes las leían de unas imágenes grabadas en tablillas de madera, conocidas como *koa*hu rongo rongo. La tradición oral cuenta que estas tablillas, que eran originalmente 67, fueron traídas por los sabios que acompañaron al Rey Hotu Matu'a. En ellas se registraron con signos indecifrables para el común de la gente, los mitos de origen, la historia genealógica y los cantos ceremoniales de esta ancestral cultura polinésica. Hoy en día, quedan 24 ejemplares repartidos en diferentes museos y colecciones privadas del mundo. Chile conserva algunas de ellas, que se pueden admirar en el Museo Nacional de Historia Natural.

El primer indicio de esta misteriosa escritura proviene de mediados del siglo XIX, cuando los pascuenses, recientemente convertidos al cristianismo, le regalan al Obispo de Tahití un largo cordón tejido con cabellos humanos que envolvía la "primera" madera llegada a la isla. Este pedazo de madera se encontraba completamente grabado con pequeñas y reconocibles figuras cuidadosamente alineadas. De allí en adelante fueron apareciendo otros objetos con diseños similares, en tablillas, pectorales y bastones de mando. Las imágenes allí representadas eran sin duda jeroglíficos, uno de los más enigmáticos y particulares rasgos culturales de esta sociedad.

Los símbolos grabados son muy convencionales y casi idénticos en cada objeto. Se han identificado un total de 150 elementos básicos que, combinados, llegan a formar hasta 2000 composiciones diferentes. Las figuras representan hombres, aves, hombres-pájaros, aves bicéfalas, vulvas, manos y pies, animales tales como

tortugas, peces y cienpiés, diversas plantas, distintos utensilios, soles y estrellas, más innumerables imágenes geométricas. También se representan especies vegetales y animales, ausentes en Pascua, pero comunes en otros ambientes más tropicales, reafirmando su origen polinésico.

Los últimos sabios *rapanui* murieron como esclavos en Perú entre 1862 y 1863. Con ellos se fue el secreto de esta escritura sagrada. Apelando al recuerdo de sus descendientes, los estudiosos han podido descifrar algunos signos y frases, así como los temas a los que estaban relacionados, entre ellos, las prácticas rituales, desde rezos hasta sacrificios humanos, así como referencias a la muerte, la tristeza y la fecundidad. Estos pictogramas parecen no haber constituido una gramática propiamente tal, sino ideogramas con múltiples significados. Más que un recurso de ayuda memoria para fijar cantos y genealogías, como es tradicional en Polinesia, el *rongo rongo* es un sistema convencional de comunicación ideográfica en transición entre la escritura de imágenes y la de sonidos. Se han reconocido algunos signos, como el color, representado por objetos específicos o bien las cualidades, expresadas en forma literal. Más difícil ha sido la reconstrucción de frases, por el fuerte carácter metafórico de sus textos (cantos, adivinanzas, poesías, etc.).

Las tablillas fueron confeccionadas en madera de toromiro y sus glifos, que cubren ambos caras, se grabaron con aguzados dientes de tiburón sobre franjas paralelas. El texto ideográfico era "leído" de izquierda a derecha a partir de la línea inferior, al término de la cual se giraba la tablilla en 180° para continuar en la misma dirección con la siguiente línea superior y así sucesivamente.

Hasta ahora, la arqueología ha logrado establecer que las evidencias más antiguas de ocupación humana en Pascua proceden de un sitio habitacional localizado en las cercanías del volcán Poike, que ha sido fechado hacia el año 400 d.C. No obstante, persiste la búsqueda del "primer asentamiento", que el mito ubica en los alrededores de Anakena. Los restos culturales recuperados en el mencionado sitio, entre ellos herramientas de piedra (*toki*) y anzuelos de piedra pulida y de hueso humano muy similares a los de las islas Marquesas, forman parte de un solo complejo cultural heredado de las primeras *Sociedades Polinésicas Tempranas*, cuyo máximo desarrollo tuvo lugar hacia 300 d.C. Las enormes construcciones ceremoniales *abu* y *moai*, que le otorgan un sello tan particular a la cultura *Rapanui*, encuentran sus prototipos en la misma Polinesia.

Debe destacarse, por último, que a lo largo del desarrollo prehistórico de *Rapanui* no hay evidencias de uso de la cerámica. Por motivos que aún se desconocen, la alfarería no estuvo incluida en el repertorio cultural traído originalmente a la isla por los primeros inmigrantes, a pesar que era una tecnología conocida en las antiguas comunidades polinésicas.

La arqueología indica que, en sus mil años de existencia, la cultura *Rapanui* se desarrolló de manera continua e independiente de otras influencias externas, a partir de una única migración poblacional sin retorno. Sin embargo, existen otros planteamientos que postulan que sí hubo relaciones fortuitas con el continente sudamericano durante la época de florecimiento de la cultura (Fase *Abu Moai*), hacia el 1200 d.C. Estas afirmaciones de corte difusionista buscan explicar los cambios culturales registrados en la prehistoria de *Rapanui* por medio de contactos transpacíficos en dirección este-oeste. Una de las teorías más controvertidas es la de Thor Heyerdahl, quien dice que la isla habría recibido en este periodo una segunda oleada de población procedente del Área Andina (desde *Tiwanaku*), trayendo consigo una serie de nuevas ideas, cultivos andinos, etcétera, provocando cambios, por ejemplo, en el culto religioso y en el estilo arquitectónico de las construcciones monumentales. Esta teoría no ha podido ser demostrada y por ahora sólo seguirá avivando el interés y la curiosidad de algunos aventureros.

Sociedad, economía y asentamiento

Se desprende del mito que la antigua cultura *Rapanui*, al igual que los pueblos polinésicos, presentaría una estructura social muy rígida, compuesta de diferentes clases sociales basadas en grupos con un ancestro común. Se trataba de una sociedad patriarcal, con una familia extensa o *ivi* o *paenga*, donde tanto la residencia como la descendencia se definían por línea paterna. Varios grupos familiares formaban un *ure* o linaje que tenía su propio *abu* o centro ceremonial para el culto a sus ancestros deificados. Poseían también un territorio común dividido entre las familias, pero explotado en comunidad. A su vez, los linajes más relacionados se agrupaban en clanes o *mata*, el máximo nivel de su organización social. Durante el apogeo cultural en la isla, la población alcanzó a 10 mil habitantes. Se estima que este incremento demográfico ocasionó graves conflictos entre los *mata* por el dominio de los territorios productivos cada vez más escasos, provocando fusiones o divisiones entre ellos. En tiempos históricos, existían 12 *mata*, reunidos en dos grandes confederaciones que se repartían la isla por mitades.

El jefe supremo era el *Ariki Mau*. Su autoridad se basaba en la creencia en su origen divino y en su capacidad para procurar los alimentos y distribuirlos generosamente entre la gente de su pueblo, una actitud de poder muy característica de las sociedades polinésicas. Como descendía directamente de los dioses, poseía poderes sobrenaturales o *mana*, que lo convertían en un ser sagrado y muy respetado. Las prohibiciones que lo rodeaban impedían que actuara en la vida política y social. Sin embargo, esta misma sacralidad le permitía asegurar las cosechas, la fertilidad de la tierra e influir sobre los animales, además de supervisar las ceremonias en las que actuaba como principal mediador para comunicarse con sus ancestros tutelares.

La nobleza la integraban la familia directa del *Ariki* —el linaje real— y los principales sacerdotes. Recientes análisis de restos óseos humanos indicarían endogamia, es decir uniones matrimoniales entre miembros de un mismo clan.

En la fase histórica, el clan Miru llegó a ser uno de los más respetados por su antigüedad y proximidad al linaje real del legendario Hotu Matu'a. Los linajes habrían tenido sus propios sacerdotes, los sabios conocedores de las escrituras sagradas, la medicina y la astronomía, quienes ejecutaban las celebraciones en los altares megalíticos.

Los artesanos especializados también pertenecían a la nobleza. Gozaban de mucho prestigio por estar consagrados a tareas de gran relevancia dentro de la sociedad. Destacaban los expertos pescadores, los maestros canteros o escultores a cargo de la construcción de los grandes altares y el tallado de los *moai* y los artesanos de la madera que elaboraban las figuras que representaban a los espíritus tutelares. Junto a la nobleza, los guerreros o *matatoa* fueron también una clase importante. Estos adquieren mayor preponderancia durante la *Fase Decadente Huri Moai*, cuando asumen el poder en reemplazo de la antigua aristocracia religiosa y lideran la emergencia de una nueva ideología que se caracteriza por el culto a *Make Make* y las ceremonias del *Tangata Manu*, el Hombre-Pájaro.

Bajo esta poderosa nobleza estaba el pueblo común, denominado *buru manu*, compuesto de pescadores y agricultores que entregaban su trabajo y alimentos para la mantención del sistema económico-social y de culto. La clase religiosa concentraba la mayor parte de la producción y redistribución de bienes al resto de la población en ocasiones determinadas ritualmente. Por último, a la clase más inferior pertenecían los *kio*, que eran los derrotados en las guerras, convertidos en esclavos o sirvientes del clan vencedor.

La base de la economía se encontraba en la agricultura. Entre los cultivos comestibles introducidos por los primeros colonos estaban el camote, que era el más importante en la dieta; cerca de 41 variedades de ñame; la caña de azúcar, de consumo preferencial en las fiestas; y el plátano. Estas plantas se desarrollaron muy bien en la isla en terrenos preparados con el sistema agrícola de tala y

roza, y demarcados por pircas de piedra. Se cultivaron también calabazas que servían como contenedores y se utilizó la fibra del mahute, que lavada, machacada y cosida en paños, servía para fabricar sus prendas más esenciales, entre ellas capas pintadas con hermosos diseños trazados con pigmentos vegetales. En tiempos tardíos, cuando ya escasearon los terrenos agrícolas por la sobreexplotación, construyeron terrazas y acueductos en las laderas de los volcanes, aprovechando el microclima que allí se generaba. Como fertilizante debieron usar el guano de las aves marinas y las cenizas producto de las quemadas de los pastizales. La principal herramienta agrícola fue un simple palo de cavar llamado *oka*. El ciclo agrícola estaba programado en relación a fenómenos astronómicos y por lo tanto, de rituales y reglas de prohibición que marcaban los tiempos propicios para la siembra y la cosecha.

Según la tradición, eran expertos navegantes, pero existen poquísimos registros de ello. En la memoria quedan escasas referencias de aquella primera embarcación de doble casco (prototipo del actual catamarán polinésico) que habría traído al Rey Hotu Matu'a. En petroglifos y en maderas y piedras talladas, hay, sin embargo, innumerables figuras de canoas de balancín, el otro tipo de embarcación descrito a comienzos del siglo XVIII. Eran construidas con tablones de toromiro y makoy, usando gruesas azuelas de basalto, hachas y cuchillos, y luego unidas con cordones vegetales o de pelo humano y calafateadas con una mezcla de musgos y grasa de tiburón. Se han registrado en los depósitos arqueológicos restos faunísticos que indicarían el consumo de especies de alta mar, como el atún, reservado a la nobleza, cuya pesca estaba sujeta a muchas restricciones religiosas, al igual que la captura de tortugas. El variado instrumental de pesca existente refleja el grado de especialización y conocimiento del medio marino que poseían: anzuelos de basalto y de hueso humano para la pesca del atún, lienzas, redes y trampas para atrapar anguilas y congrios. No hay evidencias claras de uso de arpones.

Mientras más importante el linaje, más favorable era el territorio en que habitaba. Estos se extendían desde la línea de costa hacia el interior de la isla, como franjas marcadas con acumulaciones de piedras que todavía se conservan. Las aldeas se establecían preferentemente en el borde costero, adyacentes a los *abu*. Se componían de un grupo central de viviendas que por lo general pertenecían a los miembros de mayor estatus. En cambio la gente común ocupaba los territorios interiores, con asentamientos permanentes y dispersos cerca de los campos agrícolas.

La vivienda principal de la aldea y una de las más características, es el *hare paenga*. Tiene la forma de un largo bote invertido, de entre 10 y 15 metros de largo por dos de ancho. Su base elíptica se componía de bloques de basalto labrados y con orificios para empotrar los maderos que sostenían las paredes de ramas y el techo de paja. No tenían ventanas y la puerta era un bajo y angosto pasillo situado al centro de la vivienda. El interior se alhajaba a veces con un pavimento de piedras redondas. Como único mobiliario se han registrado unos cantos rodados envueltos en pasto y esteras

vegetales, en los cuales se han grabado finos diseños relacionados con la fertilidad. Según descripciones históricas, para proteger sus viviendas los pascuenses colocaban a la entrada figuras de madera que representaban a sus antepasados y espíritus tutelares. Junto a las casas había hornos subterráneos emplantillados con piedras y de formas rectangulares o circulares, en los que cocinaban comunitariamente los alimentos a la manera del curanto chilote.

Otro tipo de vivienda muy diferente a las anteriores, fue la que se construyó hacia el final del período prehistórico en la aldea ceremonial de Orongo. La aldea, ubicada en la orilla del cráter Rano Kau, se compone de unas 50 de estas casas edificadas íntegramente con lajas de basalto y con techos elaborados con un sistema de falsa bóveda. Presenta además dos *abu* y un sinnúmero de bloques de piedra cubiertos con petroglifos dispersos por el sitio. Estas viviendas solamente se habitaron con ocasión de las ceremonias relacionadas con el culto a *Manutara* y al dios *Make Make*, práctica religiosa que continuó vigente hasta mediados del siglo XIX.

Planta de vivienda *hare paenga*. [Foto E. Charola, 1997, *Isla de Pascua. El patrimonio y su conservación*, Nueva York].



La vida y la muerte: un mundo cargado de magia

Tal como ocurre en la actual cultura pascuense, la sociedad prehistórica debió contar con ritos y ceremonias que marcaran las diferentes etapas de su ciclo vital, desde el nacimiento hasta la muerte. Los primeros rituales se iniciaban seguramente al nacer, con el corte del cordón umbilical. Seguían en la temprana infancia con las ceremonias del primer corte de pelo y la postura del primer taparrabo, junto al tatuaje de las piernas a los 8 años. En la pubertad, tenían lugar los importantes ritos de iniciación para ingresar a la vida adulta. Esta ceremonia, registrada por los viajeros europeos, era una verdadera escuela de aprendizaje. En ella, niños y niñas con el cuerpo pintado de rojo y blanco y adornados con unos colgantes llamados *tabonga*, eran recluidos por varios meses en la pequeña isla Moto Nui, ubicada frente a Orongo, para aprender de maestros y sabios los diferentes aspectos de su cultura (tradiciones, oficios, conocimientos sagrados, arte de la guerra, etc.), combinados con juegos de destreza y fuerza corporal. Algunos eran seleccionados para dedicarse a actividades más específicas como el arte del tatuaje, la escritura o para ser artesanos escultores o canteros.

Las ceremonias de muerte ocuparon también un lugar importante, especialmente con motivo del funeral de algún miembro importante de la familia. El cuerpo del difunto, envuelto en una tela vegetal, se descomponía luego de permanecer uno o dos

años expuesto al aire libre junto al *abu*. Posteriormente, sus huesos eran lavados y depositados en una cámara funeraria construida en la misma estructura, lugar donde el alma del difunto se encontraría con sus antepasados, abandonando finalmente a sus familiares. Al cabo de un tiempo, se le recordaría en la ceremonia del *Paina*, una fiesta ofrecida por los deudos que constituía un importante acontecimiento social. Frente al *abu* se erigía una gran efigie —probablemente la misma imagen del muerto— formada de palos y telas vegetales pintadas con una cabeza modelada. En el *abu* Tepeu quedan todavía señales de lo que fueron estas figuras del *Paina*.

La magia (*mana*) y los espíritus estaban siempre presentes en la comunidad. Cualquier objeto podía contaminarse con ese poder sobrenatural, especialmente aquel que residía en los hombres poderosos. Los cráneos grabados con diseños relativos a la



Moai *tangata manu*, el mítico hombre-pájaro.
Moai *pa'a pa'a* y moai *kava*, espíritus tutelares femenino y masculino, respectivamente.
[Col. Museo Francisco Fonck].

fertilidad (por ejemplo, vulvas) encontrados enterrados en el piso de casas y gallineros, problemáticamente pertenecían a este tipo de personajes. Por su parte, los espíritus benéficos o demoníacos, podían encarnarse tanto en animales como en objetos, o constituirse en tutelares al estar relacionados con un territorio o una familia determinada. Cuenta una leyenda que un antiguo compañero de Hotu Matu'a observó casualmente a estos espíritus y decidió reproducirlos tallando en madera unas estatuillas de forma humana. Aquellas con las costillas salientes y el estómago hundido, representan a los espíritus masculinos y las con perfil plano y sexo señalado, a espíritus femeninos. Desde ese mítico momento hasta hoy en día constituyen unas de las expresiones más clásicas del arte pascuense.

El esplendor del megalitismo: Fase Expansiva "Ahu Moai"

En pleno florecimiento cultural, se desarrolló en la isla un avanzado y muy sofisticado arte megalítico que no tiene parangón en toda la Polinesia. Fue el producto de una inusual devoción religiosa relacionada con el culto a los ancestros. En 500 años, la sociedad *Rapanui* alcanzó a edificar cerca de 300 altares monumentales y talló en piedra más de 600 gigantescas esculturas humanas. Estas

innumerables realizaciones se explicarían por la necesidad de los diferentes linajes de competir por el poder, demostrando también un claro deseo de ostentación, construyendo obras cada vez mejores y más numerosas.

Los *ahu*

En torno a estos centros ceremoniales se desarrollaba toda la vida religiosa, social y política de la comunidad: las investiduras, ritos de iniciación, asambleas, funerales y las fiestas con ocasión de la redistribución de los alimentos. Allí, el *ariki mau*, junto a la nobleza en pleno, eran asistidos por especialistas del culto y por una multitud de sirvientes. El antecedente de los *ahu* se encuentra en los *marae*, antiguas plataformas ceremoniales de mampostería de la Polinesia. En la isla, no obstante, estos altares adquieren ciertos rasgos que los harán tan singulares, en la región como los son sus *moai*. Se les transformó en un plano inclinado frontal, pavimentado con piedras redondas, agregándosele grandes extensiones laterales. Sobre esta plataforma se dispusieron luego los *moai* y en tiempos más tardíos, fueron utilizadas como crematorio humano y lugar de entierros. La planificada construcción de estos altares se expresa en la simetría de sus formas y en la orientación astronómica de las fachadas de algunos de ellos,

Complejo Tahai, al norte de Hanga Roa, integrado por el *ahu* Tahai (adelante) y el *ahu* Vai Uri (atrás). (Foto S. Larraín García-Moreno, 1971).



relacionada con la salida y puesta del sol durante los solsticios y equinoccios.

Aunque muchos *abu* sufrieron modificaciones y reconstrucciones a lo largo de su historia, reflejan un desarrollo arquitectónico gradual y continuo, sin influencias externas, a pesar que según la leyenda las construcciones mayores serían obra de los Hanau Eepe (raza corpulenta), una población llegada posteriormente a la isla que dominó a los habitantes originarios, los Hanau Momoko (raza delgada). Los *abu* Tahai y Vinapu son los más antiguos. Fueron construidos en plena *Fase de Asentamiento*, hacia los años 700 y 800 d.C. Se caracterizan por sus grandes muros compuestos de enormes bloques de lava, pulidos y ajustados con sorprendente precisión. Probablemente, en este mismo período se esculpieron los primeros *moai*. Durante la *Fase Expansiva*, los altares crecen en tamaño, se agregan más estatuas y se complejizan considerablemente, presentando amplias rampas laterales y pavimento frontal, aunque decae el pulimento en los bloques, esta vez hechos de basalto. El *abu* Tongariki representa el máximo esfuerzo constructivo de este período clásico, con casi 160 metros de largo, entre plataforma y extensiones laterales, logrando sostener 15 imponentes *moai* con sus respectivos sombreros de escoria roja, los que fueron tumbados hacia 1860. Ya en tiempos históricos,

coincidiendo con la *Fase Decadente*, se inicia la destrucción de los *abu* y el derribo de los *moai*. En su reemplazo se construyen unas estructuras de forma semipiramidal, utilizadas como lugar de enterratorios humanos.

Los *moai*

A diferencia de Polinesia, donde las imágenes de los antepasados eran talladas en gruesos troncos, en *Rapanui* se prefirió esculpirlos en gigantescos bloques volcánicos. Las materias primas más comunes fueron el duro basalto vesicular, la traquita y la escoria roja. Posteriormente, se usó el material de la cantera del cráter Rano Raraku. Más de 70 *moai* sin terminar quedaron eternamente dormidos en sus canteras de origen, cuando se detuvo su elaboración en los años en que sobrevino la crisis. Las esculturas tienen en promedio 4 metros de altura, a excepción del *moai* "Paro", del *abu* Te Pito Kura, que con sus 10 metros y 85 toneladas de peso, es la expresión cúlmine del megalitismo al servicio del impresionante poder político y religioso que alcanzó en esta época la sociedad pascuense.

Los *moai* se esculpían directamente en la roca con duros cincelos y azuelas de basalto. Luego, eran levantados y deslizados hasta el pie del volcán con

En las laderas del volcán Rano Raraku se encuentra una de las principales canteras de *moai*. Cuando se detuvo su elaboración en los años que sobrevino la crisis, más de 70 *moai* quedaron eternamente dormidos en sus canteras, y otros, a medio camino hacia los altares ceremoniales. (Foto S. Larrain García-Moreno, 1971).



la ayuda de cuerdas vegetales donde se realizaban las terminaciones de la cabeza, tallándole los ojos cerrados, una nariz y orejas alargadas, simbolizando el uso de gruesos pendientes. En la espalda se representaban tatuajes. Desde aquí eran trasladados al altar respectivo con cuerdas que permitían desplazarlos con movimientos basculares o arrastrarlos a través de ingeniosas armazones de madera. Esta faena, que podía tomar varios meses y el esfuerzo de muchísimos hombres, concluía cuando el *moai* era dispuesto de espalda al mar sobre la plataforma del *ahu*. En ese lugar, el *ariki* vestido ritualmente con una larga capa de mahute pintada, tocado con una corona de plumas blancas y adornado con pectorales llamados *reimiro* y pendientes de piedra y de madera denominados *tabonga*, presidía la ceremonia donde se envistía al *moai* del poder simbólico que protegería al linaje y al territorio. Era el momento en que se le engastaban los ojos de coral blanco y obsidiana y a algunos se les ponía un enorme sombrero de escoria roja, a semejanza del turbante o moño teñido de rojo del *ariki*, signo de su condición divina.



Vestimenta del *ariki*. Capa de mahute (Col. Museo de la Merced), tocado de plumas (Col. Museo Francisco Fonck), *tahonga* de madera (Col. Museo Francisco Fonck) y *reimiro*, decorado con escritura *rongo rongo* (Col. Museo de La Merced).



Colapso y readaptación: Fase Decadente "Huri Moai"

A fines de la *Fase Expansiva*, la sociedad *Rapanui* debió ser capaz de producir suficiente excedente económico para sustentar a la emergente aristocracia política y religiosa que conducía el desarrollo arquitectónico y escultórico más espectacular de toda Polinesia. Esto no duró mucho tiempo. Hacia el año 1600, el incremento de la población y las consecuentes exigencias productivas y alimentarias para mantener la sociedad, comenzaron a deteriorar el frágil medio ambiente de la isla, iniciándose el cruento colapso cultural que caracterizó a la última fase de la prehistoria pascuense. Los linajes más poderosos tuvieron que competir para mantener sus privilegios y territorios, realizando construcciones cada vez mayores para justificar su poder. Al descontento creciente de la población ante tales demandas, se sumó la hambruna, situación que fatalmente desembocó en guerras intertribales de gran violencia, culminando con la destrucción de los templos y el tumbamiento de las estatuas. Son símbolos de este sombrío período la antropofagia de los grupos vencidos y algunos instrumentos de muerte, tales como el *mata'a*, que son hachas y lanzas de obsidiana, mazas cortas de madera para el combate cuerpo a cuerpo y largos bastones tallados, insignias de mando de los jefes guerreros.

La crisis afectó a la sociedad en todos sus ámbitos, debiendo readaptarse en forma radical para no sucumbir totalmente. La economía basada en la redistribución y la ostentación, dio paso a otra caracterizada por la reciprocidad y el intercambio. Se tendió a proteger la producción de alimentos, fomentándose los ritos de fertilidad, junto con la construcción de refugios tanto para los cultivos como para las gallinas. Estos refugios eran verdaderas fortificaciones, que resguardaban el alimento máspreciado. Este cambio económico generó un reacomodo de la estructura social, subiendo al poder los antiguos líderes políticos y guerreros. También influyó en el sistema de creencias, al iniciarse el culto a *Make Make* y las ceremonias del *Tangata Manu*.

Habiéndose perdido el poder de los sacerdotes en torno a los *ahu*, el nuevo eje político y religioso se traslada a la aldea ceremonial de Orongo, lugar en el cual se desarrollarían las más importantes ceremonias del nuevo culto, muy relacionado a la fertilidad. Este consistía en que cada año representantes de diferentes linajes competían por conseguir el primer huevo de la gaviota *manutara*, depositados en unas islas ubicadas frente a Orongo. El competidor que lo conseguía era investido como *Tangata Manu*, es decir como un ser sagrado, por el propio dios *Make Make* o su encarnación,



Maza o *paq'a* de madera tallada y escultura con el rostro del dios *Make Make*. (Col. Museo de La Merced).

adquiriendo tanto él como su grupo, privilegios económicos y rituales durante todo un año, ejerciendo el poder de manera despótica y cruel frente a los grupos vencidos. Con ello, se reactivaban año a año las ansias de venganza dentro de la sociedad, propagándose el canibalismo, de lo cual hay muchos testimonios. En los alrededores de la aldea existen petroglifos con las imágenes de esta deidad temporal, representada con un cuerpo humano y una cabeza de pájaro, sosteniendo un huevo en sus manos.

A pesar del profundo vuelco cultural ocurrido en esta época, la sociedad *Rapanui* no interrumpe el nexo con sus antepasados polinésicos. Una expresión notable de esta continuidad, donde se funden en la nueva ideología los antiguos conceptos del *mana* y el *tapu*, se encuentra en el mismo sitio de Orongo, en un *moai* de estilo clásico que lleva en su espalda figuras grabadas del hombre-pájaro y varias vulvas, símbolos del poder de los líderes guerreros y los ritos de fertilidad, respectivamente. Allí, esta importante imagen llamada "la rompedora de olas" (*Hoa Haka Nana*), de espaldas al mar como en los antiguos *ahu*, representa mejor que ninguna otra la persistencia de una cultura milenaria.

Epílogo

El 5 de abril de 1722, los *rapanui* divisaron otras velas surcando el horizonte. Tuvieron que pasar 1100 años para que la isla fuera descubierta por Occidente, quien la nombró para siempre Isla de Pascua. Esta fecha marca el término de su prehistoria y el inicio de la historia pascuense, que comenzará a ser contada a partir de las profundas huellas que dejaron en este pueblo originario los posteriores contactos con el mundo continental. Primero fueron los exploradores españoles, luego los misioneros franceses. Décadas antes que la isla pasara a ser territorio soberano de Chile, fue objeto de explotación ganadera por parte de una empresa inglesa. En el intertanto, la deportación masiva de pascuenses para trabajar en las empresas guaneras del Perú, la introducción de enfermedades contagiosas, junto a las luchas internas derivadas de estas situaciones, fueron diezmando la población a tal punto que a finales del siglo XIX la isla contaba con sólo 111 habitantes. A pesar de haber vivido en completo aislamiento por más de 1500 años, el pueblo *Rapanui* logró sobreponerse al violento contacto gracias a su admirable capacidad de adaptación, permitiéndoles hoy en día mantener vigente su identidad como cultura ancestral.

Durante las festividades del *Tangata Manu*, los linajes competían para conseguir el primer huevo del manutara depositado en los sagrados islotes Motu Nui y Motu Ihi, ubicados al frente de Orongo. En primer plano, rocas grabadas con imágenes del hombre-pájaro. (Foto A. Ceá).



- ALDUNATE, C., 1989. Estadio alfarero en el sur de Chile. En: *Culturas de Chile: Prehistoria*, J. Hidalgo et al., Eds. Santiago: Andrés Bello.
- AMPUERO, G., 1979. *Cultura Diaguita*. Santiago: Ministerio de Educación, Serie Patrimonio Cultural Chileno.
- BERENGUER, J. & P. DAUELSBERG, 1989. El Norte Grande en la órbita de Tiwanaku (400 a 1000 d.C.). En: *Culturas de Chile: Prehistoria*, J. Hidalgo et al., Eds. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- BORRERO, LUIS A., 1995. Arqueología de Patagonia. *Palimpsesto* 4: 9-69, Buenos Aires.
- CORNEJO, L., 1989. El plato zoomorfo Diaguita: Su variabilidad y su especificidad. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, Santiago.
- DILLEHAY, T., 1976. Observaciones y consideraciones sobre la prehistoria y la temprana época histórica de la región centro-sur de Chile. En: *Estudios antropológicos sobre los mapuches de Chile sur-central*. Temuco: Universidad Católica de Temuco.
- DILLEHAY, T. & M. COLLINS, 1988. Early cultural evidence from Monte Verde, Chile. *Nature* 332, Londres.
- DURAN, E. & M. T. PLANELLA, 1989. Consolidación alfarera: Zona Central (900 a 1470 d.C.). En: *Culturas de Chile: Prehistoria*, J. Hidalgo et al., Eds. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- ENGLERT, S., 1974. *La tierra de Hotu Matu'a. Historia y etnología de la Isla de Pascua*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- FALABELLA, F. & R. STEHBERG, 1989. Los inicios del desarrollo agrícola y alfarero: Zona Central. En: *Culturas de Chile: Prehistoria*, J. Hidalgo et al., Eds. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- HIDALGO, J., 1972. Culturas protohistóricas del norte de Chile. *Cuadernos de Historia* 1, Universidad de Chile, Santiago.
- LLAGOSTERA, A., 1989. Caza y pesca marítima (9000 a 1000 a.C.). En: *Culturas de Chile: Prehistoria*, J. Hidalgo et al., Eds. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- MASSONE, M., 1987. Las culturas aborígenes de Chile Austral en el tiempo. Catálogo Exposición *Hombres del Sur*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- MC CALL, G., 1997. El pasado en el presente de Rapanui (Isla de Pascua). En: *Culturas de Chile: Etnografía*, J. Hidalgo et al., Eds. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- MENA, F., 1991. Cazadores recolectores en el área patagónica y tierras bajas aledañas. *Revista de Arqueología Americana* 4: 131-163, México D.F.
- MENGHIN, O., 1962. Estudios de prehistoria araucana, *Acta Praehistórica* III-IV, Buenos Aires.
- METRAUX, A., 1950. *La Isla de Pascua*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- MOSTNY, G. & H. NIEMEYER, 1983. *Arte rupestre chileno*. Santiago: Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación.
- MULLOY, W., 1980. Reflexiones sobre el Ombligo del Mundo. *Anales de la Universidad de Chile* 161-162: 17-30, Santiago.
- MUNOZ, I., 1989. El Período Formativo en el Norte Grande (1000 a.C. a 500 d.C.). En: *Culturas de Chile: Prehistoria*, J. Hidalgo et al., Eds. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- NAVARRO, X., 1994. Interpretación de ocupaciones precerámicas y cerámicas en los distintos microambientes de la costa de Chan Chan, Valdivia, X Región. En: *Actas del XIII Congreso de Arqueología Chilena*, Antofagasta.
- NIEMEYER, H., 1965-1966. Una balsa de cueros de lobo de la caleta de Chañaral de Aceitunas (Prov. de Atacama, Chile). En: *Revista Universitaria*, Año L-LI, Fascículo II: 257-269, Santiago.
- NÚÑEZ, L., 1990. Los primeros pobladores. En: *Culturas de Chile: Prehistoria*, J. Hidalgo et al., Eds. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- NÚÑEZ, L. & C. SANTORO, 1989. Cazadores de la puna seca y salada del área centro-sur andina (norte de Chile). En: *Estudios Atacameños* 9: 11-60.
- NÚÑEZ, L.; J. VARELA, R. CASAMIQUELA & C. VILLAGRAN, 1994. Reconstrucción multidisciplinaria de la ocupación prehistórica de Quereño, Centro de Chile. en: *Latin American Antiquity* 5 (2): 99-118.
- ORELLANA, M., 1996. *Historia de la Arqueología de Chile*. Colección Ciencias Sociales. Santiago: Bravo & Allende Editores.
- RAMÍREZ, J. M., 1988. *Cultura Rapanui*. Serie Patrimonio Cultural Chileno, Colección Culturas Aborígenes. Santiago: Ministerio de Educación.
- RODRÍGUEZ, A.; R. MORALES, C. GONZÁLEZ & D. JACKSON, 1991. Cerro La Cruz: Un enclave económico administrativo incaico, curso medio del Aconcagua (Chile Central). En: *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II. Temuco: Museo Regional de la Araucanía.
- SÁNCHEZ, R. & M. MASSONE, 1995. *Cultura Aconcagua*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- SCHIAFFACASSE, V.; H. NIEMEYER & V. CASTRO, 1989. Los Desarrollos Regionales en el Norte Grande (1000 a 1400 d.C.). En: *Culturas de Chile: Prehistoria*, J. Hidalgo et al., Eds. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- SEELNREUT, A., 1989. Los primeros pobladores de Rapanui. En: *Culturas de Chile: Prehistoria*, J. Hidalgo et al., Eds. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA, 1995. XXX Aniversario de la Sociedad Chilena de Arqueología: Jornada de reflexión. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, Número Especial.

CONTENIDO

PRESENTACION	7
BUSCADORES DEL PASADO: Una breve historia de la arqueología chilena <i>Luis E. Cornejo Bustamante</i>	9
EL NORTE GRANDE EN LA PREHISTORIA: Donde el agua es oro <i>José Berenguer Rodríguez</i>	17
EL NORTE VERDE Y SU PREHISTORIA: La tierra donde el desierto florece <i>Francisco Gallardo Ibáñez</i>	33
EL PAIS DE LOS GRANDES VALLES: Prehistoria de Chile Central <i>Luis E. Cornejo Bustamante</i>	45
EN EL PAIS DE LOS LAGOS, BOSQUES Y VOLCANES: Los antepasados / <i>antiku pu che</i> <i>Carlos Aldunate del Solar</i>	59
CULTURAS DEL EXTREMO SUR: Donde la cordillera se hunde en el mar <i>Francisco Mena Larraín</i>	69
RAPANUI: PREHISTORIA DEL CHILE POLINESICO <i>Carole Sinclair Aguirre</i>	79
Lecturas sugeridas	92

FUNDACION FAMILIA LARRAIN ECHENIQUE

Presidente: Sergio Larraín García-Moreno, *Secretaria:* Luisa Larraín de Donoso, *Tesorero:* Carlos Alberto Cruz Claro, *Consejeros:* Rector de la Universidad de Chile, Jaime Lavados Montes; Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Juan de Dios Vial Correa; Alcalde de la Ilustre Municipalidad de Santiago, Jaime Ravinet de la Fuente; Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos, Marta Cruz-Coke Madrid; Presidente de la Academia Chilena de la Historia, Javier González Echenique; Francisco Mena Larraín; R.P. Gabriel Guarda Gewitz O.S.B.; *Consejeros Honorarios:* María Luisa Del Río de Edwards y Luz Irrázaval de Philippi.

MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

Director: Carlos Aldunate del Solar, *Subdirector:* Francisco Mena Larraín, *Curador:* José Berenguer Rodríguez, *Conservadora:* Pilar Allende Estévez, *Jefa Administrativa:* Julia Arriagada Palma, *Relacionadora Pública:* María Luisa Eyzaguirre Letelier, *Museología:* José Pérez de Arce Antoncich y Luis Solar Labra, *Investigación:* Luis Cornejo Bustamante, Francisco Gallardo Ibáñez y Carole Sinclair Aguirre, *Conservación:* María Victoria Carvajal Campusano, Erica Ramírez Rosales, Andrés Rosales Zbinden, *Registro:* Varinia Varela Guarda, *Educación:* Rebeca Assael Mitnik, Elena del Valle Soto, Antonio Pinto Fuentes y Sara Vargas Neira, *Difusión:* Claudio Mercado Muñoz, *Biblioteca:* Marcela Enríquez Bello, Isabel Carrasco Painefil y Rosario Edwards Echenique, *Administración:* Mónica Marín Schmidt (Secretaría) y Erika Doering Araya (Contadora), *Tienda:* Carolina Blanco Vidal, Beatriz García Contreras y Soledad Avila Inostroza, *Coordinación recepción:* Fernando Fariás Jeria y Verónica Florez Arriagada, *Auxiliares:* Raúl Padilla Izamit, *Mantenición:* Guillermo Restelli Valdivia.

Exposición CHILE ANTES DE CHILE

Curaduría: Carlos Aldunate del Solar, José Berenguer Rodríguez, Luis Cornejo Bustamante, Francisco Gallardo Ibáñez, Francisco Mena Larraín y Carole Sinclair Aguirre. *Museología:* José Pérez de Arce Antoncich, *Asistentes de museología:* Carlos Muñoz, María José Rojas, Francisca Jorquera y Paula Gastelo. *Iluminación:* Ramón López Cauly.

Asesoría Artística: Carlos Alberto Cruz Claro.

Edición a cargo de:
José Berenguer Rodríguez

Diseño y fotografía:
Fernando Maldonado Roi

Dibujos (recreaciones):
José Pérez de Arce Antoncich

Impresión:
Laser S.A.

Santiago de Chile
1997

